JOSEPH ROTH

Izquierda y derecha

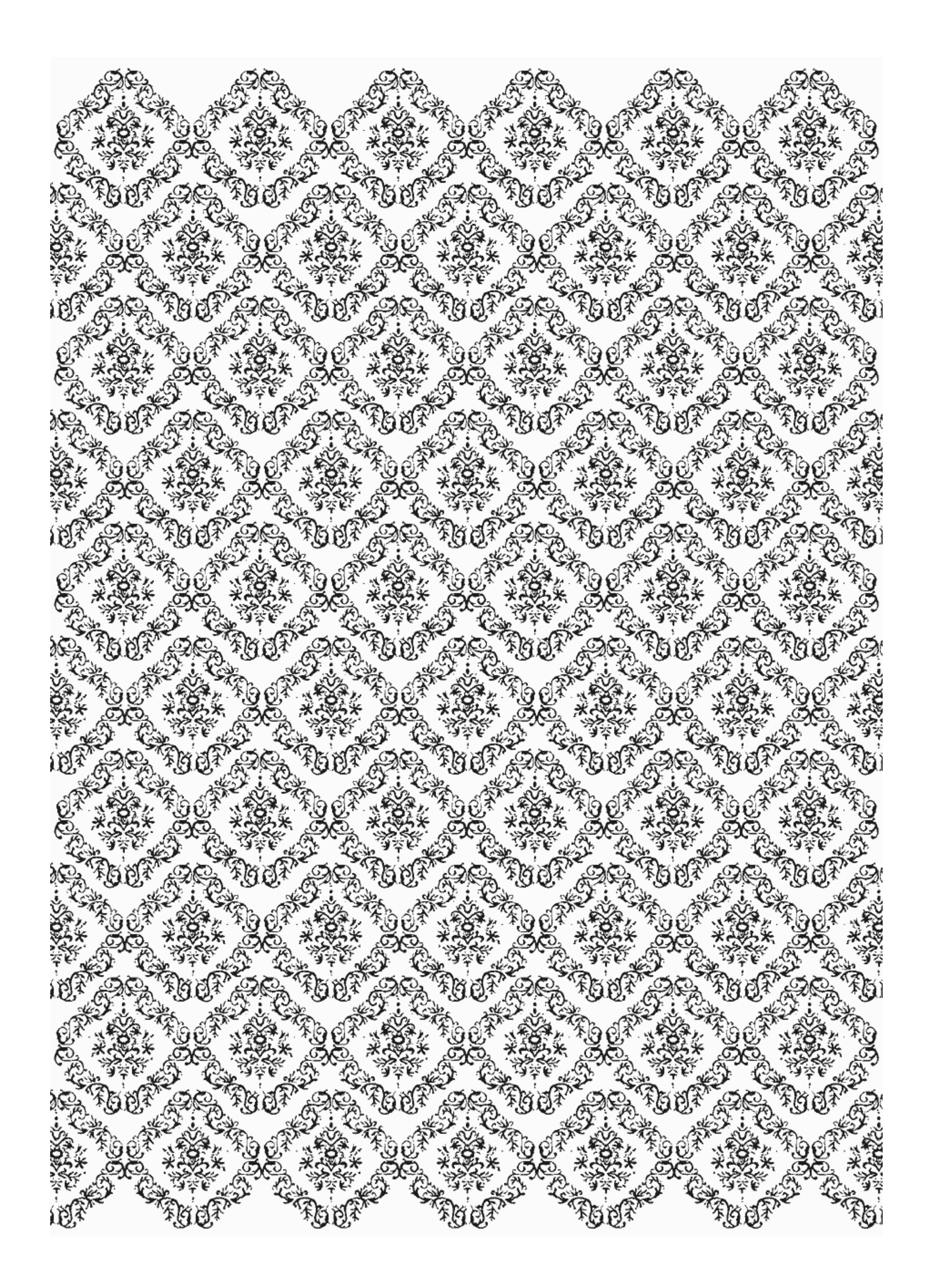
Traducción de Daniela L. Campanelli

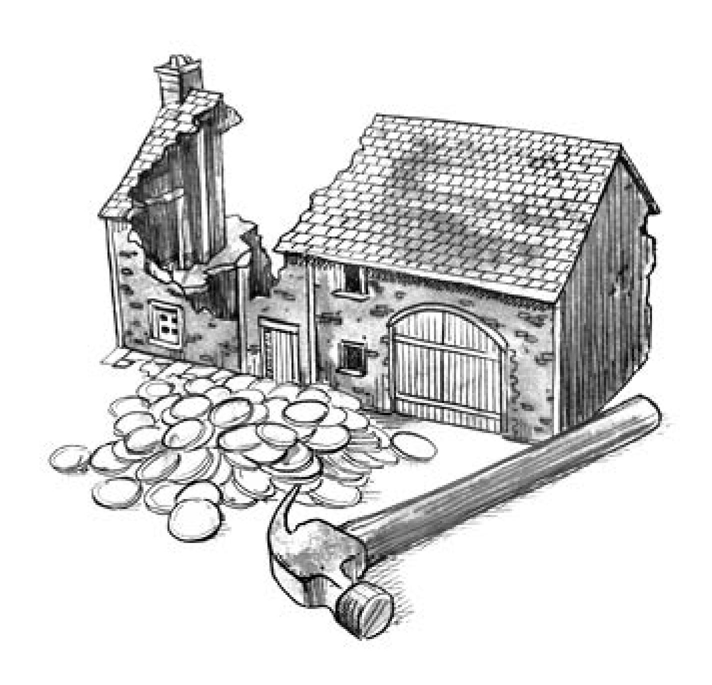


Joseph Roth

(Imperio Austrohúngaro, 1894 - París, 1939)

Moses Joseph Roth nació en Brody, Imperio austrohúngaro, el 2 de septiembre de 1894. Si bien Roth siempre dio versiones contradictorias sobre su vida, la biografía publicada por David Bronsen, *Joseph Roth. Eine Biographie*, en 1974 es la más aceptada hoy en día y de donde se pueden extraer sus datos biográficos. En la Primera Guerra Mundial fue parte del ejército austríaco. En 1933, con la llegada del nazismo al poder, sus obras fueron quemadas. Entre sus libros más conocidos están *La rebelión* y *La leyenda del santo bebedor*, de próxima publicación en Ediciones Godot.





Página de legales

Roth, Joseph / Izquierda y derecha / Joseph Roth. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2022. Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Daniela Campanelli.
ISBN 978-987-8928-15-9

1. Filosofía Política. I. Campanelli, Daniela, trad. II. Título.

CDD 320

Título original Rechts und Links

Traducción Daniela Campanelli
Corrección Federico Juega Sicardi, Candela Jerez y Sara Zuluaga Correa
Diseño de colección Martín Bo
Diseño de interiores Víctor Malumián
Ilustración de tapa y viñetas Emiliano Raspante

www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar

Facebook.com/EdicionesGodot
Twitter.com/EdicionesGodot
Instagram.com/EdicionesGodot
YouTube.com/EdicionesGodot
Buenos Aires, Argentina, 2023

Izquierda y derecha

Joseph Roth

Traducción
Daniela Campanelli



PRIMERA PARTE

I

TODAVÍA RECUERDO AQUEL TIEMPO en el que todo indicaba que Paul Bernheim se convertiría en un genio.Era nieto de un comerciante de caballos que había ahorrado una pequeña fortuna e hijo de un banquero que no sabía lo que era ahorrar, pero que fue favorecido por la suerte. El padre de Paul, el señor Felix Bernheim, iba por el mundo portando un semblante despreocupado y arrogante y tenía muchos enemigos, aunque un cierto grado de necedad le hubiera bastado para ser apreciado por sus conciudadanos. Esa suerte fuera de lo común les generaba envidia. Y, como si el destino hubiera planeado llevarlos a la desesperación total, un día se ganó el gran premio de la lotería.

La mayoría de la gente que gana un premio así suele mantenerlo en secreto, como si dicho suceso menoscabara la reputación de la familia. Pero el señor Bernheim, por miedo a que su suerte no fuera tomada con la hostilidad que se merecía, duplicó su desprecio por el mundo que lo rodeaba, redujo la

cantidad de saludos que se ocupaba de repartir cada día y comenzó a responder los que recibía con distracción insensible e hiriente. No le fue suficiente desafiar a las personas, también se ocupó de desafiar a la naturaleza. Vivía en la casa amplia de su padre, que quedaba cerca de la ciudad, sobre la ancha carretera que conducía al bosque de pinos. La casa se situaba en el medio de un antiguo jardín, entre árboles frutales, robles y tilos, estaba pintada de amarillo, tenía un techo rojo empinado y la rodeaba un muro gris de la altura de una persona. Los árboles que se encontraban al borde del jardín sobrepasaban el muro y sus coronas revestían la carretera hasta la mitad. Dos bancos verdes estaban adosados al muro desde tiempos inmemorables para que los fatigados pudieran sentarse a descansar. Las golondrinas anidaban en la casa y cantaban en el follaje de los árboles en las noches de verano y el largo muro, los árboles y los bancos eran un consuelo agradable y fresco en medio del polvo caliente de la calle veraniega y prometían al menos un calor humano en los duros días de invierno.

Un día de verano los bancos verdes desaparecieron. A lo largo del muro y por encima de él se erigió una estructura de madera desnuda. Los viejos árboles del jardín fueron talados. Se escuchaba cómo crujían y se partían, y cómo sus coronas daban un último suspiro al tocar la tierra por primera vez. El muro cayó. Y la gente vio a través de los agujeros y cabrios de la estructura de madera el jardín pelado de los Bernheim, la casa amarilla, el aplastante vacío que se les revelaba y les generaba un disgusto como si fueran su propia casa y su propio muro y sus propios árboles.

Unos meses más tarde, donde antes estaba la casa amarilla con techo a dos aguas, se levantó una casa nueva, blanca, radiante, con un balcón hecho de piedra sostenido por los hombros de un Atlas de cal, un techo plano que remitía a construcciones sureñas, un revoque moderno entre las ventanas, cabezas de angelitos y diablitos que se alternaban bajo la cumbrera e incluso había una rampa ostentosa, digna de un tribunal superior de justicia, parlamento o universidad. En lugar del muro de piedra se alzaba una gruesa reja de hierro de un gris blancuzco, cuyas púas filosas apuntaban al cielo, a los pájaros y a los ladrones. En el jardín se veían unos macizos redondos y con forma de corazón que no tenían mucha gracia, césped sintético de pasto espeso y corto, como azulado, y unos rosales delgados y decrépitos sostenidos por maderitas. En el medio de los macizos había enanos de arcilla pintada. Llevaban gorros rojos, caras sonrientes, barbas blancas, y en sus diminutas manos, picos, palas, martillos, regaderas; toda una aldea mágica de la fábrica Grützer & Co. Caminos que se intrincaban artísticamente rodeaban los macizos como serpientes y estaban cubiertos de piedritas que crujían de solo mirarlas. No había ningún banco largo y ancho. Y aun observándolo desde afuera las piernas se cansaban ante este lujo inagotable, como si se lo estuviera recorriendo por horas. Los enanos se reían sin sentido. Los delgados rosales temblaban, los pensamientos parecían porcelana pintada. E incluso cuando la extensa manguera del jardinero rociaba el jardín con delicada agua no se llegaba a sentir el frescor, más bien le hacía recordar a uno ese líquido fino y húmedo que el acomodador de cine deja caer sobre las cabezas

descubiertas de los espectadores. Sobre el balcón, el señor Bernheim hizo que colocaran la frase *sans souci* en letras doradas, puntiagudas y difíciles de leer.

Algunas tardes se lo podía ver al señor Bernheim caminando entre los macizos, y junto con el jardinero ultrajaban a la naturaleza. Se escuchaba el jadeo sibilante de la tijera y el crujido de los pequeños hongos recién plantados que, ni bien comenzaban a crecer, eran obligados a prestar servicio. Las ventanas de la casa no se abrían nunca. Generalmente permanecían cubiertas. Algunas noches, a través de las pesadas cortinas amarillas, se vislumbraban sombras de gente sentada o que deambulaba y el contorno de las lucecitas de una araña de cristal, y se podía intuir que había fiesta en la casa de los Bernheim.

Las fiestas de los Bernheim transcurrían con una determinada y fría majestuosidad. El vino que se tomaba en su casa no surtía efecto, aunque fuera seleccionado cuidadosamente. Uno lo tomaba y estaba sobrio. El señor Bernheim elegía invitar a terratenientes de los alrededores o a señores del ejército; siempre eran personas de corte feudal y determinados miembros de los ámbitos de la industria y las finanzas. El respeto que le infundían sus invitados y el miedo a perder la compostura le impedían estar alegre. Los invitados percibían la timidez del dueño y se comportaban toda la noche igual a como habían entrado, es decir, como Dios manda. La señora Bernheim no entendía los chistes de ocasión y las anécdotas no le parecían graciosas. Ella, por cierto, era de ascendencia judía, y dado que la mayoría de las anécdotas que circulaban entre los invitados comenzaban con "había una

vez un judío en un tren…", la señora Bernheim se sentía ofendida, y ni bien alguien se disponía a contar una historia se quedaba en un silencio triste y desorientado por temor a que tuviera como protagonista a un judío. El señor Bernheim no consideraba adecuado hablar sobre negocios con sus invitados. A ellos les parecía banal contarle sobre agricultura, el ejército o los caballos. Bertha, que era la única hija de la familia y un buen partido, tocaba a veces obras de Chopin en el piano, con el virtuosismo propio de una señorita muy bien educada. A veces se bailaba en lo de los Bernheim. Una hora pasadas las doce, los invitados se iban a sus casas. Se apagaban las luces detrás de las ventanas. Todo dormía. Solamente el guardia, el perro y los enanos del jardín permanecían despiertos.

Como se estilaba en las casas de buenos modales, Paul Bernheim se iba a dormir a las nueve de la noche. Compartía la habitación con su hermano Theodor. Paul se quedaba mucho tiempo despierto, recién se dormía cuando toda la casa quedaba en silencio. Era un chico sensible. "Una criatura nerviosa", decían, y deducían que, a causa de su sensibilidad, contaba con un talento especial.

De muy joven se encargó de mostrarlo. Cuando los Bernheim recibieron el gran premio, el Paul de doce años ya razonaba como un chico de dieciocho. La rápida transformación de un hogar burgués en uno acaudalado y con aspiraciones feudales hizo que su ambición natural aumentara. Él sabía que la riqueza y el prestigio social de un padre podían colocar al hijo en una "posición" de poder. Imitaba la altanería de su padre. Desafiaba a compañeros y maestros. Era de caderas suaves,

movimientos lentos, boca entreabierta de labios gruesos y rojos, dientes blancos y pequeños, una piel aceitunada y brillante, ojos claros y vacíos escondidos tras pestañas largas de un negro profundo y un pelo largo, sedoso y provocativo. Se sentaba en el banco del aula relajado, distraído y risueño. Su comportamiento delataba ese pensamiento constante: Mi padre es capaz de comprar la escuela entera. Los demás, al lado de él, eran impotentes y pequeños, estaban a merced del que mandaba. Él solo los enfrentaba con el poder que tenía su padre, su habitación, su desayuno anglosajón, sus *ham and eggs* con gajos de naranjas sin piel, su maestro particular, con quien tomaba clases de apoyo mientras merendaba chocolate y galletitas, su bodega, su coche, su jardín y sus enanos. Olía a leche, calidez, jabón, baños, gimnasia de salón, médico de familia y empleadas domésticas. Era como si la escuela y las tareas solo ocuparan una parte insignificante de su día. Ya tenía un pie en el mundo. Con el eco de las voces de los demás resonando en sus oídos, se sentaba en la clase como un invitado más. No era un buen compañero. A veces su padre iba en coche a buscarlo una hora antes de que terminara la jornada escolar. Al día siguiente, Paul llevaba un justificativo del médico.

Sin embargo, a veces parecía querer tener un amigo. Pero no sabía cómo. Su riqueza siempre se interponía entre él y los demás.

—Vení hoy a la tarde que está mi maestro particular. Él puede hacer las tareas de los dos —decía a veces. Pero raramente alguien iba. Le ponía mucho énfasis a “mi maestro”.

No le costaba aprender cosas y acertaba casi siempre. Leía mucho. Su padre le había instalado una biblioteca. Aunque no viniera al caso, a veces exclamaba: "¡La biblioteca de mi hijo!", o le decía a la empleada: "¡Anna, vaya a la biblioteca de mi hijo!", aunque en la casa era la única que había. Un día, Paul intentó dibujar a su padre a partir de una foto. "Mi hijo tiene un talento impresionante", decía el viejo Bernheim, y le compraba libros de bocetos, lápices de colores, lienzos, pinceles y óleos, contrató a un maestro de dibujo y comenzó a transformar una parte del desván en un estudio.

Dos veces por semana a la tardecita, de cinco a siete, Paul practicaba piano con su hermana. Si uno pasaba por la puerta de la casa, se los escuchaba tocar a cuatro manos; Tchaikovsky, siempre Tchaikovsky. A veces alguien le decía al día siguiente:

—¡Ayer te escuché tocar a cuatro manos!

—¡Claro, con mi hermana! Ella incluso toca mucho mejor que yo. —Y todos se enfurecían por esa palabrita: "incluso".

Sus padres lo llevaban a conciertos. Después tarareaba melodías, nombraba obras, compositores, salas y directores de orquesta que le encantaba imitar. En las vacaciones de verano viajaba por el vasto mundo con un tutor, para que "nada se le olvidara". Fue a las montañas, al mar, a costas exóticas; volvía taciturno y soberbio y se conformaba con lanzar indirectas arrogantes como dando por hecho que los demás conocían el mundo igual que él. Era un hombre experimentado. Todo lo que leía o escuchaba ya lo había visto. Su mente ágil creaba asociaciones útiles. De "su biblioteca" sacaba detalles superfluos con los que deslumbraba a los demás. Tenía una lista de "lecturas

privadas” y era de lo más detallada. Lo “perdonaban” por su desenfado, que no arrojaba la más mínima sombra a su “conducta moral”. Se suponía que un hogar como el de los Bernheim ofrecía garantía suficiente para la buena moral. El padre de Paul sometía a los maestros insubordinados invitándolos a una “cena austera”. Volvían a sus humildes moradas amedrentados por el parqué, los cuadros, el personal de servicio y la hermosa hija.

Las chicas no lo intimidaban a Paul Bernheim para nada. Con el tiempo se transformó en un bailarín atractivo, un conversador ameno, un deportista bien entrenado. Los meses y los años transcurrían y él cambiaba de intereses y talentos. Medio año duró su pasión por la música; un mes, por la esgrima; un año, por el dibujo; otro año, por la literatura y, por último, por la joven esposa de un juez de distrito, cuya sed de jovencitos apenas si podía saciarse en esta ciudad promedio. Paul reunió todas sus pasiones y talentos en el amor que sentía por ella. Le pintaba paisajes y vacas blancas, hacía esgrima para ella, componía, escribía canciones sobre la naturaleza. Finalmente la joven se fue con un alférez, y “para olvidarla” Paul se entregó de lleno a la historia del arte. Decidió dedicarle su vida. Rápidamente comenzó a citar pintores famosos cada vez que veía a una persona, alguna calle, un pedacito de campo. Ante la imposibilidad de captar algo de inmediato y describirlo de manera sencilla, superó de muy joven y con creces a todos los historiadores del arte de renombre.

Pero esta pasión también se esfumó para dejarle lugar a la ambición social. Quizás era algo inevitable. Fue como una especie de ciencia auxiliar de la carrera social. Paul Bernheim

pestañeaba con inocencia sacra, encanto y asombro que probablemente había sacado de los cuadros de los santos. Era una mirada dirigida un poco al ser humano y otro poco al cielo. Los ojos de Paul parecían filtrar la luz celestial a través de sus pestañas.

Provisto de un atractivo semejante y con un gusto adquirido por el arte y sus críticas, se lanzó hacia la vida social de la ciudad, que básicamente consistía en responder a los esfuerzos de las madres por casar a sus ya crecidas hijas. Paul era bien visto en todas las casas en donde hubiera chicas. Podía tocar cualquier melodía que le fuera requerida. Como ese músico que domina todos los instrumentos de la orquesta y que, incluso tocando mal, no pierde la gracia. Podía estar una hora diciendo cosas inteligentes (inventadas o sacadas de sus lecturas). Luego mostraba su costado más conversador, cálido y risueño, contaba una anécdota simple por décima vez y la adornaba con algún detalle nuevo, se deleitaba con algún aforismo banal, lo dejaba un rato entre los dientes, lo saboreaba con los labios, formulaba un chiste robado sin remordimiento alguno, se burlaba sin reparos de antiguos compañeros que no estaban presentes. Y las chicas reían a medias, era una risa desnuda, apenas mostraban sus dientes, pero era como si le mostraran sus pechos; juntaban sus manos, y era como si abrieran las piernas; le mostraban sus libros, pinturas y cuadernos, y era como si le abrieran sus camas; se ajustaban el pelo, y era como si se lo soltaran. En aquel tiempo, Paul comenzó a ir al burdel dos veces por semana con la regularidad de un viejo funcionario para poder hablar sobre los cuerpos de las mujeres que se imaginaba y que, por supuesto,

comparaba con pinturas famosas. Contaba los secretos de las hijas de las casas y describía los pechos que decía haber visto y tocado.

Todavía pintaba, dibujaba, componía y escribía. Cuando su hermana se comprometió con un capitán de caballería, escribió un poema para la ocasión, le puso música, lo tocó y lo cantó. Luego, dado que a su cuñado le interesaban las máquinas, comenzó también a interesarse por la técnica y a desarmar él mismo el motor de su auto (era uno de los primeros en la ciudad). Finalmente tomó clases de equitación para acompañar a su cuñado en las cabalgatas por el bosquecito de pinos. Los ciudadanos comenzaron a ser más indulgentes para con el señor Bernheim, ya que había conseguido regalarle un genio a la patria. Algunos de sus enemigos, que estaban ofendidos hacía tiempo pero tenían hijas en edad de casarse, se rindieron y comenzaron a devolverle el saludo a Felix Bernheim.

Por ese entonces corría el rumor de que el señor Bernheim iba a recibir una distinción importante. Se hablaba de que ascendería al estatus de noble. Era aleccionador observar cómo la probabilidad de que Bernheim se convirtiera en noble aplacaba el odio de sus enemigos. El estatus de nobleza era explicación suficiente para la altanería de Bernheim. Ahora se conocía el fundamento científico de su orgullo y estaba justificado, porque para la ciudad la arrogancia adornaba a los nobles, a los que se convirtieron en nobles y a quienes lo harían pronto.

No se sabe bien qué fundamentos tenía ese rumor. Quizás el señor Bernheim solo se convertiría en un consejero comercial privado. Pero en ese momento sucedió algo inesperado,

improbable. Una historia tan banal de la cual uno se avergonzaría si, por ejemplo, tuviera que contarla en una novela.

Un día, el circo ambulante llegó a la ciudad. Durante la décima u onceava presentación ocurrió un accidente: una joven acróbata se cayó del trapecio y fue a parar justo al palco en donde estaba sentado el señor Felix Bernheim; solo él estaba allí, ya que para su familia el circo era un espectáculo vulgar. Luego contaron que el señor Bernheim, en un "acto reflejo", la había atajado con sus brazos. Pero es tan incomprobable como el rumor que afirmaba que desde la primera presentación él se había interesado por la joven y le había regalado flores. Lo que sí se sabía era que la había llevado al hospital, que la visitaba y que no dejó que se fuera con el circo. Él, el orgullo de la clase burguesa, el aspirante a noble, el suegro de un capitán de caballería, enamorado de una acróbata. La señora Bernheim se lo había dejado bien claro:

—Te podés llevar a tu amante a casa, yo me voy a lo de mi hermana.

Y se fue a lo de su hermana. El capitán de caballería se trasladó a otra guarnición. En la casa de los Bernheim solo quedaron los dos hijos y los empleados. Las cortinas amarillas de las ventanas quedaron cerradas durante meses. El viejo Bernheim, sin embargo, no modificó su actitud. Se mantuvo arrogante, desafiaba al mundo, amaba a una chica. Nadie volvió a mencionar la distinción.

Quizás ese fue el único acto de valor que Felix Bernheim se atrevió a realizar. Luego, cuando su hijo Paul podría haberse atrevido a hacer algo parecido, recordé ese acto, y con un solo

ejemplo entendí cómo la valentía se va extinguiendo con el linaje, y cuánto más débiles que los padres son sus hijos.

La extraña dama se quedó a vivir apenas un par de meses en la ciudad, como si hubiera caído del cielo solo para que Felix Bernheim pudiera realizar un acto de valor en sus últimos años de vida, regalarle un destello fugaz de belleza y consumar su ascenso a la nobleza natural. Un día, la joven desapareció. Quizás —si quisiéramos darle un cierre novelesco a esta historia novelesca— el circo volvió a desplazarse y ella extrañaba el trapecio. Después de todo, la acrobacia también puede ser una vocación.

La señora Bernheim regresó. La casa se fue reanimando de a poco. Paul, que había quedado triste por la aventura de su padre, porque la distinción nunca llegó y el capitán de caballería se había marchado, se recuperó rápidamente e incluso encontró algo de placer en el hecho de saber que "su viejo era como un tipo cualquiera".

Por lo pronto, se preparó para irse.

Estaba a punto de comenzar una nueva vida.

II

Como era previsible, aprobó el colegio secundario con honores. A partir de ese momento empezó a vestir trajes nuevos. Para él, la ropa de escuela era como la que visten las personas que cursan una larga enfermedad epidémica. Los trajes nuevos eran sueltos, claros, de un tinte indefinido, suaves y peluditos,

livianos y cálidos. Las telas eran de Inglaterra, y allí era adonde Paul Bernheim quería ir.

Ningún joven iba a Inglaterra. Si alguno se atrevía a decir que quería ir a París a aprender "perfecto francés", generaba sospechas. Pero el viejo Bernheim había dicho una vez en un encuentro social:

—¡Ni bien mi hijo termine el colegio, lo mando a recorrer el mundo! —Y el mundo, para un determinado círculo de burgueses cultos, era Inglaterra.

Estos caballeros hacía ya algunos años que se hacían traer los trajes desde Inglaterra, eran miembros de sociedades de la Marina, enaltecían la política y la Constitución británicas, se cruzaban a menudo con el rey Eduardo VIII y cerca de la calle Marienbader hacían negocios con ingleses, tomaban whisky y grog aunque les gustara más la cerveza, se juntaban en clubes aunque prefirieran los cafés, pretendían ser callados aunque fueran elocuentes por naturaleza, coleccionaban diferentes objetos inútiles porque se imaginaban que un hombre notable tenía que tener algún "capricho", hacían gimnasia por las mañanas, pasaban los veranos en costas y mares para conseguir una piel roja y con gusto a sal y contaban maravillas de la niebla londinense, de la Bolsa londinense, de los policías londinenses. Algunos iban más allá y decían *well* en vez de "sí" y se suscribían a periódicos ingleses que llegaban demasiado tarde como para acceder a las últimas novedades. Así y todo, los suscriptores no tomaban nota de los acontecimientos si todavía no los habían leído en inglés. "¡Esperemos!", decían cuando sucedía algo. "Mañana llega el periódico". Sus hijos aprendían a hablar inglés y

alemán. Durante algún tiempo parecía haber crecido una pequeña nación anglosajona en el medio de la ciudad para, en algún momento, dejarse anexar voluntariamente por el Imperio británico. En esta ciudad, de índole absolutamente continental y donde jamás había niebla, uno tenía que comer, beber y vestirse como en las costas marítimas de Inglaterra.

Habían pasado un par de semanas desde que Paul venía usando los trajes ingleses cuando avisó que quería quedarse a vivir unos años en Inglaterra. Y por temor a que se subestimara el valor de estudiar y vivir allí, contó:

—Las condiciones para entrar a un *college* inglés no son tan sencillas como uno se imagina. ¡Un extranjero tiene que llegar sí o sí recomendado por dos ingleses de renombre, si no, es imposible arreglárselas! Además hay que portarse de forma impecable, algo a lo que nosotros no estamos acostumbrados. ¡Me voy a Oxford! La semana que viene empiezo a practicar natación.

Sonaba como si tuviera la intención de llegar al *College* nadando.

Como se había imaginado que para los ingleses su estudio de historia del arte no iba a ser suficiente y que tenían una inclinación más bien hacia lo práctico, decidió estudiar ciencias políticas, historia y derecho. Les dijo adiós a los cuadros y a los pintores. Antes de que hubiera confusiones, ya tenía en su biblioteca todas las obras científicas que necesitaba. Por los folletos, se había hecho una idea de cómo era Oxford. Contaba historias como si hubiera nacido allí y no como si estuviera por ir. Aún más llamativo que el hecho de hablar sobre el *College* con la autoridad de alguien que lo conocía desde hacía años era el

interés y la credulidad con la que otras personas lo interrogaban. Y no solo él, su padre también hablaba sobre las carreras que ofrecía Oxford, y todos los miembros del club al que pertenecía iban a su casa y reproducían sus palabras. Las chicas en edad de casarse se contaban unas a otras: "¡Paul se va a Oxford!". Paul, decían: así lo llamaba toda una clase burguesa. Era el preferido. Ser llamado por el nombre de pila es el destino de todo hombre de bien.

Un hermoso día de junio, Paul se fue a Oxford. Algunas jóvenes damas lo acompañaron hasta el tren. Sus padres habían dejado la ciudad una semana antes, se habían ido de vacaciones, porque su madre había dicho:

—¡No quiero quedarme acá si Paul se va por tanto tiempo! Si me voy de viaje, se me va a hacer más fácil. —Paul vestía uno de los trajes de tinte indefinido, llevaba una pipa corta en la comisura izquierda y estaba asomado cual modelo de revistas en la ventana del compartimiento del tren. Mientras el tren comenzaba a andar, arrojó con magnífica elegancia una rosa a cada una de las bellas jóvenes. Solo una flor cayó al suelo, la joven se agachó y, cuando volvió a mirar, ya no quedaban rastros de Paul. Se había ido definitivamente, y la ciudad, en esa tranquila noche de verano, parecía sentirlo. Estaba triste.

De vez en cuando, llegaba alguna que otra carta de Paul Bernheim. Eran modelos de cartas. Cartas de caballero. Un papel con triple pliegue, que recordaba a los documentos en pergamino y en cuyo borde superior izquierdo brillaba el monograma de las iniciales de Paul con relieve en un tono azul oscuro; las anchas letras antiguas desfilaban, un poco malogradas, un poco

despatarradas, con mucho espacio entre sí y amplios márgenes. En el sobre, nunca figuraba el emisor. Más o menos por el medio se alzaba el monograma en lacre azul oscuro: una P integrada artísticamente a la panza de la B como fruto del vientre materno. La mayoría de estas cartas estaban escritas en un tono muy general y convencional. Expresiones específicas del área del deporte, fantásticos nombres extranjeros de veleros y botes de remo se alternaban con apellidos distinguidos y nombres monosilábicos de compañeros: Bob, Tedd y Pitt estaban diseminados como granadas por todo el texto.

Un día, fue a ver a un médico del consulado en Londres para que lo alistara en el ejército. Se le concedió una prórroga por unos años. Como era de esperarse, fue asignado a la caballería.

Así contó su admisión al rango militar:

"¡Bueno, querido, finalmente llegó el día! Caballería, ojalá dragones. Ya telegrafié al viejo. Dos años de prórroga, mientras cabalgo por el verdadero salvaje oeste. Compré caballo, lo bauticé Kentucky, me lamió la cara, tiene carácter de un gato. Médico increíble, también era el más pulcro, una obra de arte, el resto todos empleados gritones, un solo trabajador. Raza miserable. Pero acepté. Como si fuera la guerra. Luego dos días en Londres, me perdí por callejones oscuros. Volví a ver mujeres, después del monasterio que fue el *College*. Pensé en el catequista, era un hombre famoso. ¿Vive todavía? Bueno, amigo, un año más y vuelvo a casa por dos semanas. Me voy a practicar para la semana que viene. ¡Es un montón! Por último, un torneo de esgrima con

pelota. Me olvidé de cómo se bailaba, tengo que retomar. Como verás, mucho para hacer. ¡Suerte y salud!".

Mandó cartas muy parecidas a su casa. Parecía que no tenía mucho para contar y que sus misivas eran solo la consecuencia inexorable de alguna asignatura del *College*: escribirles a sus seres queridos era una obligación más, como hacer esgrima o remo.

—Solo quiero saber —dijo el viejo Bernheim en el club— cuándo tienen tiempo para estudiar estos chicos. No escribe nada sobre ciencia.

El fabricante Lang, que tenía las "mejores relaciones" con Inglaterra, no permitió que se pusiera en duda el método de enseñanza del *College* y dijo, no sin algo de indignación:

—Ya sabrán los ingleses lo que hay que hacer. Por favor, miren a los caballeros ingleses, ellos saben más que nosotros. Mente sana en cuerpo sano, ese es su lema.

Cuatro o cinco caballeros exclamaron apresurados y al mismo tiempo:

—*Mens sana in corpore sano* —y se confundieron tanto en el orden de las palabras que solo uno llegó a decir la frase completa. El señor Lang, dolido por no haber dicho él mismo el clásico enunciado en su idioma original, se apresuró a tirar las cartas sobre la mesa diciendo una vez más, después de años:

—*Alea iacta est*. —Así no quedaban dudas de que todos los caballeros de tendencia anglosajona eran perfectos humanistas.

Y empezaron a jugar.

Quizás sea pertinente agregar a esta situación que la aventura amorosa del viejo Bernheim, apenas un par de semanas

después de que la acróbata desapareciera, ya no ocupaba la mente de nadie. Era incluso un verdadero acto de desmemoria, si consideramos la cantidad de enemigos y envidiosos que tenía Felix Bernheim. Casi podría inferirse que, incluso tratándose de una de las autoridades menos queridas, no les hacía gracia verlo en ridículo. En los hechos, la historia no tuvo más consecuencias a largo plazo que el traslado de su yerno y la mudanza de su hija. Hacía tiempo ya que la señora Bernheim vivía de nuevo en su legítimo hogar. Quizás todavía estuviera disgustada con su marido. Pero se comportaba de manera "ejemplar", como se decía de ella en aquel momento, y no delataba nada. Era de una inteligencia limitada, pero dentro de esos márgenes estrechos no tenía fallas. Sin embargo, muy a menudo la sobrevaloraba. A veces expresaba una opinión sobre un ministro, un poeta, el Renacimiento o religión y lo hacía con el mismo desprecio con el que estaba acostumbrada a hablar del servicio doméstico. A veces decía en tono condescendiente alguna estupidez que podría parecer simpática o incluso agradable, si tuviera treinta años menos. Parecía que su bella y enérgica boca había cautivado al mundo con sus tonterías por tanto tiempo que gradualmente se fue creyendo que tenía el derecho de opinar sin saber. Olvidaba que ya había envejecido. Se olvidaba tanto que, a pesar de sus cabellos grises que ya empezaba a teñir, cuando decía alguna estupidez aparecía un destello de juventud en sus dormidas facciones, como invocado por el olvido, y por un segundo se veía flotar la sombra de su juventud en el rostro. Pero la sombra se esfumaba muy rápido y la tontería quedaba resonando en la sala. El público quedaba estupefacto hasta que el señor Bernheim, en

un vano intento de salvar la situación, contaba algún chiste de mal gusto. ¡Hacía tantos años que no hacía más que avergonzarlo! Solo él entre todos los presentes podía sentir ese pavor que provocaba la diferencia entre las inocentes palabras que una vez habían salido de los labios turgentes de su mujer y las mismas que ahora se escapaban de su pálida boca. Se asustaba y hacía una broma, como cuando uno larga un grito de terror. A la señora Bernheim, estas situaciones la "indignaban". Se enfurruñaba, algo que le funcionaba cuando era joven, pero ahora la envejecía diez años. Es justo decir que además ella creía que tenía derecho a opinar con sabiduría. Estaba convencida de que la "educación" —a la cual le tenía gran estima— no era solo una prerrogativa de los estratos más altos, sino también su patrimonio, y que haberse casado con un hombre rico y tener un hijo con "una biblioteca" alcanzaba para poder hablar sobre temas cultos y refinados.

Alguna vez había sido hermosa y la gente la consentía. En su rostro ancho y finamente tallado —tenía el mismo pelo y color de piel que su hijo Paul— yacía una calma imperturbable, esa calma fría e impenetrable que tiene una puerta cerrada, y no la calma despejada de un campo solitario. Su cara no tenía las típicas marcas de preocupación y parecía sentir que las arrugas propias de la vejez eran una ofensa, huéspedes extrañas a las que nadie había invitado. Sus ojos relucientes, grises y coquetos parpadeaban de forma interesada y hostil al mismo tiempo. Su mirada podía considerarse como "de la realeza" —y así la consideraba ella—, salvo que se delatara en qué se sostenía: en cortinas, vestidos, anillos y collares; los *interieurs*, como se les decía, y en todos los objetos del hogar. Sí, en los objetos del

hogar. Porque la señora Bernheim, además de tener esa ambición de vivir como “una princesa” y de mostrar una “apariencia real”, también aspiraba a ser una “mujer humilde”. Cuando antes de Navidad colocaba unos bordados innecesarios en mantas innecesarias para “sorprender” a alguien, estaba convencida de estar haciendo uno de esos sacrificios que confirman la virtud del ahorro, y se infería a sí misma un dolor dulce y agradable que era casi tan ameno como el llanto.

—Mirá, Felix —dijo—. Estoy segura de que la señora Lang no hace algo así.

—No tenés que hacer nada —respondió Felix.

—¿Y quién lo va a hacer? ¿Querés pagar una fortuna por esto?

—No me hace falta en absoluto.

—Sí, claro, si no lo hubiera hecho me pondrías caras.

—Mejor andá a mirar mi abrigo. Hoy se me soltó un botón.

—¡Traelo! —dijo contenta la señora Bernheim—. No se puede confiar en Lisi. ¡Todo, todo lo tiene que hacer una misma!

Y con esa respiración agitada que da muestras de que el trabajo es difícil, lo hace más valioso y tranquiliza la conciencia de la trabajadora, la señora Bernheim comenzó a coser el botón.

—Me escribió Paul —empezó a decir— y me dijo que le mandás muy poca plata.

—¡Yo sé lo que hago!

—Sí, ¡pero vos no conocés Oxford!

—Vos menos.

—¿Y qué? Mi primo Fritz ¿no fue a la Sorbona?

—¡Eso es otra cosa, no tiene nada que ver!

—Pero Felix, te lo pido por favor, ¡no seas tan ordinario! —Y Felix se quedó pensando si había sido ordinario. No dijo nada. Al final la señora Bernheim terminaba olvidándose de todo.

—Bueno, ¡listo el botón! —dijo con la alegría de una niña. Y se fueron a dormir.

De Theodor, el hijo menor, casi nunca se hablaba. Como se parecía más al padre que a la madre —o al menos eso afirmaba la señora Bernheim en cada oportunidad—, no se lo consideraba un "genio" como su hermano. Porque para la señora Bernheim su esposo era un afortunado. No le adjudicaba ningún saber ni la capacidad de adquirir alguno. Menospreciaba los negocios y a los comerciantes, y la mayoría de las hijas de familias burguesas de los noventa venían con todo eso, además de la educación, la dote, el piano y la literatura. Según su perspectiva, un empleado estatal estaba por encima de un banquero; un hombre de finanzas era incapaz de adquirir "cultura". Como su primo había sido abogado, consideraba que su matrimonio era desparejo y siempre lo iba a ser. Cuando era más joven, había pensado algunas veces en engañar a su esposo con un académico o con un oficial para que, al dormir con alguien más respetable socialmente, pudiera alcanzar la satisfacción al entregarse luego a un banquero común y corriente. Si se la escuchaba a la señora Bernheim que, claro está, tenía sus "humores", exclamar: "¡Pero Felix!", cuando se quejaba de "esta casa ruidosa" si el viento cerraba una ventana o una puerta, o cuando su esposo tiraba sin querer una silla y le decía: "¡Tené cuidado!", se podía reconocer esa humillación inconmensurable que el destino le había concedido.

Así y todo, sorprendentemente, sabía aconsejar a su marido ante posibles peligros comerciales, tenía olfato para identificar las malas intenciones de ciertas personas, desconfiaba *a priori* de changadores, cuentas o proveedores, mantenía el orden en la casa, organizaba viajes de verano y se hacía respetar ante inspectores, oficiales navales o personal de hotel. Tenía un instinto animal para con la familia y la casa y ese era el origen de su cautela, su inteligencia y sus bienes, pero no iba más allá de la alambrada del jardín.

Del otro lado de la reja era dura, amarga, ciega y sorda. Marcaba una diferencia entre los pobres que de alguna manera lograban entrar a su casa y los mendigos de la calle. Y organizaba su beneficencia de tal modo que solo necesitaba que su corazón funcionara a determinadas horas y en determinados días. Hacer el bien y con intervalos regulares era una necesidad. Si alguien, por ejemplo, le contaba sobre una desgracia que había ocurrido en una familia, preguntaba por las circunstancias en que había sucedido tal tragedia, si había ocurrido un miércoles o un jueves, de día o de noche, en la calle o en la casa. Así y todo, a pesar de que se moría de ganas de saber todos los detalles, no se acercaba jamás al lugar del hecho: evitaba las desgracias, las enfermedades, los cementerios y las condolencias. Veía por todos lados posibles peligros de contagio. Si su marido le decía que Lang, Stauffer o la señora Wagram estaban enfermos, ella solía responder: "¡Ay, Felix, no vayas a visitarlos!". Todo fanatismo es cruel. Incluso el que aboga por el bienestar...

Extrañaba a su hijo Paul. Algunas veces leía sus sobrias cartas, nunca entendía lo que contenían y se esforzaba por

descifrar si “su bebé” estaba sano o si ocultaba alguna enfermedad. Porque para ella él era un “chico fino” que sabía disimular el dolor. Ella le escribía dos veces por semana, pero no recibía respuestas ni noticias, solo palabras, letras que reemplazaban los besos y el contacto y fabricaban una relación corporal. Paul hojeaba estas cartas y las quemaba. Estaba molesto con su madre. Hubiera preferido que fuera una “verdadera *lady*”. Y se inventaba una si algún extraño le preguntaba sobre ella. A veces soñaba con que era criado por una mujer así. Se imaginaba viviendo en una casa de campo inglesa. Ella tendría el pelo blanco, leería a Hardy y disfrutaría del respeto que infunde la nobleza. Cuando contaba algo sobre ella, le daba la forma, la figura, el carácter y la importancia que se atribuía a sí misma. Si hablaba del padre, lo caricaturizaba relativamente parecido a su madre. Pero hablaba poco de su hogar porque no quería decir la verdad y no estaba seguro de las mentiras. Todavía le quedaba al menos un año y medio en Londres. Pero un día le llegó un telegrama que lo hizo volver a casa.

El viejo Bernheim se había ido de viaje hacía una semana. Sufría de gota y quería embarcarse hacia Egipto. Pero murió en Marsella al entrar al barco. Estaba acompañado de una joven dama que había hecho pasar por su hija y quizás —imposible saber— era la causa directa de su inesperada muerte. Cuando fueron a buscar el cuerpo, no encontraron nada de dinero. Algunos querían saber si la chica era la acróbata. Pero la gente tiende a comentar los acontecimientos más simples como si fueran una novela. Lo más probable es que la inclinación del viejo hacia chicas jóvenes fuera muy grande, y su lealtad a una en

particular, un invento. De todas formas, su muerte a bordo de un barco, sobre las olas del mar y en brazos de una —ojalá— chica hermosa, fue más libre y digna que la mayor parte de su vida, o al menos de lo que se conocía. Porque es posible que Felix Bernheim no haya llevado jamás una existencia unívoca. Es posible que, como había dicho su hijo Paul, él fuera realmente "como un tipo cualquiera", fanfarrón, lozano, feliz e irresponsable.

Su yerno, el capitán de caballería, se encargó de buscar al muerto. Paul fue al entierro.

La señora Bernheim lloró ante la tumba, quizás por primera vez en toda su vida. Estaba parada entre sus hijos. Sus bellos y fríos ojos estaban enrojecidos, como cubitos de hielo sangrantes y vacíos. El señor Bernheim fue enterrado en una bóveda de mármol. Sobre la placa ancha y de azul veteado figuraban todos sus logros en letras negras y simples, más dignas que la inscripción *sans souci* de su mansión.

Pero el ángel afligido que reposa sobre la cruz no es otra cosa que el hermano de cada uno de los angelitos que adornan la cumbrera de la casa de los Bernheim.

III

Muy de a poco, Paul fue adquiriendo una naturaleza más continental que parecía combinar con la ropa oscura y discreta que había usado en el funeral de su padre. Por el momento no podía pensar en regresar a Inglaterra. No entendía mucho de negocios. No sabía si tenía que quedarse en el banco o seguir

estudiando, ni tampoco qué estudiar. Su padre había dejado tres testamentos, pero todos habían sido escritos hacía mucho tiempo. Se comenzó a hablar de que en la casa de los Bernheim y en el banco se escondían secretos: circulaba el rumor de que la fortuna de los Bernheim era muchísimo más chica que lo que se pensaba.

Paul no decía nada concreto sobre sus próximos planes. Seguía hablando del *College* pero decía lo mismo que antes, como si no lo hubiera conocido más que a través de los folletos. Se sentaba por horas en la oficina de su padre, miraba los libros con desgano, hablaba con secretarios y viejos funcionarios con el miedo constante de que descubrieran su ignorancia sobre algo y que el resto se aprovechara de él. Ahora se podía ver en Paul algo de la desconfianza de su madre, de su cerrada frialdad. Nunca habría admitido que no entendía algo delante de un viejo funcionario. En definitiva, había rechazado los consejos de su madre y de uno de sus hermanos con los que el viejo Bernheim había estado peleado toda su vida y que ahora, lentamente, comenzaban a aparecer en el mapa.

En esta incómoda situación se encontraba Paul cuando llegó la guerra para rescatarlo. Desde el principio se entusiasmó por la patria, los caballos, los dragones. La señora Bernheim, que estaba convencida de que la muerte le llegaría solo a los pobres soldados, tuvo nuevamente un motivo para estar orgullosa de su hijo. Cuando su madre lo vio parado por primera vez con el uniforme —porque ya usaba ropas militares, aunque nunca había sido soldado—, lloró: primero de alegría, por la belleza masculina de Paul; luego, porque su marido nunca más lo volvería a ver;

tercero, porque ver un uniforme siempre la emocionaba (significaba una regresión a su juventud). Siendo leal a la tradición del regimiento de dragones, que en realidad se había debilitado con el tiempo y a causa de la guerra, Paul se dejó crecer un bigotito que se asemejaba a un cepillo. Parecía más activo que el resto de los voluntarios. Su arte ecuestre, su postura, su actitud y su uniforme podían dar la impresión de que Paul Bernheim provenía de una familia de soldados de caballería. Entre tantos nobles, compensaba su estatus burgués con su postura. Y empezó a firmar con un trazo tan poco claro que podía interpretarse tanto "Von Bernheim" como "Bernheim" a secas.

Sin embargo, tuvo que dejar la caballería por una disposición que lo asustó tanto como a quienes fueron reclutados. A causa de sus prejuicios, el Estado había perdido un oficial de primera, un héroe, quizás. Porque nadie dudaba de que la vanidad de Paul Bernheim era el origen de su heroísmo patriótico. Siguiendo lo que dictaba la disposición, pasó a ser oficial de abastecimiento.

¡Cuántos hubieran querido ocupar su lugar! Pero él, al mismo tiempo que dejaba a los dragones, se convertía rápidamente en un acérrimo antibelicista. Parecía que se le abría otro camino que lo podía llevar a la trascendencia. Empezó a juntarse con pacifistas, a escribir en folletines pequeños, prohibidos y rebeldes, a hablar en asambleas secretas de antibelicistas. Y, a pesar de que no era un periodista dotado o un orador nato, causaba cierto revuelo entre la gente común, los soldados rasos, los desertores y los revolucionarios gracias a su rango de oficial, su apariencia burguesa, al buen hogar del que

claramente provenía. El brillo de su insignia, el sonido de sus espuelas —porque incluso siendo oficial de abastecimiento montaba a caballo—, la finura de su tez verde oliva, los delicados movimientos de sus brazos y caderas fascinaban a la gente, y como ese heroísmo que le había proferido a la patria ahora se lo entregaba a los antibelicistas, la gratitud de los perseguidos le pertenecía. Comenzaron a sentir orgullo por él, y ese orgullo provenía del mismo lugar que el odio hacia los demás integrantes de la clase social dirigente. A todos los desertores se los sobrevalora. Gracias a este mandamiento, Paul Bernheim cobró importancia en los círculos revolucionarios.

Era aleccionador observar cómo la actitud rebelde de Paul Bernheim no apaciguaba de ningún modo el brillo de su apariencia. Su andar era tintineante y resplandeciente. Adoptó la coquetería del heroísmo como la actitud rebelde. Su gorro lleno de placas, los cordeles del estrecho uniforme, una daga corta en lugar de una bayoneta en una chirriante funda de cuero rojo, botas blandas y amarillas y pantalones de montar de una amplitud insólita: así se paseaba el Dios del sector de abastecimiento. Su tarea consistía en comprar y requisar ganado y cereal en la periferia, la retaguardia y en territorios ocupados. Viajaba por campos y ciudades, comía y dormía en casas de terratenientes cuyo amor por la patria no les impedía intentar conseguir concesiones a precios exorbitantes y requisas menos duras. Las gentilezas de sus víctimas no causaban ningún efecto en Paul. El Estado había perdido un héroe y había ganado un oficial de abastecimiento incorruptible. Porque Paul requisaba y regateaba con el resentimiento propio de un revolucionario, sus

convicciones respaldaban sus tareas oficiales y el temor con el que lo recibían sus víctimas lo halagaba tanto como la estima que le tenían los antibelicistas. Su escrupulosidad también era apreciada. Lo protegía de cualquier sospecha. Y de este modo lograba que la combinación de valores militares con ideales antimilitaristas le calzara como a nadie. Así como alguna vez había sido capaz de leer libros académicos, tener charlas inteligentes y decir estupideces en compañía de chicas, ahora podía conversar en casinos de oficiales y en "mansiones rurales", tocar operetas en el piano, entregarse a la danza y, al mismo tiempo, elaborar su próximo artículo, pensar en las posibilidades de realizar una marcha, preparar un discurso. En el cerebro y en el corazón de las personas se enredan las convicciones y las pasiones sin ninguna consecuencia psicológica.

Un día, Paul conoció al administrador de bienes Nikita Bezborodko cerca del sur de Kiev. Bezborodko se jactaba de pertenecer a una antigua familia de cosacos. Era fuerte, intrépido, astuto y osado. Tenía en su haber el rechazo de varias requisas, estafas por mucha plata a compradores del ejército, sabotajes de pedidos, entregas incorrectas y el suministro de caballos enfermos y ciegos al ejército en lugar de los sanos que había recibido.

La primera persona que le opuso resistencia fue Paul. Presentó una denuncia contra los cosacos, pero no logró que llegara a buen puerto. Una vez, Paul y el ucraniano se encontraron en la estación de Shmerinka.

—¡Buen día, teniente! —dijo el cosaco.

—¿Usted no debería estar en la cárcel?

—¡Ya lo ve, teniente! Tengo mis contactos.

Tomaron un par de copas. Estaban sentados en un bar improvisado, una casilla de madera oscura y desnuda, cuyas minúsculas ventanas abiertas dejaban pasar el viento y a los pájaros. En un momento, el cosaco dijo:

—¡Tengo unos folletos para usted, teniente!

—Voy a pedir que lo detengan —respondió Bernheim mientras se levantaba. El cosaco se paró ante la puerta que vigilaba con una sonrisa en la cara y un cuchillo en la mano derecha.

—¡Arriba las manos! —gritó, con un tono risible en la voz. Bernheim no sabía si el ucraniano era un informante de la policía militar secreta, un revolucionario, si había recibido los folletos de casualidad o si era la borrachera la que hablaba por él. Se hizo de noche, el viento ululaba. Paul Bernheim decidió pedirle los folletos. De última, luego podría decir que había recurrido a algún truco para obtenerlos.

Con la mano izquierda, el cosaco le tiró un paquete; con la derecha y parado ante la puerta, blandía el cuchillo. El crepúsculo lo hacía parecer más grande de lo que era. Un brillo plateado salía de su abrigo amarillo, del gorro de piel gris oscuro, de las botas amarillas de cuero crudo, de sus ojos grises. Llegaba hasta el techo de la casilla. Bernheim sentía que se volvía más pequeño hasta el punto de imaginarse que el otro crecía. Un temor surgido de la infancia largamente olvidada, del recuerdo de sueños fantasmales, de fantasías macabras en habitaciones oscuras, tomó al gigante con miles de brazos. El alcohol, que en general no le causaba ningún efecto, hoy lo trastornaba, porque

no había comido por medio día. Por qué me vine para acá con este tipo. Era la única frase entera que podía pensar con claridad. El resto eran oraciones a medias que atravesaban su mente, y la frase "última hora" volvía una y otra vez como ese dolor que por momentos desaparece, pero que uno aguarda y recibe, porque la tortura de la espera es más fuerte que él.

De repente, a Bernheim se le ocurrió un concepto. Un concepto tan necio que en otro momento no hubiera determinado su decisión. Era como esas palabras vacías que anidan en nuestra memoria como fragmentos de axiomas tradicionales, fórmulas pedagógicas, manuales obligatorios, leyendas heroicas infantiles, que se quedan inmóviles como murciélagos mientras estamos despiertos y al primer adormecimiento de nuestra conciencia vuelven a rondar por nuestras mentes. Algo así se le ocurrió a Bernheim: vergonzoso final. Una representación que, por infantil que parezca, puede motivar al hombre más inteligente a movilizar eso que llaman masculinidad. En Paul Bernheim todavía habitaban ciertas representaciones que, en su carácter de antibelicista y rebelde, no quería defender —la de una "muerte digna", por ejemplo—, porque prestar servicio en los dragones, incluso por corto tiempo, deja indefectiblemente una marca. Ni bien ese concepto nació en su perturbada mente, hizo lo más tonto que podría haber hecho en esa situación: tomó su revólver como si fuera un héroe. Al instante, el cuchillo de Bezborodko se le clavó en su brazo derecho. Paul llegó a ver cómo la puerta de la casilla se abría rápidamente y cómo, desde el cielo, la última luz verde del anochecer irrumpía en la completa oscuridad del cuarto. Luego, la puerta de madera volvió a cerrarse —Paul

Bernheim escuchó el ruido— y todo se oscureció de nuevo. Bezborodko se había ido.

Paul ya no intentaba sacarse el cuchillo del brazo. La oscuridad del cuarto que lo envolvía parecía engendrar otra en su interior, más espesa, como si saliera del nervio óptico y le penetrara el ojo, igual que la oscuridad exterior penetraba la retina. Oscuridad adentro y afuera. No sabía si todavía tenía los ojos abiertos o si ya estaban cerrados. El dolor del brazo parecía como si sonara, como si la sangre, que latía contra el acero, hiciera un ruido metálico.

Se despertó luego de un par de horas sobre un sofá con el brazo vendado, en la habitación del tabernero judío, para volverse a dormir inmediatamente.

Unos días más tarde abandonó Shmerinka. Los folletos habían desaparecido. Todo lo que había sucedido le parecía ahora irreal, como un sueño, y casi dudaba de haber sido herido por Bezborodko. Él también desapareció.

Así y todo, este acontecimiento lo sacó de la zona de confort en la que había vivido hasta entonces. Ya era el tercer año en guerra. ¿Fue el miedo o la conciencia lo que motivó a Paul Bernheim a abandonar su cómoda tarea y a alistarse como voluntario en el frente? Era como si la muerte, que le había pasado tan cerca esa noche en la casilla, le hubiera regalado un atisbo de su dulzura roja y negra y espantosa, y hubiera despertado en Paul cierto anhelo por ella. Se desentendió de sus amigos, de sus periódicos, de sus discursos. Abandonó el cuartel, como una vez el cuartel lo había abandonado a él.

Así de polifacético e incomprensible es el ser humano.

IV

Y entonces Paul Bernheim se fue al frente de batalla.

En un día nublado y frío de noviembre —la lluvia que caía del cielo se mezclaba con la bruma que salía de la tierra—, Paul Bernheim viajó solo al campo.

Ahora era teniente del enésimo regimiento de infantería, que ya hacía varias semanas tomaba posiciones en la parte sur del frente oriental.

—Tenés suerte —le habían dicho sus camaradas—. Justo ahora nos vamos al frente más tranquilo de todos. Si venías antes, hubieras tenido que irte hasta los Alpes. ¡Allá es un infierno!

Paul hubiera preferido tener que ir a los Alpes, donde la cercanía a la muerte era mayor que en el este. El hecho de que el frente oriental llevara el mote de "idílico" perturbaba la firmeza con la cual se había alistado en la infantería y con la que había decidido que su vida anterior quedaba definitivamente separada de la que estaba por comenzar. Estaba pasando por una fase en la que deseaba vivir las aventuras más fuertes, los peligros más grandes, las injusticias más duras. Se decía a sí mismo que tenía que aprovechar este estado de determinación tan infrecuente y dichoso para que finalmente se transformara en un estado permanente. Temía que pasara de largo sin traer consigo la victoria tan esperada. Después de todo, era el mismo antiguo talento que había conducido a Paul a la historia del arte, a Inglaterra, a la caballería y al pacifismo. Así como alguna vez había querido convertirse en un anglosajón perfecto, ahora quería convertirse en un soldado de infantería perfecto.

Pero poco sabía él mismo de estos impulsos ocultos. Sobre ellos yacía una indiferencia sombría y nubosa, espesa y pesada como el día. Llevaba ya unas horas sentado solo en el compartimiento frío de segunda clase. El otro pasajero, que había estado con él por dos largas horas, se había bajado hacía rato. Todavía no era de noche, pero en la tarde gris la grasienta lámpara amarilla de aceite ya estaba prendida y a Paul le hacía acordar a las luces de las tumbas de los difuntos. De vez en cuando pasaba su manga por el vidrio empañado de la ventana para asegurarse de que el tren realmente se estuviera moviendo. Y entonces vio la cortina gris de la lluvia de noviembre sobre la periferia que comenzaba a transformarse en un escenario, y detrás de la cortina aparecían pueblitos, granjas diseminadas y abandonadas, mujeres con amplias faldas sobre las cabezas, judíos negros con túnicas largas, rastrojos amarillos y calles amarillas y sinuosas, cuyo fango negro brillaba por la lluvia, postes telegráficos erguidos y doblados, cocinas de campaña perdidas y medio hundidas en el excremento, soldados de transporte marchando, barracas de color marrón oscuro, rieles y pequeñas estaciones en cada una de las cuales el tren debía detenerse. También hacía algunas paradas entre estaciones. Era como si el tren mismo tuviera reparos hacia el campo al cual se acercaba y aprovechara cada oportunidad para quedarse quieto y esperar un alto al fuego.

Era absurdo este pensamiento, así como también era singular el miedo que sentía Paul de haber llegado tarde a la guerra, pero se le pasaba por la cabeza esa idea de que estaban allí para firmar la paz y de que se iba a encontrar en esa situación

espantosa de volver a la vida pacífica igual que ahora: inalterado y afectado por el recuerdo de su última y patética experiencia con el cosaco. En ese momento necesitaba que la guerra durara al menos cinco años. Tener que enfrentarse a la paz, a su casa, a su madre, al banco, al personal de servicio y a los funcionarios lo desconcertaba. Cuando se acordaba de que no hacía mucho tiempo había llevado a cabo protestas incendiarias escribiendo y hablando en contra de la guerra, no entendía qué había pasado en los meses y años pasados. Incomprensiblemente, eran opacados por la espantosa experiencia que había tenido con Nikita, esa enigmática experiencia. Un hombre lo había amenazado, herido y vencido y había desaparecido. Nada más. Sí, pero ese hombre sabe quizás más sobre mí, sabe todo de mí, más que yo mismo. Tiene mi vida en sus manos, me puede destruir —y yo no lo puedo ver, desapareció para siempre—. Pero mi vida —así se consolaba— está en mis propias manos ahora mientras esté en el frente. Puedo morir en cualquier momento. Además, si el ucraniano sabe algo, desmiento todo. Voy a ser valiente, la gente me va a creer a mí. Quizás alguno de mis antiguos amigos o compañeros me traicionó. Lo voy a negar todo. No hay pruebas. No hay ni un artículo escrito con mi letra, escribí todo a máquina bajo un nombre falso. Y después de todo, da igual.

Ni bien el tren frenó, Paul escuchó la monótona e insistente melodía de la lluvia y se calmó. Esa misma lluvia que con la misma perseverancia y obstinación apacible había caído sobre miles de kilómetros y que parecía suspender las distancias, lo disímil de los territorios y los paisajes. El mundo ya no estaba formado por montañas, valles y ciudades, sino solo por

noviembre. Y, con esta indiferencia de plomo, las preocupaciones de Paul disminuyeron temporalmente. Se sentía uno con cualquiera de los objetos indefensos que había en el campo y se entregaba a la lluvia, con la cosa más pequeña, insignificante e inerte, una bombilla, por ejemplo, que estaba ahí de manera involuntaria esperando su final pero llena de felicidad, si fuera capaz de sentir. Un arroyo podía llevarlo y arrastrarlo; una bota, pisotearlo.

Así fue como Paul experimentó por primera vez la guerra y, al igual que los millones de hombres alistados, sintió también la sublime indiferencia de aquellos que, ciegos, se sometían a un ciego destino. Probablemente moriré, pensó con un alivio dulzón. Y, mientras la noche seguía avanzando y se alzaba el negro muro de oscuridad detrás de los cristales, la luz mortecina del vagón se volvió más fuerte y se sintió como un muerto, un muerto en una fosa iluminada. Atrás quedaban las preocupaciones y las amistades, los miedos y las esperanzas de la vida. Todo había huido de él. Para un fugitivo como él no había destino sereno, no había otro refugio más seguro que el frente y la muerte.

Se acordó del testamento que había escrito antes de emprender el viaje. En el caso de que muriera, le dejaba todo a su madre y solo una muy pequeña parte a su hermano, a quien el padre tampoco había incluido en su testamento. Ahuyentó rápidamente el pensamiento sobre Theodor, no quería pensar en su hermano. Aunque estaba yendo voluntariamente e incluso gustoso hacia la muerte, una y otra vez lo tomaba por sorpresa una envidia pequeña y vertiginosa hacia su hermano más chico, que andaba por ahí protegido por su juventud, a salvo de la

guerra y seguro de llegar a ver su fin y tiempos mejores. No se lo merece, se decía a sí mismo Paul. Y se entregaba nuevamente a la felicidad que le brindaba la premonición de la muerte.

En ese estado, exageraba lo que había sido la riqueza, la duración y la abundancia de sus años anteriores. Esta exageración también regía la confianza arrogante que tenía en sí mismo. Fui rico, se decía, fui joven, bello, poderoso, tuve mujeres, conocí el amor, vi el mundo. Puedo morir en paz. De repente lo invadió el recuerdo de Nikita. Debería haberme ido antes al frente, pensó. No debería haber estado en contra de la guerra. No voy camino a la muerte de forma voluntaria, voy perseguido. Me lo merezco.

Mientras más avanzaba la noche, más frío hacía. Paul intentó apagar la lámpara. Quería quedarse en la oscuridad en silencio; la representación de una tumba debía ser total. Quería acostarse en una tumba rodante y viajar hacia el más allá. La lámpara no se apagaba, era la luz eterna, ardía por su salvación. No se podía dormir. Con sus dedos helados, intentó escribir algo en su anotador. ¡Escribir aclara las ideas!, pensó. Pero no fue capaz de redactar una oración y comenzó a trazar garabatos sobre las hojas blancas, como hacía antes en la hora de Religión. Se acordó de sus compañeros de escuela. Logró dibujar algunas caras, replicó la clase entera, los bancos, los profesores.

Así pasó la noche.

A la mañana siguiente, la lluvia se había transformado en un tenue granizo y en nieve transparente, las gotas que golpeaban las ventanas hacían un ruido metálico y delicado.

El tren se acercaba a la última estación. Era el límite del mundo. Allí empezaban las estrechas vías para los trenes tirados por caballos. Conducían directamente al comando del regimiento.

Paul iba en el vagón abierto y bajó con algunos soldados que habían vuelto de sus vacaciones. Como a través de un grueso muro, los escuchó cantar acompañando el fuego nutrido. Apenas sentía el viento y las punzantes gotas heladas. Vio los primeros heridos, que con blancos vendajes volvían rengueando por el largo camino en brazos de enfermeros, las gotas de sangre que dejaban su rastro en la tierra negra y húmeda, en el barro amarillo, blando y compacto. Con el cuello del saco doblado hacia arriba, las manos en los bolsillos, la mirada inerte dirigida hacia el grupo de los que regresaban, al blanco cegador, a la sangre laqueada, al gris encostrado de los uniformes, al excremento de la calle, Bernheim estaba parado en un rincón. El sonido de los disparos era cada vez más nítido; los soldados dejaron de cantar; otro día se hundía en el crepúsculo.

Llegó a su puesto junto con la noche y tuvo una suerte inesperada; sí, suerte en el sentido que tenía para él ese concepto, pero también en otro sentido. Para esa noche se preveía una embestida. Todos los camaradas mandaban postales a sus familias a través del correo militar. Paul le escribió a su madre, pero no porque necesitara hacerlo, sino para no llamar la atención. Quizás llore por mí, se decía, y pensó en el entierro de su padre y en las lágrimas que brotaban de las cuencas vacías de su madre. No agregó ningún saludo para su hermano Theodor. ¡Pero Paul Bernheim no se murió! Una bayoneta le atravesó la

mejilla derecha. Al otro día, fue al hospital de campaña y le operaron la mandíbula. Mientras curaba su herida, contrajo tifus y fue derivado al hospital epidemiológico que se encontraba en la retaguardia. Era como si el viejo Felix Bernheim, que desde el cielo estaría orgullo por su hijo, velara paternalmente por él; como si la suerte que le había concedido al viejo buenos negocios y el gran premio de lotería protegiera ahora al joven de la muerte. Porque recién mientras yacía con fiebre en el sector de oficiales de la barraca con otros cuatro soldados, recién ahí Paul sintió miedo de morir y ganas de vivir, dos cosas que antes le eran indiferentes. Creyó con todas sus fuerzas que viviría, tomó las dichosas heridas que había recibido peleando como si de esta manera el destino le prometiera dejarlo con vida. Y aunque cada dos días algún camarada a su lado se ponía azul, inmóvil y espasmódico, incluso volando de fiebre él sabía que no moriría.

Todo empezó a ir mejor. Salió del hospital, se resfrió, contrajo una neumonía y fue a parar a otro.

Esta nueva enfermedad también parecía ser consecuencia directa de su deseo de vivir y de no volver nunca más al campo de batalla. Hacía rato que había logrado reprimir el recuerdo del altercado con Nikita. Era de nuevo el viejo Paul. Acostado en la cama que daba a la ventana, sentía la plena conciencia de haber triunfado y de ser más inteligente que el resto del mundo. Su antiguo orgullo llegó a su cama como un fiel y buen amigo. Arriba de la puerta había un velador azul prendido. La respiración jadeante, agitada y cortante de un camarada enfermo era como un sonido inhumano, de algún animal extraño y desconocido. A través del fulgor azul de la lámpara, que evocaba

la luz de la luna de invierno, Paul Bernheim vio el último obstáculo que tendría que sortear. Protestó contra la inocente lámpara. Esa lámpara impedía que un hombre como Paul Bernheim, cuyas necesidades eran completamente diferentes a las de los enfermos comunes, pudiera encender una vela para leer, escribir o dibujar. No era suficiente tener que respirar ácido carbólico y yodo día y noche; uno no podía ponerse a leer cuando se le diera la gana. ¡Ay, la habitación gigante de la casa de sus padres! Paul se acordaba exactamente del estampado de las alfombras, del golpe de gong dorado y agradable que anunciaba el desayuno, de las melodías de Tchaikovsky que tocaba a cuatro manos con su hermana. Entre el despierto, ardiente y soberbio anhelo de vivir de Paul y el silencio que reinaba en el hospital, el olor fuerte y agudo de las habitaciones, el blanco sobrio de los guardapolvos de los médicos, la enfermedad, el suspiro y el cansancio de los camaradas y el eterno revoloteo de la muerte había una diferencia tan grande como la que hay entre estar sano y estar enfermo. Paul Bernheim se sentía muy orgulloso al ver cómo avanzaba su recuperación, como si se la hubiera ganado. Despreciaba a los enfermos como si fueran seres inferiores. Despreciaba a los médicos por el olor al ácido. Había adoptado la costumbre de ver en cada médico que se acercaba a su cama a un técnico dental que solo cumplía esa función en tiempos de guerra. Porque según Bernheim un técnico dental era menos que un internista, como en la escala de su madre un empleado estatal estaba por encima de un banquero. En cada enfermera veía a una criada, como venganza contra las reglas del hospital que no se ocupaban lo suficiente de satisfacer sus deseos especiales. Era

como si esas dos horas en las que se había dado por vencido y no se había dejado llevar por su personalidad como antes, esas pocas horas, engendraran ahora un orgullo doble. Parecía que la naturaleza misma de Paul Bernheim era incapaz de soportar una humildad aunque fuera pasajera, y estaba decidido a compensarlo. Porque no es cierto que el sufrimiento, el peligro o la cercanía a la muerte cambian a las personas. A Paul Bernheim no lo afectó en absoluto.

Su recuperación duró tanto que en los hechos ya no debía temerle a la guerra. Cuando salió del hospital le dieron vacaciones, y ni bien las terminó estalló la revolución.

Hay que decir que Bernheim, en aquellos días, se atrevía a pasear por la calle con sus insignias de oficial, se rehusaba a vestir de civil. Ya no valoraba más su rango, porque pertenecía a un ejército vencedor. Y nada más despreciaba él, que despreciaba muchas cosas, que la victoria. Por el contrario, estaba feliz porque ahora ya no había manera de que el episodio antibélico pudiera hacerle daño. Con un orgullo bastante oculto y por lo bajo, pensaba que Inglaterra, *su* Inglaterra, había vencido. Era como si el mundo le hubiera dado la razón a Bernheim en su anglomanía, y cuando se hablaba de la guerra ponía cara de "les dije". Sin embargo, no aceptaba dejar a un lado sus distinciones solo porque un soldado cualquiera así lo dictaminara. Despreciaba de igual manera a un pueblo revolucionario que a un país victorioso.

Y así fue que cierto día unos soldados lo hirieron y apareció en algunos periódicos de derecha como ejemplo de lealtad patriótica y heroica. Era la primera vez que leía su

nombre impreso. Y como si nunca se hubiera opuesto a la guerra, como si nunca hubiera preferido morir en el campo de batalla y a Inglaterra como su madre patria, empezó a tener ideas conservadoras y patrióticas y ya se imaginaba siendo funcionario y ministro.

Ministro, por supuesto.

V

A Paul Bernheim le hubiera gustado hacer un llamado para avisar que volvía. Pero no era fácil hablar por teléfono con la señora Bernheim. Ella no podía entender que no era posible ver a su interlocutor. Como mínimo, tenía que imaginárselo. Recién ahí empezaba a comprender el sentido de la cuestión. Era como si en su mundo la palabra, la lengua humana, fuera solamente un medio defectuoso, y para lo único que sirviera fuera para acompañar gestos y miradas. Quizás de allí proviniera la ligereza con la que usaba algunas palabras fuertes en ocasiones incorrectas.

Entonces, Paul mandó un telegrama. Los telegramas también sacaban de quicio a la señora Bernheim. Opinaba que el telégrafo se había inventado exclusivamente para poder comunicar alguna catástrofe repentina. Desde que había enviudado, y especialmente desde que había estallado la guerra, había empezado de a poco a "economizar" —como le encantaba decir— y cada vez que Paul le mandaba un telegrama hacía cuentas para ver cuánto le había salido. Cuando leyó el telegrama, su alegría por la llegada de Paul fue directamente

proporcional al miedo que sintió cuando lo recibió y al dolor por todo lo que había gastado. Y pasó bastante tiempo hasta que, liberada del susto y del impulso de querer hacer un recuento de palabras, logró comprender el sentido del mensaje en su significado más cabal y feliz.

Ella sabía que Paul estaba enfermo hacía tiempo y que había sido herido. Pero, como él nunca le había contado de su incursión en la infantería, mantenía invariable el optimismo con el que confiaba plenamente en la caballería, de principio a fin. Incluso cuando se enteró de que Paul había sido herido, no se le cruzó por la cabeza ni por un segundo que podría haber muerto. Recibir una herida estando en la caballería era para ella casi lo mismo que cortarse un dedo con un cortaplumas. El tifus tampoco le parecía una enfermedad mortal para un caballero. "Paul es un oficial", decía. "Seguro anda con cuidado". Ni una hora le dedicó a preocuparse por su hijo en el transcurso de la guerra, pero sí por el dinero, día y noche. Le tenía miedo a la pobreza. Veía que todo el tiempo se contabilizaban pocos ingresos y muchos egresos. El viejo señor Merwig, que trabajaba para su marido, iba todos los meses a su casa y le contaba cómo marchaban los negocios. El desenlace de la guerra, la revolución, los mutilados en las calles, el exceso de mendigos que, según sus palabras, "se agolpaban en la puerta"; todo eso la mantenía tan ocupada que el regreso de Paul la emocionó de alegría solo por un par de minutos. A la noche, cuando llegó Theodor, le mostró el telegrama. Doblándolo cuidadosamente, él lo apoyó sobre la mesa sin decir ni una palabra y comenzó a leer el diario. La señora Bernheim agarró los anteojitos que llevaba siempre

colgados en sus caderas y que parecían un arma, los dejó caer con estruendo, giró los ojos y observó a su hijo como si mirara un escenario. Le encantaba usar los anteojitos cuando estaba enojada. Se había dado cuenta de que los empleados se asustaban de solo verlos. Theodor escuchó el ruido y hundió aún más su cabeza en el periódico.

La señora Bernheim dejó caer los cristales una vez más. Después de unos segundos, dijo:

—Tenés tan poco corazón como tu padre. Pero al menos él era inteligente. Tenía un espíritu comercial increíble. Vos sos un bueno para nada. En todos estos años no aprendiste nada. Sin esos benditos exámenes anticipados estarías todavía sentado en el banco del aula o serías un zapatero. Me hacés acordar al difunto primo Arnold. Se endeudó y terminó muriendo en un loquero. Y eso nos salió mucho dinero, hubiéramos preferido verlo en la cárcel.

Esperó unos minutos. Luego, como vio que Theodor seguía leyendo el diario, gritó de repente:

—No tenemos más plata, Theodor, ¿me escuchás? ¡No tenemos más plata para salvar a los buenos para nada de la cárcel! Vas a ir tras las rejas, ¡¿me oís?!

Theodor se llevó ambas manos a los oídos y siguió leyendo.

—Soltá el diario cuando te está hablando tu madre —dijo la señora Bernheim un poco más bajito.

Theodor se sacó enseguida las manos de los oídos, pero no dejó de leer.

A veces se quedaba callado hasta que ella, largando un fuerte suspiro, terminaba yéndose de la habitación. Pero hoy

parecía que no quería dar el brazo a torcer. Empezó a hablar de nuevo. Con una monotonía inquietante en la voz, comenzó a deshilvanar frases lentas y uniformes. Theodor sentía que cada oración era interminable. Cuando la señora Bernheim se dio cuenta de que esta manera de hablar le causaba cierta impresión a su hijo, acompañó la insistencia de su discurso con movimientos suaves y sistemáticos sobre el mantel. Sin parar y con la misma cadencia con la que hablaba, movía sus manos extendidas, de izquierda a derecha, por el borde de la mesa. Theodor estaba hundido en el diario, pero las manos veteadas blancas y azules de su madre se movían silenciosamente en su campo visual, y de forma gradual fue sintiendo miedo de las débiles manos de esta anciana como si fueran manos de asesina. Las columnas del diario se desdibujaban frente a su mirada. Pero no dejó entrever nada y, para demostrar que estaba muy ocupado con la lectura, pasaba lentamente las hojas con la misma cadencia con la que fluía el discurso de su madre y como cautivado por el ritmo.

—Si un hermano vuelve de la guerra —dijo la señora Bernheim—, una persona decente se pone contenta. Pero a vos te apena que Paul no se haya muerto. ¿O te creés que una madre no sabe todo sobre sus hijos? Dios es mi testigo, nuestro difunto padre también lo sabe, nunca quiso creerme y yo siempre le decía que vos eras un chico malo, sos siniestro como una araña, retorcido como un gato y tonto como un burro. Sos un engendro de la naturaleza, la educación que te dimos fue en vano; una no puede, le dije a Felix, criar a un hijo si desde que nace no es capaz de comprender el alma, creo, y es así, vos no tenés alma. Si

no tuvieras miedo, golpearías a tu madre, ya quisieras verme como un cadáver, qué espanto, como un cadáver. Pero yo no voy a morir en paz hasta no saber que te convertiste en una persona decente, aunque eso no va a pasar; qué hacés todo el día, andás por ahí con tus dichosos amigos, que no me gustan para nada; Paul a tu edad ya bailaba, era un bailarín excelente y maravillaba a hermosas jóvenes y no se echaba en el bosque, no andaba tirando tiros por ahí como vos; tengo miedo de tu cuchillo para robar, de tus pistolas para matar; Anna no quiere ordenar más tu habitación, ¿debería hacerlo yo…?

Un rubor oscuro, casi azulado, cubrió la cara de Theodor. Precipitadamente y haciendo ruido, tiró el diario al piso. Se levantó, empujó la silla para atrás con el pie; sus ojos rodantes y pequeños detrás de los oscuros anteojos veteados parecían buscar sobre la mesa larga y ancha algún objeto que pudiera arrojarle a su madre. Como no encontró nada, empezó a gritar unas veinte veces sin sentido:

—¡Levantalo, levantá el diario, levantalo, levantalo, levantalo, levantá el diario, mamá, mamá!

En un abrir y cerrar de ojos se puso pálido.

Su cara chata, amarilla, flaca remitía a un pan en el horno sin fermentar. Estaba más arqueado para adentro que para afuera. Toda su nariz, hasta la punta que se elevaba frágil, tosca y exangüe, parecía formar parte de las mejillas. Sus labios eran delgados y estaban entreabiertos sobre los largos dientes. El mentón se estiraba hacia adelante como en aquellas personas que suelen llevar la cabeza entre los hombros levantados. Las orejas eran grandes, amarillas y transparentes, parecían hechas de

pergamino y sin bordes, como si la materia no hubiera alcanzado para completarlas.

Sobre la frente aún corta, infantil, pero atravesada por cuatro, cinco líneas horizontales y otras dos gruesas y verticales en el entrecejo como la de un anciano, se erguía su pelo finito, rubio claro, peinado obstinadamente hacia arriba. Los ojos claros detrás de los anteojos brillantes tenían una expresión horrorosa. Eran como los ojos de alguien que mira un fuego repentino. Su voz se tornó clara y lastimosa. Se podría creer que Theodor clamaba a su madre por ayuda mientras le gritaba que levantara el periódico. Empezó a temblar. Para no castañetear los dientes, mordía uno tras otro. Y así, con la lengua dura contra los dientes, intentó gritar, pero era muy difícil entenderlo:

—¡Levntá el diario, levntlo, levntloo!

La señora Bernheim, que un poco disfrutaba del brote que estaba teniendo Theodor, levantó de nuevo sus anteojitos. Estos momentos eran importantes para ella. Eran los únicos en los cuales podía sentirse realmente considerada y su lógica se ponía en guardia, inquieta ante la falta total de sentido del otro. Aunque su boca se mantuvo impasible, en sus duros ojos brilló el reflejo de una sonrisa, mientras que con una voz calma llenó el instante en el que Theodor se quedó mudo y sin aliento:

—No hacía falta tirar el diario al piso. Pero incluso si hubiera sido necesario, tu madre no tiene por qué levantarlo. Agachate, te va a hacer bien. Es tan saludable como pasear por el bosque. ¡Agachate, hijo mío, agachate!

Pronunció estas palabras con una voz suave y maternal; la maldad estaba guardada allí como un instrumento de metal entre

algodones.

Theodor dejó la habitación. La señora Bernheim miró hacia la puerta que él había cerrado con un golpe. Esperó hasta que el eco del estruendo hubiera desaparecido.

Luego se agachó, levantó el diario y empezó a leerlo

Theodor se fue hacia el pasillo.

Sonrió. Se esforzó por entrar en silencio. Su miopía lo obligaba a ser cuidadoso. Asomó la cabeza, la giró para todos lados. Se acercó al ancho armario frente al ropero. Arriba, a la izquierda, en el segundo compartimento, había una lata, la lata de la recaudación. Una asociación de beneficencia se la había dado a la señora Bernheim, y una vez por mes debía ser vaciada. Pero la señora Bernheim quería ver con sus propios ojos adónde iba a parar el dinero. Los recibos no le gustaban. Entonces guardaba en esa lata el cambio para darles a los mendigos que iban un día a la semana.

La lata tenía una pequeña cerradura. Theodor había probado varias veces abrirla con alguna de sus tantas llaves. Sabía que no había otra cosa que la preocupara más a la señora Bernheim que la posibilidad de que le robaran ese dinero, bastante sufría ya cuando tenía que donarlo.

Primero se llevó la lata a su cuarto. Cerró la puerta y probó una llave tras otra, pensó un poco, agarró un cuchillo y con cuidado empezó a separar las hendijas. Su corazón latía de terror y alegría… por un momento dejó la lata e intentó imaginarse el escándalo que haría su madre. Su boca gritó de repente: “¡Sinvergüenza!”. Escuchó. Como nada se movió, volteó la lata. Pero sonó más fuerte de lo que esperaba. Escuchó de nuevo.

Abrió las puertas y se convenció de que no había nadie. Entonces empezó a sacar con mucho cuidado, una por una, las monedas. Muchas se cayeron por las hendijas y rodaron obedientes y sin hacer escándalo. Otras insistían en quedarse adentro. Se cansó, se sentó, tenía la misma pasión que un cazador. Trabajó hasta bien entrada la noche. Al final solo quedaban algunas pocas monedas haciendo ruido en la lata. Después apretó cautelosamente los bordes de las hendijas y en puntas de pie volvió a poner la lata en su lugar.

Contó el dinero. Era el mismo monto que abonaba mensualmente para Dios y Hierro, organización de la cual formaba parte hacía dos años.

Esta organización había sido fundada por un joven llamado Lehnhardt. A excepción de él, que era un burgués, únicamente podían ingresar nobles. Pero luego de dos meses solo había cuatro. Entonces cambiaron los estatutos y pasaron a aceptar únicamente a "rubios de familias arias". Si uno miraba bien de cerca, sin embargo, podía notar que el pelo del fundador era más bien castaño y no rubio. Así y todo, el hijo de pelo oscuro del presidente del tribunal estatal fue rechazado. Este joven se fue a quejar con su padre. Afirmaba que Lehnhardt y Theodor Bernheim lo habían llamado judío. Indignado, el presidente del tribunal estatal invitó a ambos y los instó a admitir a su hijo. Entonces, en el estatuto solo quedó la prohibición de que ingresaran judíos.

Colaboraban entre sí con libros, armas y dinero. Luego de hacer el examen anticipado, se juraron permanecer siempre en contacto. Provisoriamente, se anotaron como paramédicos

voluntarios. Prestaban “servicio”, iban hacia donde transportaban a los heridos, arrastraban camillas, se sentaban junto a los choferes de ambulancias y tocaban silbatos estridentes en las calles de la ciudad para frenar a otros vehículos. Todos los días se despertaban esperando que llamaran a movilizar a los de su promoción. Pero cuando finalmente se firmó la paz le juraron venganza a la república, buscaron y encontraron vínculos con organizaciones secretas y empezaron a marchar dos veces por semana a las prácticas fuera de la ciudad.

Theodor no participaba de estas prácticas. No era apto para realizar esfuerzos físicos. La palidez de su piel, sus pasos cortos y apresurados, su habla, que a menudo se quedaba sin sonido, la emoción que le ponía al comunicar cosas insignificantes, la violencia de sus movimientos; todo eso daba la impresión de que era posible escuchar su agitado pulso. En su pecho parecía tener instalado el corazón pequeño y alborotado de un pájaro. Podía encarar a alguien con una expresión como si acabara de recibir una novedad asombrosa para luego decir algo así de sencillo: “¿Lo sabe? ¿Ya se lo dije? Ayer recibí una carta de Gustav”.

Al suceso más insignificante le otorgaba una importancia peligrosa y secreta, especialmente secreta. Pretendía saber algo antes que los demás y también poder contárselo a otro bajo el sello de confidencialidad. Así alimentaba constantemente la creencia de que él era alguien importante. Pero también temblaba constantemente por eso.

Tenía una sensibilidad para las cosas públicas y las grandes palabras: honor, libertad, nación, Alemania. Quería

causar algún efecto a cualquier precio. El miedo a enfermarse, a contraer anginas, neumonía o pleuritis, lo impacientaba. A duras penas lograba leer un libro hasta el final. Pero con solo diez páginas podía incitar a las masas a leerlo o decir que era "una basura". Porque amaba las expresiones fuertes, y ese era, quizás, el único rasgo claro de juventud.

Se creía un noble fuera de lo común. A veces soñaba con escribir la historia de la familia, investigar el árbol genealógico de los Bernheim para comprobar que era parte de una raza antigua y noble. El origen judío de su madre le molestaba. Y el miedo a enfermarse era muchísimo menor al miedo a la posibilidad de que sus camaradas se enteraran sobre el origen de su familia materna. Ya tenía decidido mentir a cualquier costo. Esta decisión era tan fuerte, su miedo era tan grande, que gradualmente llegó a convencerse de que no tenía nada que ocultar. Todas las excusas que encontraba se hacían realidad con el paso del tiempo. La convicción de que era un noble se manifestó en una soberbia que sus camaradas solamente soportaban porque él traía y llevaba intimidades y confidencialidades, incluso halagos. Theodor era capaz de decirle a un compañero: "Entre nosotros le digo, ¡usted es el único que sabe lo que yo quiero!". O también: "¡Ese sí que fue un acto realmente brillante, admirable!".

Se supone que Theodor creía realmente todo lo que decía. No le gustaba participar de excursiones o prácticas. No solo porque le preocupara su salud, sino también porque lo ofendían ciertas manifestaciones toscas, las impertinencias, algún que otro comentario de mal gusto. Se había sugestionado tanto de que era

un noble que incluso adquirió las susceptibilidades de la nobleza. Los desfiles militares, el tiro, la lucha al aire libre; ninguna de esas cosas le causaban placer. Solamente el hecho de que hubiera una conexión secreta que entrañara peligros y la posibilidad de ser un conspirador, pero también de ser escuchado por sus correligionarios, lo mantenía en compañía de sus amistades. No le gustaban ni las grandes botas ni las polainas. La cercanía a la naturaleza del excursionista le parecía ordinaria. Esperaba algo más de la "tecnología". "Para el futuro": le tenía gran estima a esa palabra. Quería sinceramente ver triunfar al pueblo alemán en el mundo, pero a través de métodos más modernos. Con aviones, perros bóxer, autos buenos y económicos, aparatos químicos, máquinas exóticas. En silencio y para él mismo, catalogaba los ejercicios en el bosque como algo romántico. Provisoriamente, tenía que participar de este romanticismo para llegar al poder real, o al menos para influir de algún modo. Le importaba poco tener que mentir. Eso formaba parte de sus principios.

Esa noche le costó mucho dormirse. No solo porque su madre se enojaría hasta la muerte por la lata vacía —sí, hasta la muerte; si ella no estuviera viva, tendría un miedo menos—, sino también porque su contenido significaba un ahorro del dinero chico que raras veces se recibía.

Su alegría solo fue empañada al pensar en el regreso de Paul. Ya veo, se dijo alrededor de las dos de la mañana, otra vez voy a pasar una noche sin dormir. Para variar, además empezó a llover.

En realidad, era la gotera al lado de la ventana de Theodor que había empezado a gemir. Prendió el velador, vio que daba

muy poca luz, se levantó para encender el contacto en la pared, primero se puso los anteojos porque se sentía inseguro en las penumbras, y mientras se iba aclarando la habitación permaneció de pie momentáneamente delante del espejo del armario. No sin cierta satisfacción, vio que su pijama daba una buena impresión. Tenía un brillo sedoso, ribetes gruesos y trenzados como los trajes de los soldados de caballería, un color como de cielo de verano nocturno y opalino. Theodor amaba los pijamas, la buena ropa interior, las medias de seda. Para él, vestirse de forma impecable por las noches era símbolo de distinción. Anudarse bien y con elegancia la corbata por las mañanas le producía placer. Y había defendido la admisión del hijo de pelo oscuro del presidente del tribunal estatal especialmente porque este estaba suscrito a revistas de moda masculina que a veces le prestaba.

Para poder dormir, Theodor tomaba veronal. Sin embargo, podía "dañar su corazón". Sufría al imaginarse que el farmacéutico se había confundido y en lugar de medicina le había dado veneno. Ese farmacéutico estúpido, pensaba, envenenando a una persona como si fuera una rata. Si no le caigo simpático, seguro quiere verme muerto. A estos tipos hay que tratarlos bien. Mañana voy a ser amable con él. A todos los hombres les decía "tipos". Diferenciaba dos clases de tipos: los que admiraba y los que despreciaba.

Su hermano Paul pertenecía a aquellos tipos que despreciaba y envidiaba. ¡Así que mañana viene este tipo! Es rico, joven y sano. Un suertudo infame. ¿Si me va a dar un centavo? No creo. Es un amarrete. (Porque una de las peculiaridades de Theodor era endilgarles "avaricia" tanto a los "tipos" que

admiraba como a los que despreciaba). Mañana viene para acá y se va a adueñar de toda la casa. Él y nuestra madre se van a unir en mi contra. Lo voy a recibir con la cabeza en alto. Tanto como pueda.

"Tanto como pueda", repitió en susurros. El miedo lo había asaltado otra vez. El veronal no ayudaba, le causaba palpitaciones, la gotera no paraba de gemir, las ráfagas de viento esparcían de manera intermitente gruesas gotas de agua como piedras contra las ventanas. Theodor empezó a hojear un libro que había encontrado en la biblioteca de Paul. Era el *Rembrandt-Deutsche*. Se encontró con una frase que le gustó, decidió memorizarla y mañana, cuando hablara con Lehnhardt, la citaría. Se cansó y se durmió.

La mañana, pálida, cubrió la ventana.

VI

Theodor se despertó tarde.

Escuchó la voz de Paul en el pasillo y decidió estirar lo más posible el reencuentro con su hermano y quedarse dos horas más en la cama. Su madre golpeó la puerta. No contestó, solo carraspeó. Escuchó cómo se alejaba nuevamente y le decía algo a Paul en el comedor. Se vistió con cuidado y colocó en el ojal el distintivo de la organización Dios y Hierro. Se armaba como si estuviera por enfrentarse a un adversario peligroso, y su instinto lo condujo a hacer todo tipo de preparativos; finalmente apretó con la mano una de sus tres pistolas. Revisó el cargador y la guardó en el bolsillo del pantalón. Luego fue hacia la puerta del

comedor en silencio, como si estuviera por sorprender a alguien, se quedó escuchando un rato desde afuera y entró.

Los dos hermanos se abrazaron fugazmente y dieron besos al aire, uno sobre el hombro del otro.

—¿Qué es ese distintivo? —preguntó Paul.

—Es de nuestra organización —respondió Theodor.

—¿Qué hacen ahí?

—¡De todo!

Pausa larga.

Theodor, que no soportaba el silencio, empezó a ir de acá para allá, con la cabeza gacha, pasos cortos, el pulgar de la mano derecha bajo la sisa del chaleco. Se podía pensar que estaba memorizando algo o resolviendo un acertijo que Paul le había encargado.

—¿Te levantaste tarde hoy?

—¡Sí! —dijo Theodor con un gruñido.

—¿Te fuiste a dormir tarde?

Theodor agudizó el oído. ¿Sabía Paul algo sobre la lata?

—Sí, es que la lluvia no me deja dormir. ¡Además estuve trabajando!

—¿Estás estudiando?

—Sí, a Marx, hace unos meses. —Theodor amaba decir mentiras desconcertantes. Así lograba que el otro, atónito, no se volviera incrédulo, si no más bien le tuviera respeto.

—¿Cómo llegaste a Marx?

—Tiene buenas cosas. Era un tipo sagaz. Además, hay que conocer al enemigo.

—¿Querés escribir contra él, entonces?

—¡¿Escribir?! ¡Ya no hay tiempo! ¡Somos gente de acción!

—¿Y eso qué significa?

—Hacer cosas con la cabeza y la mano. Por ejemplo: llevar orden a Alemania, derrocar al Gobierno, prohibirles la entrada a todos los partidos a bolcheviques y judíos, encender hogueras, ¡y declarar la guerra!

—¿Estás hablando en nombre de tu organización?

—Siempre —respondió Theodor—. No tenemos loquitos solitarios como vos. No vamos a perder ninguna guerra más.

—¿Me estás reprochando la derrota?

—¡Por supuesto, a vos y a los judíos!

—¿Estamos en guerra entonces?

—Somos enemigos, eso seguro. Si es necesario entonces sí, ¡estaremos en guerra!

—Bajo estas circunstancias —empezó a decir Paul lenta y tranquilamente— no podemos vivir bajo el mismo techo. Quizás deberíamos preguntarle a nuestra madre quién puede vivir acá, porque esta casa, según el testamento de nuestro padre, le pertenece.

—La ley me importa un carajo. Según el derecho romano-judío, seguro soy yo el que se tiene que mudar.

—Es que no tenemos un derecho germano.

—¡Eso está por verse!

Theodor empezó a caminar de nuevo, el pulgar derecho bajo la sisa del chaleco. Quería intentar erigir una rivalidad sobria, objetiva.

—¿Leíste a Marx alguna vez?

—No —dijo Paul—, sé muy poco sobre él.

Sin embargo, Theodor creía que si reconocía objetivamente los méritos marxistas Paul se volvería más conciliador. Por eso, dijo:

—¡Así y todo, tremendo, este Marx!

Nada podía irritar más a Paul que la palabra “tremendo” y la manera en que la decía su hermano. Su sola presencia hacía que le dolieran los ojos, le inmovilizaba las manos, que estaban metidas en los bolsillos para que no viera que temblaban.

—¡Sos un analfabeto! —dijo Paul de repente—. ¡Tendrías que aprender cosas más esenciales!

—¡Vos no sos competente, no sos para nada competente! —Theodor fue subiendo la voz—. Siempre con cosas esenciales. ¡Es todo lo que saben! Con esas cosas esenciales perdieron la guerra. Estamos empezando una nueva época en Alemania. ¡Sus cosas esenciales son basura! Empezamos de cero. ¡No hace falta leer a Herder o a Lessing para ser un ser humano, para ser un alemán! Es la maldita envidia la que hace que ustedes nos hablen así. No nos quieren ver surgir. ¡Nos odian! ¡Tienen envidia de nuestro futuro! ¡Ustedes y esa formación clásica! ¡Esa es la verdad! ¡Sos un estúpido!

Fue tal el grito que pegó Theodor en esa última frase que la señora Bernheim salió de la cocina. Antes de empezar a hablar, se apretó las cejas con el dorso de las manos para que las lágrimas, que ya tenía pensado soltar, salieran de sus ojos, que insistían en estar secos. Se quedó ante la puerta y dijo:

—¿Viste, Paul, que tu hermano es medio tonto?

Theodor miró a su madre y a su hermano como se miran los cadáveres del enemigo vencido. Sacó un pañuelito y empezó a

limpiar los anteojos. Con sus ojos pequeños y desnudos, sobre los que aleteaban sus párpados finitos hacia arriba y hacia abajo, miró indistintamente a su madre y a su hermano y pensó: ¡Los tengo hipnotizados! Luego, dejó los anteojos.

De pronto, Paul se levantó. Llevó los dos puños amenazantes delante de la cara de Theodor. Este tocó su bolsillo en donde estaba el revólver. Por un momento, Paul pensó en la escena con Nikita. Rápidamente, dirigió su mirada a los ojos de Theodor. Se escuchó cómo algo estallaba en pedazos. Los anteojos se hicieron añicos. Al mismo tiempo, la señora Bernheim lanzó un grito.

Los tres se quedaron inmóviles por unos minutos. Parecían las figuras de un museo de cera. El reloj sobre la repisa hacía tictac. La lluvia tamborileaba contra la ventana. Se escuchaba el zumbido de las tuberías del comedor.

Luego, el grupo se desarmó. La señora Bernheim desapareció por la puerta. Poco después, Paul salió de la habitación y fue hacia la biblioteca.

Theodor juntó los pedazos de cristal, aunque le hubiera gustado dejarlos ahí tirados. No sabía bien para qué iba a necesitar los fragmentos. Esparcirlos por las ollas para que todos murieran. Tirarlos a los ojos de Paul mientras comieran. O verterlos en el salero. Los sostuvo con el puño cerrado. Buscando con la cabeza hacia adelante, se fue a su cuarto. Agarró el abrigo, con cuidado se cambió los zapatos por las botas. Mientras, pensaba: No les voy a dar el gusto de pescarme una neumonía. Luego se fue de la casa. Se dirigió a la óptica y de ahí a la organización “Dios y Hierro”.

Paul echó un vistazo a la biblioteca y se dio cuenta de que la mayoría de sus libros habían desaparecido. Fue al cuarto de Theodor, agarró unos libros del estante y los llevó a su biblioteca. Luego volvió al cuarto de su hermano. Colgadas en el perchero, vio tres chaquetas con mangas sueltas; debajo del hombro tenían cosida una esvástica negra con fondo blanco. En la esquina había un bastón cuyo mango revelaba que su interior hueco escondía una cachiporra de hierro. Más lejos había una escopeta; en la mesita de luz, dos pistolas, y sobre el escritorio, dos dagas como abrecartas. Al lado del tintero había cajitas en forma de cubo con tapas de cartón, llenas de cartuchos. Con todo eso, Theodor podía defenderse de una tropa entera.

Hacía calor en esa habitación; además del aparato de la calefacción central había una pequeña estufa de hierro. Ahora estaba fría, pero se notaba que ayer había estado prendida. La estufa le otorgaba al cuarto de un suboficial un carácter provisorio. En lugar de un atizador, Theodor usaba una varilla de algún paraguas roto. Cerca de la estufa colgaban dos armas blancas y un visor de yelmo en el centro, todo un exquisito manjar protegido.

Solamente en el cuarto de Theodor hacía calor. Desde que la señora Bernheim había empezado a ahorrar, el encargado tenía permitido prender la calefacción recién cuando el termómetro marcara 5 grados. Una brisa gélida y árida cubría los muebles, las alfombras y las ventanas de todas las habitaciones. Remitía a los fríos, claros, ordenados y siniestros cuartos de las vidrieras de mueblerías. Todo parecía nuevo y sin uso. El pulido brillaba como el primer día. Las alfombras se rehusaban a absorber el

polvo. De hecho, la señora Bernheim había mandado a enrollar algunas y colocarlas en los rincones. Allí estaban apoyadas, pesadas y seguras, pero esperando que alguien, en algún momento, las pasara a buscar. En su reemplazo había un linóleo rojo ladrillo, opaco y blando; pisarlo era como caminar sobre una goma de borrar. De todos los relojes que Felix Bernheim había traído a la casa remodelada —cuando estaba vivo, había uno en cada habitación, de pie o colgado; tenía una debilidad por los relojes y un sentido del valor del tiempo—, quedaba uno solo sobre la chimenea del comedor. Porque para la señora Bernheim esas piezas valiosas se gastaban demasiado cuando estaban en movimiento. Sin embargo, dejó cada reloj muerto en cada una de las habitaciones. Y de las blancas y plateadas esferas de los relojes, ahora inútiles, y de las agujas que hacía años marcaban, estáticas, las mismas horas, salía un silencio escalofriante que atravesaba el vacío helado de las habitaciones.

Paul recorrió la casa un par de veces más. Siempre se quedaba parado frente al agigantado retrato de su padre. Estaba colgado en su oficina arriba de la estantería sobre la cual alguna vez se habían acumulado unos libros, cartas, periódicos; y ahora, en el último estante, únicamente quedaba un pesacartas, solitario, temblando bajito a causa del frío, con un cuenco brillante de latón. La mirada de su padre parecía descansar en el pesacartas. No tenía otra cosa que hacer que mostrar la ingravidez de esa mirada muerta. Paul intentó encontrar el verdadero rostro de su padre detrás del retrato bastante malogrado y que solo contenía la superficie de la fisonomía. No lo logró. Se acordaba de determinados movimientos del cuerpo y

de las manos, de las venas azules, de las uñas cuadradas, blancas y limpias. Pero la cara estaba ausente, nunca había tenido vida. Tampoco tenía sentido ya abrir la fosa. El rostro de su padre estaba ahora lleno de agujeros, se había convertido en casa y comida para gusanos.

Por primera vez se puso triste por la muerte de su padre. Solo él había sido la fuerza y calidez de esta familia. Paul tomó la decisión de abandonar la casa. Mientras su madre viviera, no iba a ser posible hacer ningún cambio. Nunca dejaría ir a Theodor. Paul quería irse.

Caminó por el jardín. Los rosales temblaban, estibados en paja; los arbustos de la reja habían crecido un poco; bajo la lluvia, los enanos chorreaban agua de forma lamentable. Habían ido perdiendo el color y en sus barbas blancas se mezclaba el verde musgoso de la descomposición. Habían llegado como frescos y joviales viejitos, ahora esperaban el deterioro y habían perdido la serena dignidad de la vejez. Al contrario de las personas, los enanos de la fábrica Grützer & Co. tenían canas en su juventud y perdían el color en la vejez. Nadie había vuelto a desparramar piedritas sobre los caminos angostos, ya no se escuchaba crujir al caminar por ellos, el barro se las había tragado. En este frío y lluvioso día de otoño, el jardín parecía el terreno de una construcción.

—¿Qué pasa con el jardinero? —le preguntó Paul a su madre mientras comían.

—Lo eché —dijo la señora Bernheim—. Es decir, lo reclutaron y volvió, pero no lo contraté de nuevo. El encargado se puede ocupar perfectamente del jardín. ¡Tenemos que reducir

gastos, Paul! Vendí el carro grande y dos caballos, y le alquilé a Gerstner una parte de los establos.

—¿Y ese quién es?

—El lechero, ¿no sabías? Hace un año no tenemos más cocinera, solo quedó la mucama, y la poca comida la cocino yo misma.

—Tampoco hay calefacción.

—Tenemos carbón en el sótano, pero si lo empezamos a usar ahora no va a alcanzar para todo el invierno. ¿Qué querés hacer en enero? ¡Y además, lo que son estos tiempos! Los mendigos arrasan con la casa y están más insolentes que nunca. Un día nos van a asaltar. ¡La ley no existe más! Merwig me recomendó comprar títulos. ¿Qué voy a hacer con los títulos si hay un estallido?

—¡El dinero no va a tener valor, mamá!

—¿No va a tener valor? ¿El dinero? —gritó la señora Bernheim—. ¿Y qué es lo que tiene valor hoy? —Era como si le hubieran dicho que hoy había salido el sol por última vez.

—Es mejor —siguió Paul— comprar acciones.

—¡No, por Dios, Paul! —dijo la madre—. Las acciones no significan nada para una mujer. Una mujer no entiende nada de la Bolsa.

—¡No le hagas caso al señor Merwig!

—No es posible, ya lo sabés. Él me aconsejó sobre los empréstitos de guerra. Mañana vas a la oficina y hablás con él. Hace meses que no me viene gustando. No la está pasando bien en su casa. A su hijo le amputaron una pierna, se quedó sin

trabajo. ¡Esta gente! Los empleados son fieles siempre y cuando se las puedan arreglar.

Dijo esto con “alteza real”, un estado en el que siempre se sentía a gusto. A Paul le enfermaba, aunque él tampoco tuviera gran consideración del “personal”.

—¡Pero mamá, el señor Merwig trabaja con nosotros hace treinta años!

—Y en el año número treinta y uno empezó a robar —dijo la señora Bernheim, y sus labios se cerraron tan fuertemente que la piel sobre la mandíbula se tensó y la cara parecía una piedra blanca.

A la tarde, antes de la hora de cierre, Paul fue a ver al señor Merwig. Estaba como siempre, sentado frente al escritorio alto detrás de las placas de vidrio. Su grueso bigote gris se erizaba, sus ojos verdes y severos recordaban a pedazos de botella, su voz era una pequeña estridencia. Era una de esas personas que trabajan hace años y que ya no conocen la diferencia entre la decencia y la frialdad, y por eso tienen la fidelidad incondicional de una roca.

—Es grave, señor Paul —dijo Merwig. Y, aunque solo tenía que sonar a un lamento, fue más bien un reproche—. Desde la defunción del señor hemos perdido muchos clientes. La mayoría se fue a los grandes bancos; a todos los más chicos nos está yendo mal. Los otros están empezando a hacer toda clase de negocios dudosos, pero no son transacciones con los fines que tenía su difunto padre.

—Dígalo sin problemas: muerto, señor Merwig —interrumpió Paul. Y, para no tener que seguir escuchando al

viejo, dijo—: Vamos a empezar de nuevo, señor Merwig. Me voy a hacer cargo.

—Ya era hora, señor Paul.

—Madre —dijo Paul a la noche—. Yo respondo por el señor Merwig. Revisé todo. Es solo que él es tonto.

—El personal siempre es tonto, hijo mío. ¿Me trajiste un diario? Theodor no vino hoy a casa, él siempre trae uno.

—¿Pero no estamos suscriptos?

—¡Ya no, hijo mío! Cancelé todas las suscripciones.

—¿Por qué no mandás a traer un diario?

—Pensé que vos ibas a traer uno y Theodor otro, y así teníamos dos.

—Voy a comprar uno.

Cuando Paul volvió, había un telegrama sobre la mesa: "Robert viene miércoles. Besos. Lina".

Robert existía. Paul casi se había olvidado de él. ¿Qué pasa ahora con el capitán de caballería?

—Habrá que ingresarlo en el negocio —dijo la señora Bernheim.

—Pero si no sabe nada de eso.

—No importa, ¡se va a familiarizar rápido! ¡Un hombre como él!

La señora Bernheim seguía juzgando a los hombres por sus habilidades corporales. Amaba a su yerno.

—Tiene una apariencia magnífica. Incluso de civil parece un caballero.

Con amargura, Paul recordó la caballería, en donde no lo habían dejado quedarse. La caballería era culpable de su

encuentro con Nikita, de su larga enfermedad. No dijo nada contra Robert. Incluso fue amistoso cuando llegó. Era un hombre amable, inofensivo. Pero estando de civil se vestía espantosamente mal. Una corbata demasiado gruesa y un sombrero verde oscuro demasiado chico. Paul decidió primero llevar a Robert al sastre, a un negocio de sombreros y a un buen peluquero.

Sentó al ahora mundano capitán de caballería a trabajar en el banco. Después de todo, estaba feliz de que su cuñado estuviera vivo. Un hombre confiable. Paul se hizo cargo del llamado “servicio externo”. Para él, “servicio externo” significaba viajar. Finalmente, alquiló un departamento en Berlín. Solo una vez por semana iba al banco.

VII

Una tarde, mientras Paul salía del departamento, el encargado le dijo:

—¡Buen día, señor Bernheim! Arriba de usted, en el segundo piso, se acaba de liberar una habitación.

Paul recién se había levantado. Una de sus características era interesarse mucho por todo lo que pasara ni bien se despertaba. Se encontraba en una determinada dependencia con el encargado. Aunque este recibía de Bernheim propinas en moneda extranjera tres veces por semana, sabía cómo mantener despierto en Paul el incesante sentimiento de culpa y la idea de que entre los servicios que brindaba y el monto de las donaciones que recibía había una enorme diferencia. A Paul le hubiera dado

vergüenza no indagar más sobre el aviso del encargado. Además, le molestaba saber que arriba de su cabeza había una habitación libre donde podría instalarse un desconocido y por ende un espantoso ruido, un club de apuestas, por ejemplo. Después de todo, no podía quedar ante el encargado como cualquier otro inquilino al que le convienen un par de billetes sin valor. Entonces Paul, como el hombre de negocios que era, preguntó por el precio.

—¡Diez dólares por mes! —dijo el encargado, que no se animaba nunca a nombrar otra moneda.

—La tomo —dijo Paul con la rápida determinación con la que, por ejemplo, decía al teléfono: "¡Listo, hecho!".

La realidad era que le venía bien otra habitación. Cuanto más avanzaba caminando por el *Kurfürstendamm,* más necesaria se volvía. Era un día nebuloso de febrero; en las esquinas, los mendigos y mutilados de color gris estaban hechos de niebla. A los transeúntes se los veía recién cuando estaban a tres metros de distancia, las lámparas ya encendidas brillaban como estrellas extintas. Paul sabía que habría estado muy triste si para esta hora no hubiera alquilado ya la habitación. Así, por hoy tenía algo de emoción. En todo el día no había recibido ni una carta. Cuando su buzón estaba vacío, se sentía doblemente abandonado. En esos días era pesimista y supersticioso. Se imaginaba que algún poder hostil les impedía escribir a las personas con quienes se carteaba, o que lo que habían escrito quedaba en el fondo de los buzones, o se desintegraba en las bolsas de los camiones del correo. A él no le gustaba escribir cartas comunes. Mandaba telegramas o cartas certificadas. Nadie pensó en mí, ni ayer ni anteayer, se decía a sí

mismo cuando encontraba el buzón vacío. Tengo un montón de amigos y estoy solo. Ni siquiera Marga me escribe.

En aquellos días, se preparaba con entusiasmo creciente para recibir la correspondencia comercial que lo esperaba en la oficina del centro de la ciudad. (No decía el centro, decía la *city*). El resto de las ocasiones no le interesaban para nada esas cartas. Un socio comercial le había dejado una oficina; allí se sentaban el secretario de Bernheim y una mecanógrafa, tomaban llamadas y anotaban, "efectuaban" pequeñas transacciones por su cuenta y para las más importantes lo llamaban a Paul a su departamento. Todas las tardes, luego de salir de la cama, iba una hora a la oficina. Si tenía cartas en la casa, iba en auto. Si no, iba a pie, para saborear hasta el fondo su abandono. Pero también, en ese momento en el que el dolor de la soledad se transformaba en una tierna nostalgia, lo hacía para prolongar la esperanza de recibir una carta comercial lo más inesperada posible. Bajo determinadas circunstancias, también era factible que una carta privada se mezclara entre las de negocios.

Decidió abandonar la oficina en la *city* y armarla en el segundo piso arriba de su departamento. Había algunas horas por la tardecita que tenía que pasarlas solo, ningún amigo lo contactaba, no llegaba ninguna carta, no hablaba por teléfono. En esos momentos sentía que la soledad era una prisión. Las mujeres con las que se relacionaba se preocupaban por él mientras no se alejara de ellas. Su relación fija, Marga, vivía en Viena y lo visitaba una vez por mes. Era una joven actriz que no quería dejar su teatro por nada del mundo. Él no pudo ubicarla en la escena de Berlín. Pero incluso si hubiera tenido a Marga a su

lado, su soledad no se habría achicado. Ella lo necesitaba solo porque las costumbres así lo exigían. Él no la amaba, pero la tradición también le ordenaba a él conservar una novia. Aumentaba el crédito social, e incluso también el comercial.

No era fácil estar solo. Todos los pensamientos bochornosos provenían de la soledad, como trenes llegando desde lejos. Cuando estaba solo, se acordaba de Nikita, del hospital, de la Inglaterra perdida, del Oxford interrumpido. Ahora estaba cerca de cumplir los treinta. El año número treinta era para él la última etapa en el camino hacia la grandeza. Si al llegar a ese momento uno no es un hombre importante, no lo será nunca. La vida pierde todo sentido. Llevar una vida mediocre era para Bernheim una traición a sí mismo, a sus talentos, a sus años increíbles de juventud, a su padre muerto. Solo podía concebir la grandeza o la muerte cuando pensaba en el futuro. Y cuanto más esplendorosa se imaginaba la grandeza, más temor a la muerte le tenía. El vacío de la muerte lo envolvía y lo llenaba durante horas.

Para evadirlo, se rodeaba de gente. Eran hombres que vivían de él, sombras que emergían de tiempos inmemoriales y que él mismo había formado. Todos se movían en un ámbito difuso, sin límites y en constante cambio, entre el arte y los juegos de azar. Tenían que ver con el teatro, la pintura, la literatura; pero no escribían, no pintaban, no actuaban. Uno hizo una revista que duró una semana. Otro aceptó un pago por adelantado por un artículo de diario que jamás pudo escribir. Un tercero inauguró un teatro para jóvenes y cayó preso en la primera presentación. Un cuarto le cedió su habitación a un club de juegos, no pudo vivir más en su propia casa y en otro club

perdió la plata que recibía del alquiler. Un quinto, que había estudiado medicina, se dedicó a practicar abortos, pero como debía ser discreto solo lo hacía dentro de su círculo de amistades y, por ende, no percibía honorarios. Un sexto organizaba sesiones espiritistas y fue denunciado por sus propios médiums. Un séptimo ingresó a la policía secreta y al mismo tiempo a los servicios de espionaje de embajadas extranjeras, engañó a todos y temió venganza. El octavo obtuvo pasaportes falsos para los emigrantes rusos y tramitó permisos de residencia en la policía extranjera. El noveno les llevó noticias falsas de organizaciones secretas nacionalistas a pasquines radicales. El décimo los compró antes de que se publicaran y, por ello, recibió recompensas de hombres conservadores adinerados. En aquellos días, fue evidente que la moral de este mundo depende solo del dinero constante.

Toda esta gente mantenía abierto el departamento de Bernheim día y noche. Él era el único que ganaba dinero real, es decir, extranjero, y por eso era superior a ellos. Esta superioridad se volvía más valiosa si le costaba más. En determinados momentos, le gustaba sobrevalorar a sus amigos para parecer poderoso ante sus ojos. Se entregaba a la ilusión de estar llevando, finalmente, la vida de un verdadero señor. Y como alguna vez lo había hecho su padre, ahora él compraba sus trajes, sus zapatos y sus sombreros en Inglaterra. Fumaba tabaco inglés en pipas inglesas, comía frutas y sémola y carne cruda y cabalgaba como antes. No tener un caballo propio lo atormentaba. Un depósito de dinero por un auto; un chofer con uniforme. A Paul le hubiera gustado tener más caballos y más

coches. Convencido como todo el mundo de que la economía determinaba la política y la vida nacional y europea, descuidó sus inclinaciones literarias y hacia la historia del arte y ahora hablaba más sobre “realidades económicas”.

—La cuestión es —le dijo al doctor König, uno de sus amigos— lograr dominar el mercado. El mercado es la opinión pública. Los periódicos son esclavos de los bancos. Y el que domina los bancos y a sus esclavos es quien detenta el poder del Estado.

El doctor König, que era de izquierda, simpatizaba con Rusia y se consideraba un revolucionario al que solamente le faltaba una revolución, escuchó con el entusiasmo que los opositores al orden social burgués tienen siempre listo para sus partidarios. Bernheim lo consideraba un líder del proletariado, y él veía en Bernheim una persona de confianza de la industria pesada. Así estaban sentados, uno frente al otro, los representantes de dos poderes enemigos; en lo personal, objetivos hasta llegar a ser amigos, y ambos poseídos por la idea del efecto que cada uno causaba sobre el otro.

—¡Vamos a hacer negocios con Rusia! —le dijo Paul con ironía conciliadora.

—¡Allá van a ganar el dinero que nosotros les vamos a sacar acá! —contestó el doctor König.

A la noche, se sentaron a la mesa de juegos, uno al lado del otro. El doctor König perdió. Le atribuyó su mala suerte en el juego a su ideología, que le ordenaba despreciar el dinero. Entonces le pidió plata a Paul, que había ganado y que explicó este hecho como indica la tradición: con su mala suerte en el

amor. A la noche, no soportaba hablar de política. Prefería, por ejemplo, leer las historietas de Kastner, que a veces traían obras pornográficas para hojear. Las recibía de gente que estaba en dificultades económicas y debía plata. Bernheim ya le había comprado varias. Las usaba para divertir a las damas que lo visitaban y les decía: “La dejo sola una horita, tengo algo que hacer. Mientras tanto, puede mirar las revistas. Pero esas de allá no las toque. ¡Son veneno para las mujeres!”. A los quince minutos volvía y las encontraba enfrascadas en la literatura prohibida.

Varios días a la semana ofrecía grandes cenas que duraban hasta el amanecer. Durante esas noches, su chofer usaba guantes blancos. Luego de comer, algún joven poeta leía una obra de teatro. Se apagaban las luces de la araña de cristal y solo quedaban encendidas las lamparitas cubiertas de batik azul oscuro en las esquinas. El poeta leía en una butaca. El público se sentaba sobre algunos de los cientos de acolchados que tenía Bernheim. Así se armaban unos buenos sofás. En la medida en la que se desarrollaban los sucesos dramáticos, aumentaba la atención de los oyentes por las mujeres que tenían a su lado. Mientras el poeta leía el último acto, la mayoría ya estaba en la oscuridad, como si estuvieran detrás de un telón caído.

Las lámparas de batik se habían apagado. Aquí y allá se veía alguna mano iluminada que se estiraba para alcanzar un vaso. En la habitación contigua, el chofer había puesto a funcionar, bien bajito, un gramófono. Alguien tarareaba. Una pareja se levantó tambaleando para bailar, y después de dar unas vueltas se volvió a caer, como si se hubiera roto el mecanismo

que, instalado dentro de sus cuerpos, hacía mover sus extremidades. La mayoría tenía todavía fuerzas para fumar un cigarrillo. Junto con el humo, largaban el sabor insípido de sus bocas y la mezcla del olor a vino, cigarrillos, polvo y perfume daba una suerte de mentol y dentífrico. Antes del amanecer, el chofer, cuyos guantes se mantenían increíblemente blancos, brillando en la oscuridad, les llevó tacitas de café negro. Las damas y sus señores, con pulseras doradas, se llevaban las tazas a la boca estirando el dedo meñique.

Uno tras otro los invitados se fueron yendo, sin despedirse, entre la noche y el día, y como temerosos del alba. Media hora después de que el último había dejado la casa, Paul no sabía todavía si estaba solo. Entonces, como un guardia nocturno, dio una ronda por las habitaciones. Con las primeras luces de la mañana, buscaba por los rincones si había gente dormida entre los acolchados desparramados y apilados. Le hubiera gustado que algún invitado se quedara. Pero no se animaba a decirlo por miedo a que terminaran quedándose todos. Luego de convencerse de que ya no había nadie, empezó a tocar unas melodías de cuando era joven. El día de invierno se acercó arrastrándose con lentitud plomiza hacia las ventanas. Dejó que los dedos obedecieran a sus recuerdos y recorrieran libremente las teclas. Los sonidos que producían llegaban tarde a sus oídos, como si estuviera escuchando a algún extraño tocar en una habitación lejana. Las melodías llegaron al mismo tiempo que los ruidos de la calle que recién se despertaba. Paul se acordó de las mañanas de su infancia, de las horas previas a ir a la escuela, de esos cortos y a la vez largos quince minutos que había entre el

despertarse y el levantarse, durante los cuales escuchaba, con los sentidos doblemente agudizados, el alboroto de la mañana que provenía de la calle y de las habitaciones contiguas. El aroma a café recién hecho y el chisporroteo de los huevos en la grasa impregnaban toda la casa. Siguió hacia la calle. Cuando Paul salía de la casa, este aroma particular lo acompañaba por un rato. Las primeras carretas livianas ya andaban por la ciudad. Quejándose pesadamente y como hecho de mineral, aparecía en la primera curva el carro higienizador de la municipalidad, que en aquel entonces era tirado por caballos monumentales y de huesos anchos que parecían ir contando sus estruendosos cascos. Los cantitos de los vendedores ambulantes resonaban contra las paredes de los patios matutinos, vacíos, y de las ventanas abiertas, como respondiéndoles, se escuchaba el canto de una chica que limpiaba. Paul vio de nuevo a todos sus compañeros de escuela, uno tras otro. Logró ordenarlos alfabéticamente hasta el alba, luego los nombres se perdieron en la noche del pasado.

Todos son alguien ahora si no fueron a la guerra, pensó Paul. ¡Y en ese tiempo yo estaba tan adelantado! Con la sobriedad implacable que aparece después de pasar una noche despierto, Paul empezó a desenmascarar todas sus falencias, una por una. Fue el único momento en el que hizo responsable al falso esplendor de su buena vida por la miseria de sus amigos. Era como si la alegre sinceridad de esas sensaciones, que traían el eco de tiempos lejanos, dejara al desnudo el vacío de este presente, como se reconocen perlas falsas cuando se ponen junto a perlas reales. Un iceberg amenazador se acercaba, flotando, a sus treinta. La ambición lo mortificaba, sentía un dolor corporal

incurable. ¡Si me abandonara de una vez por todas, si se pudiera operar! No se trataba de un rasgo típico, era un órgano innecesario y enfermo. Y, como una persona tacaña cuenta sus tesoros inútiles, Paul contó sus inútiles talentos. Podía pintar, tocar música, escribir, divertir, entendía algo de negocios, de gente, de economía nacional, de economía mundial. No le iba mal y ganaba dinero. Pero no era suficiente para ser poderoso, y era muy poco para conocer la amargura tranquilizadora de la pobreza. Tenía que existir algún secreto, el secreto del éxito. Eso podía llegar con el tiempo. Quizás, un matrimonio feliz. Un día más atravesó las ventanas, un espantoso día. Trajo consigo el vacío, el frío y la comprensión del verdadero estado de las cosas, la comprensión que daba a luz al espanto y despertaba las sombras de los muertos y, sin embargo, era la salvación ante la mediocridad: ¡Pero qué salvación! Y como cuando uno cierra los ojos ante una catástrofe inminente, así cerró los ojos Bernheim ante el día que irrumpía, y se durmió.

Dos horas dedicadas al trabajo eran suficientes. Los negocios funcionaban por sí solos. Con dos llamadas telefónicas a Merwig, en su casa se ganaba lo suficiente para vivir por un mes. Con la diferencia entre el valor del dólar en el mercado legal y el ilegal de tres ciudades, se accedía al lujo. Finalmente, habían logrado convencer al viejo Merwig para que estableciera contactos con el mercado ilegal. Si no, sería despedido. Sin compasión, Paul dijo:

—¡No hay que ser débil!

“¡Sin sentimentalismos!”, exclamó Paul varias veces al día.

Ahora que la oficina estaba instalada arriba de su departamento, se sentía menos solo. Arriba había gente a la que él le pagaba. Vivían de él; por ende, debían estar a su disposición. Era algo muy diferente a cuando uno les presta dinero a sus amigos y creen que devolverlo con la amistad es suficiente. Alrededor de las tres de la tarde subió lentamente la escalera que llevaba a la oficina. Cuando puso la llave en la cerradura empezaron a sonar dos máquinas de escribir. Frente a ellas, como si no lo hubieran escuchado venir, estaban dos chicas inclinadas. Como dictaba la costumbre para oficinistas mujeres, se volcaban como depredadoras hacia alguna carta insignificante y la aplastaban entre las varas de metal de las máquinas. Una acción que es del agrado del empleador, no porque le guste la diligencia, sino por el miedo con el que se encuentra. A Paul también le alegraba ese tipo de sumisión. De acuerdo a las tradiciones de esta época, una época que pedía decisiones rápidas y valientes, y en la que el comercio, bajo la influencia de la guerra, funcionaba como una estrategia al punto tal de llamar “operaciones” a los negocios; de acuerdo con las tradiciones de esta época, Bernheim echó un rápido vistazo a los escritorios, a la correspondencia que se abría y se le presentaba lista para ser entregada. Le encantaba capturar con el rabillo del ojo la imagen del tímido secretario que esperaba y no se animaba a molestar al señor en su lectura. Paul Bernheim, entonces, fue cortés: una habilidad que también permite disfrutar del poder.

—Bueno, muestre con coraje qué tiene.

Observó la tela del traje del secretario, mala, dura y brillosa, y sintió la alegría de cuando era chico y, con el boletín

en la mano, se despidió de sus compañeros, que todavía tenían que rendir exámenes complementarios.

—¿Transacciones telefónicas?

—Cuatro, hasta ahora —dijo el secretario—. Suelos, agro, crédito y el señor Robinson.

—¿Robinson? ¿Cuánto?

—¡Quinientos en total!

—¿Moneda china?

—¡No, estadounidense!

—¿Sabe algo de Ergo, importaciones y exportaciones?

—La maquinaria no se impone, señor Bernheim. No tiene sentido, si se me permite dar mi opinión.

—¡No! —dijo Bernheim—. Nada de opinar. —Y en las entrañas del secretario pudo leer: Tiene razón, ¿quién paga quince dólares a la semana?

—Nosotros —siguió Bernheim— tenemos que estar atentos a las cosas. ¡Hay que tener olfato!

El teléfono chilló estridente, y al mismo tiempo las diligentes chicas dejaron de teclear. El secretario dio un salto para atender justo antes de que Bernheim estirara su mano. Por un momento hubo silencio. Provenía de las máquinas que, hasta recién, habían hecho tanto ruido, y de las dos chicas, cuyas caras eran de devoción, como las que se ponen cuando se asiste a una misa o a un casamiento.

—¿Quién es? —le preguntó Bernheim al secretario. Este colgó el auricular con la misma determinación servicial con la que, por quince dólares a la semana, se habría sacado de encima a todos los abonados al teléfono. Entre la necesidad de hablar

bajito y el miedo a que un susurro se considerara una falta de respeto, encontró una forma de hablar quebrada, llena de frases incompletas, como si las insinuaciones fueran menos perceptibles que las oraciones enteras.

—Granich Düsseldorf pregunta si firma mañana —balbuceó.

—¡Hágalo esperar! —le ordenó Bernheim—. Estoy en una conferencia.

El secretario habló por teléfono:

—Disculpe, le pido que espere, o hágame el favor de llamar una hora más tarde. El señor Bernheim está en una importante conferencia. —Le pareció necesario usar la palabra “importante”. Así uno se vuelve imprescindible.

Paul realmente se ponía contento si alguien hablaba de sus importantes conferencias. Como a todo el mundo, le encantaban esos engaños inofensivos y los usaba por miedo a caer él mismo en una mentira similar. Por eso, dijo:

—Llame al señor Robinson, dígale que estoy en una importante conferencia y que espero su visita mañana.

—El señor Robinson —dijo el secretario después de hablar con él— le pide que vaya usted a verlo. ¡Justo mañana no tiene tiempo!

—¡Entonces que espere! —respondió Bernheim con una vehemencia impostada. La respuesta de Robinson lo enojaba, pero más lo enojaba no haberla previsto. Le hubiera gustado impartir más órdenes, pero se volvió supersticioso. ¡Hoy iba a salir todo mal!

Quería levantarse e irse. El teléfono volvió a sonar.

—Es su hermano —dijo el secretario.

—¿Theodor, sos vos? —preguntó Paul.

—Sí —dijo Theodor—. No te vayas, en cinco minutos estoy ahí.

Theodor llegó.

Por primera vez en mucho tiempo se había vestido de civil, las chaquetas se marchitaban en su casa. Rechazó la invitación de Paul a sentarse. Estaba parado en el crepúsculo de esa noche de invierno, un par de copitos de nieve todavía brillaban en las hombreras del abrigo y se derretían, presurosos. Llevaba el sombrero en una mano, aunque era evidente que hubiera preferido sujetarlo con las dos. Humillado en el departamento de su hermano. Paul era un extraño para él, en medio de muebles extraños, entre paredes que a Paul, solo a Paul, le pertenecían. No era la casa de su madre, allí Theodor por lo menos disfrutaba sentirse un desheredado, una amargura noble que también le confería derechos de posesión. ¿Me ayudará? Hasta el instante en que tocó el timbre en lo de Paul no tenía pensado ningún plan concreto. No podía imaginarse qué diría primero, qué respondería Paul. Ahora no sabía qué decir. De repente, el crepúsculo invadió la habitación. Paul no encendió la luz. Era como si clamara al oscuro cielo por ayuda para enfrentarse a Theodor.

Antes de que se haga de noche lo digo, pensó Theodor.

—¡Necesito como mínimo dos mil dólares, ya! —dijo finalmente.

—¡No tengo!

—Me tengo que ir hoy a la noche. Con Gustav. No lo conocés. Se mandó una.

—¿Qué decís? ¿Y vos qué tenés que ver con eso?

—Si querés, llamá a la policía. Yo participé. —Y como de pronto se le ocurrió que Paul podía pensar que era un delincuente, dijo apurado—: Es algo político.

La última sílaba de esa palabra resonó un rato en los oídos de Paul. Ya se había hecho de noche. Paul se acordó una vez más de Nikita.

—¡No tengo plata!

—¡Hacé algún llamado, que alguien te preste, ya, rápido! —empezó a decir Theodor subiendo la voz como si le pareciera que, ahora que había anochecido, no tuviera sentido ser cuidadoso.

—¿Y qué pasa —preguntó lentamente Paul— si no te doy plata?

—¡Desgraciado! —gritó Theodor. Agarró la mesa y un pisapapeles de cristal se deslizó en su mano. Tiró el objeto al suelo. Retumbó.

En ese momento sonó el timbre. Paul abrió la puerta. Nikolai Brandeis entró.

Era un cuarentón alto, fornido, de movimientos inesperadamente suaves, como de tigre, y una voz grave y apacible, cuyo atractivo residía en el acento extranjero que les imprimía a las palabras. A veces parecía que Brandeis acentuaba la sílaba incorrecta a propósito. Quien lo conocía se sorprendía por la rapidez y versatilidad de su inteligencia y quedaba extrañado por la insistencia en cometer una y otra vez los mismos errores. Tenía la mala costumbre de repetir alguna frase

que alguien le decía, con su propia melodía y mal acentuada, como si quisiera corregir al otro, o como para asegurarse de que había entendido bien. Esta característica hacía que la gente desconfiara de él. Si a nadie le gusta que le corrijan sus errores, más irritable es que no se acepte su corrección. Brandeis era un extraño para la gente. Podían tolerar cierto grado de extrañez, hasta incluso parecerles simpática. Pero lo de Brandeis era una exageración. En algún atlas con imágenes sobre etnología, como un retrato inofensivo en alguna pared de un museo, habría sido catalogado simplemente como "exótico". Pero estaba vivo.

Parecía provenir de una especie desconocida de mongoles gigantes y de huesos anchos. Su barba puntiaguda enmarcaba su cara ancha y con forma de corazón de manera tan perfecta que parecía adherida, artificial, y como tenía el bigote afeitado uno podía llegar a pensar que Brandeis venía de una fiesta de disfraces y se había olvidado de sacarse la barba. El gris claro de sus ojos alargados y torcidos llamaba la atención. Curiosamente, arriba de la cara triangular y en contraposición con su color amarillo amarronado, se erguía una frente blanca, alta y ancha, que parecía haber tomado prestada de otra persona. Recién el pelo negro, opaco y finito, que caía en mechones individuales, volvía a tener relación con el rostro, la barba y la posición de los ojos.

Lo único que se sabía de este hombre llamativo era que, al igual que otros miles de personas, había abandonado Rusia durante la revolución. Como no ostentaba familia, parientes o amigos, y como durante su estadía en Berlín no había hecho amistades, no se relacionaba ni con extraños ni con locales sino

solamente con las personas con las que hacía negocios de todo tipo, la gente empezó a prestarle atención y a sospechar que tuviera algún tipo de vicio. Rápidamente se hizo conocido. Porque es más factible que el odio y la desconfianza, y no la estima o el amor, hagan a alguien popular. Quien lo veía por primera vez no se lo olvidaba jamás. Todos sucumbían ante el atractivo melancólico de su voz y suponían que este hombre escondía un secreto.

Uno se lo podía encontrar en el banco, en las salas de espera de directores, en la Bolsa, en los cafés del circuito comercial. También se sabía que vivía en una pequeña pensión en el oeste, pero que no comía allí. A veces se lo veía a altas horas de la noche en algún club de juegos cerrado. Se sentaba en una esquina, tomaba, contaba y se iba. Los restaurantes ya no estaban abiertos y los reemplazaba yendo a los clubes de juego. No aceptaba ninguna invitación. Iba a todas partes a pie. De todos los hombres con los que hacía negocios, él era el único que no tenía coche, y además el único que nunca parecía estar apurado. Se lo veía llegando lento, desafiantemente lento, poderoso, un bastón con punta de metal apuntando al cielo como una escopeta colgando de una correa, la mano que empuñaba el bastón escondida en el bolsillo, el sombrero de ala angosta sobre los ojos. Así estaba pertrechado, y su seguridad era la de una persona que, a paso mesurado, se coloca al frente de un gran séquito.

Unos meses atrás, había hecho un negocio grande con Paul. A un precio muy bajo, habían vendido a Yugoslavia el hierro de unas cien cocinas de campaña, viejas y malas, que estaban en un depósito en Estiria, abandonadas por el Estado

porque no era muy ducho en esas cosas y porque los objetos estaban sujetos al control de la comisión de armas de los aliados. El comprador solo pedía que la oferta fuera de una empresa austríaca con todas las reglas. Brandeis prometió una ganancia del treinta por ciento si el banco de Bernheim entraba como comprador en Estiria y como vendedor a Yugoslavia. El monto era pequeño; Brandeis quería sobornar él mismo a un gobernador de distrito y a un funcionario de Hacienda. Bernheim no corría casi ningún riesgo. Aceptó la propuesta. Una vez terminado el negocio, recibió de Brandeis, para su sorpresa, un cuarenta y cinco por ciento en lugar del treinta que habían acordado. Paul temió que fuera una trampa y le mandó el quince por ciento de más. Recibió una carta con una disculpa de Brandeis, quien explicó que la transferencia del cuarenta y cinco por ciento había sido una equivocación.

Desde aquel momento, Paul no supo nada más de él. Que haya venido hoy, esta noche, a la misma hora en la que su hermano había ido sin avisar, aumentaba lo enigmático del extranjero y la ansiedad de Bernheim. ¿Qué quería Brandeis? ¿Conocía a su hermano? ¿Tenía conexiones con la policía? ¿Los había amenazado con algo?

Paul tardó unos segundos hasta que encontró algo que decir. Estaba parado, con la mano todavía en el picaporte de la puerta que recién había cerrado luego de que Brandeis entrara, como si quisiera dejarle la casa y huir. Brandeis había hundido el bastón en el suelo como señalando que se encontraba ya en una habitación. Se dejó puesto el sombrero. Esperó. Finalmente, como Paul todavía permanecía en silencio, dijo:

—Usted tiene un invitado y yo lo estoy molestando. Será mejor que me vaya.

Theodor, mientras tanto, había encendido la luz. Estaba sentado en un amplio sillón, delgado, pálido y congelado. Cuando Brandeis, desde lejos, lo saludó rápidamente con la cabeza, hundió los párpados.

Paul tenía la esperanza de que la presencia del extranjero ahuyentara a su hermano. Pero Theodor, en medio del silencio, preguntó:

—¿Cuándo me podés prestar el dinero?

—Es imposible —dijo Paul.

Theodor se levantó. Se levantó rápido, con el pecho desafiante, sin sacar las manos de los bolsillos, y ese movimiento fue como una respuesta hostil y amenazante que lanzaba desde todo su tenso cuerpo.

En ese momento, Brandeis dijo:

—¿Cuánto necesita, joven señor Bernheim?

—Dos mil dólares quiere mi hermano. Pero ahora no se los puedo conseguir. Usted entenderá, ¡a estas horas! —dijo Paul.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Brandeis. Sacó un fajo con dólares enrollados, atado con una bandita elástica. Contó dos mil dólares en billetes de cien y se los dio a Paul. Brandeis los había contado tan rápido que, entre su pregunta y el instante en el que volvió a poner la banda elástica para guardar el resto, parecían haber pasado solo un par de segundos.

Sin decir nada —sin decir nada de nada, como si hubiera sido mudo por años—, Paul le entregó la plata a su hermano.

Theodor asintió, Paul lo siguió hasta la antesala. Abrió la puerta justo antes de que Theodor la alcanzara. Los hermanos se dieron la mano. Theodor se fue. Lentamente, Paul cerró la puerta. Cuando se dio vuelta, vio la imagen de Brandeis en el espejo de la habitación. Debió haberlos visto cuando se despidieron.

—Le agradezco —empezó a decir Paul—. Mañana mismo…

—No es necesario —lo interrumpió la apacible voz—, tenemos grandes negocios que hacer juntos, si usted quiere. Ya ve que tengo dinero, y no precisamente en el banco.

—Le soy honesto —dijo Paul—, si usted no venía, yo no le iba a dar nada.

—Hubiera sido injusto, hubiera sido injusto. ¿Quiere entregar a este joven a la policía?

—¿De dónde…? —empezó a decir Paul.

—... ¿Lo sé? Yo no sé nada. ¡Considere la situación, un joven necesitando toda esa plata, en estos tiempos, a la noche, de inmediato! Además, yo no conozco gente joven. Sus emociones cuestan más, como antes las nuestras, como las suyas. ¿Qué necesitábamos? Mujeres. La juventud de hoy necesita sangre. Y eso es impagable.

—¿Usted entiende eso?

—¡Perfectamente! Entiendo que la muerte atrae a estas personas como a nosotros alguna vez nos atrajo la vida. Le temen a la muerte como nosotros alguna vez le temimos a la vida, la desean, como nosotros alguna vez deseamos la vida. ¡No creo que sean ideas dañinas, como se dice, lo que empuja a esta gente! El miedo y la sed la empujan, como a los animales. Las ideas son pretextos, siempre fueron pretextos… —Brandeis fue bajando

cada vez más la voz, tenía una mano en el borde de la mesa y jugaba con los dedos sobre él, como si quisiera sacarle un sonido a la madera—. Las ideas son pretextos, siempre se encuentra alguno. Le abriré la puerta a un perro que le ladra por la noche y, si me disculpa la comparación, le daré dinero a su hermano para que se salve. Lo único que me molesta es que no le hice ningún favor. Porque, verá, el perro tiene una casa y un amo y la forma de un perro. Este joven, en cambio, se parará frente a puertas cerradas, y como tiene cuerpo de ser humano, nadie le abrirá. ¡Es tan desdichada esta gente! No tienen alegrías, solo ideales. ¡Ay, qué tristes que son los idealistas!

»Pero hablemos de negocios. Para que no piense que soy demasiado caballeroso, le confieso que solo doy dinero así, tan fácilmente, cuando necesito a alguien. ¡Y lo necesito a usted! Yo, como usted ya sabe, soy un extraño aquí. La gente no confía en mí. Yo mismo hago todo lo posible para generarles desconfianza. Ahora, este es un negocio muy sencillo. ¡Tengo telas en mi poder! Muy buenas, baratas, lamentablemente son de color azul claro, que no se usa. Podríamos esperar a que se ponga de moda, seguro. Pero ¿esperar? Estuve averiguando. Las telas se pueden teñir, pero se endurecen demasiado. Hay una sola manera de usarlas: ¡para uniformes! —Brandeis aguardó un poco. Esperaba la aprobación de Paul. No dijo nada—. Necesito —continuó Brandeis— un hombre que pueda entregar estas telas a funcionarios, a aduana y a gendarmería, y a la policía.

—Me voy a ocupar —dijo Paul.

—Usted mismo las va a entregar —dijo Brandeis. Se cerró los botones del abrigo que nunca se había sacado, agarró el

bastón que estaba apoyado en la silla como si fuera un ser vivo y se paró. A Paul le pareció que el extranjero se había vuelto más grande, que había crecido mientras estaba sentado. La mirada de Bernheim se dirigió hacia la barba puntiaguda del gigante.

VIII

Theodor había desaparecido.

Se había despedido brevemente de su madre y largamente de su habitación. Estuvo al borde del llanto —algo inusual para él — cuando vació sus cajones, prendió fuego sus documentos, descargó sus pistolas y las guardó junto con los papeles en una gruesa funda de lino para paraguas. Le tenía terror a la vida que le esperaba en la finca extraña de un correligionario húngaro; al campo, que se lo imaginaba sucio y barbárico; a las farmacias desconocidas, en las que seguramente despiadados farmacéuticos cambiaban los somníferos por los antifebriles; a los ópticos deficientes que no comprenderían su dioptría de dos y medio, y finalmente a la pobreza, la pobreza. Paul y su madre eran capaces de dejarlo morir de hambre en el extranjero. Gustav, el gran culpable de todo esto, era hijo de un casero pobre; quedarse en una finca de un magnate húngaro podía ser igual a fiesta y diversión para él. Con cuidado, Theodor guardó sus pijamas y sus veinticuatro corbatas. Sufría por haberle pedido solo dos mil dólares a Paul. Debería haberle pedido cuatro. En cualquier momento iba a sonar el chiflido de Gustav que habían acordado. Para ser fieles a su pacto, habían inventado un chiflido, incluso para la hora de partir. Los conspiradores tienen que chiflar.

Gustav chifló sin piedad; Theodor cerró su valija y dejó que el encargado la llevara solamente hasta la reja. No podía dejar que Gustav se burlara de él y lo creyera un traidor. Desde la reja del jardín hasta el coche estacionado en la esquina, quería arrastrar él mismo la pesada valija. Gustav estaba esperando en el coche. Theodor suspiró. Gustav no se inmutó. Theodor había tenido la esperanza de que su camarada lo ayudara a levantar el equipaje.

—Para vos es fácil —dijo Theodor—. Tenés mucha más fuerza que yo. —Y así y todo, Gustav no dio ningún indicio de compadecerse de él. Theodor, irritado, viajó en silencio hasta la estación de tren.

La señora Bernheim lloraba sentada haciendo alguna manualidad en el frío comedor cuando Paul entró. Su llanto ya no era la consecuencia de determinadas emociones; se había vuelto, como en muchas mujeres viejas, una costumbre de los ojos. Las lágrimas corrían por un rato largo hasta que se daba cuenta de que estaba llorando, corrían como garúa finita y constante y suave y confortante. La pena se diluía en el agua que fluía desde los ojos irritados a lo largo de dos viejos surcos iguales, entre las mejillas y la nariz, y de las comisuras hacia abajo en otros dos surcos que separaban el mentón angosto de las mejillas. Luego, las lágrimas se perdían en las arrugas de su cuello y también en el alto cuello del vestido negro sostenido por el feroz esqueleto de un corsé.

—Mamá, no llores —dijo Paul.

—No estoy llorando —respondió la señora Bernheim—. A veces me pongo así. —Después de comer y sin mediar palabra se

quedaron sentados por tres horas, muertos de frío, en el comedor. La señora Bernheim tenía las piernas enrolladas en una antigua manta de viaje que había sido de su esposo. Sus agujas de hueso para tejer castañeteaban como en escarcha. Las ventanas temblaban con el viento. Un aliento salvaje y frío que provenía del jardín golpeaba contra la casa.

—Tendrías que hacer sociales, mamá.

—Mirá, justo había pensado en eso. Y ahora que Theodor se fue, quedó su habitación. Tiene una entrada separada del pasillo.

—¿Y qué querés hacer?

—La gente como nosotros no puede colgar un cartel en la puerta o poner un aviso en el diario. Por eso le pedí al señor Merwig que busque disimuladamente una dama de buena clase que tenga que pagar algo, que pague algo. Así podríamos quedarnos con la empleada para nosotros dos. Si no, tendría que deshacerme de ella. Motivos no me faltan. Hace poco vi que me faltaba dinero de la lata para los pobres, puede haberlo agarrado ella. ¿Por qué no? Los empleados son fieles por tres años y de repente te roban. Pero hoy en día es difícil encontrar otra mejor. Podría quedármela si tuviera una ayuda económica. Merwig es serio, realmente busca con disimulo, mañana se supone que llega una dama, una señora del consejo militar de contabilidad, su marido trabajaba en el Ministerio de Guerra.

La señora Hammer, del consejo militar de contabilidad, se mudó a la habitación de Theodor.

A partir de ese momento, las dos señoras se sentaban todas las noches en el comedor y se morían de frío y hacían ganchillo,

de vez en cuando levantaban la vista con desconfianza y seguían haciendo ganchillo. Cada vez que la señora del consejo militar de contabilidad entraba en el comedor, la señora Bernheim decía: "Disculpe un momento", y se iba hacia el pasillo. Iba a "echar un vistazo a la habitación de Theodor", porque había observado que su inquilina era olvidadiza y a veces dejaba la luz prendida. Pero no le decía nada a la señora Hammer. Porque le alegraba poder ir a revisar ella misma y ahorrar dinero con sus propias manos.

La presencia de la extraña molestaba a Paul. Sus visitas se fueron espaciando. Quizás su madre exageraba.

Pero lo cierto era que ya no tenían tanto dinero como antes. Él ya había tenido que sacar dos hipotecas de la casa, de las cuales su madre no sabía nada. Y no había ninguna perspectiva de hacerse rico, salvo a través del negocio con telas que Brandeis le había propuesto. ¿Podía confiar en Brandeis? No es que uno fuera prejuicioso, pero ¿no era siniestra esta gente del este? No hacía falta creer en los siete sabios de Sion. Pero las personas del este ¿no traían otros conceptos morales, no actuaban acorde a una sabiduría oriental oculta? ¿Tenía el honor de un hombre algún significado para Brandeis? A Brandeis no le importaba ir a la cárcel. Pero ¿a Paul? ¿No le quedaba toda una vida por delante?

Tenía ganas de hablar de nuevo con el doctor König, cuya resistencia siempre encendía la ambición de Paul. Lo invitó a cenar en Hessler. ¡Ah, los buenos locales! Cuando Paul entraba a un buen local, ya no dudaba del camino que estaba tomando. Allí se confirmaban todas sus esperanzas. Los mozos serviciales y el brillo optimista de las lámparas. Las manos llenas de los

invitados, el buen cutis de las damas, incluso el inválido que pedía en la puerta y el guardia congelándose de frío que lo ahuyentaba y que no parecía un funcionario estatal sino un empleado de los invitados. No actuaba en nombre de la ley sino por encargo del administrador, del conserje, del director de orquesta y de Paul. Si uno era rico, podía tenerlo siempre, el código civil entero apostado en la puerta, día y noche. En este restaurante, y especialmente al tener como invitado a un revolucionario y, por ende, a un doblemente insubordinado, uno dejaba atrás todas las dudas. Era como si la facilidad con la que todos gastaban dinero plantara en Paul la facilidad de ganar dinero. Una mujer se reía y era reconfortante saber que uno podía pagar una noche más. La vendedora de cigarrillos se ofrecía junto con una caja de Amenophis con boquilla de corcho extra y era maravilloso saber que uno podía contar con el dinero suficiente como para tener a la vendedora por trescientas sesenta y cinco noches. Pronto contaría todo el año con plata para las esposas de los fabricantes de pintura. Allí estaban sentados los productores de gas tóxico y él era casi igual que ellos. ¿Intuían que, comparado con ellos, era un mendigo? ¡No! ¡No lo intuían! Tampoco es que fuera un mendigo. Él estaba en camino, solo que todavía no había llegado.

El señor König, por oposición, no estaba vestido de smoking sino con un traje negro, como si eso desafiara a la sociedad capitalista. No sabía que así lograba que resaltara el más inglés de los smokings, y que si él mismo hubiera vestido uno habría ofendido a Paul. Después del tercer vaso de vino, el doctor König ya había puesto en marcha una revolución que, en

comparación, dejaba a la rusa como un juego infantil. El doctor König se vio en el poder; pensó cómo, sin que su conciencia se viera afectada, podría otorgarle protección al pobre, expropiado, indultado y ahora barrendero Paul Bernheim. Escuchó desde la lejanía las largas explicaciones de Paul. ¡Hablá ahora!, pensó König, mientras Paul, enamorado de su smoking, de sus manos, de su voz, contaba maravillas de la Bolsa.

—Ese es mi lugar —dijo—. Allí me siento como usted en las asambleas populares. Me encanta esa confusión inhumana; son voces de insectos, no de personas. Los pizarrones negros, el rápido borrador que elimina todo y las tizas aún más rápidas que escriben los nuevos números. Sí, sí, amo todo eso: levantar el teléfono y temblar de miedo por si no logro comunicarme pronto con mi secretario. Hablar por teléfono, volver rápido y que las nuevas cifras me den la razón. ¡Hay que tener olfato! Conversar rápidamente con el banco y después devorarme las calles durante ochenta kilómetros en el coche abierto para descansar antes de cenar. Eso es vida.

—Dígame, mi querido —dijo el doctor König, al que le parecía que Paul Bernheim estaba alcoholizado y abrigaba la esperanza de poder sacarle algo "verdadero"—. ¿Qué opina de lo que pasa en Ruhrgebiet?

—Por lo que pude averiguar —comenzó a contar Bernheim, que no quería decepcionar al revolucionario—, según lo que escucho decir a mis amigos, es una estupidez de ambos lados. Francia está peor que nosotros, y eso que a nosotros tampoco nos está yendo bien. ¿Qué quiere? Mientras los tontos políticos *à la 1900* no les cedan el negocio a los dirigentes de la

economía, a Europa le va a ir siempre mal. En eso, creo, estamos de acuerdo: que la economía rige la política —y para demostrar sus conocimientos sobre la vida internacional por fuera del continente, agregó—: En Inglaterra eso se sabe hace rato.

—¡Usted conoce bien Inglaterra! —reparó el doctor König para ser complaciente.

Paul ya iba por el sexto vaso, así que no dudó en decir:

—Mi segundo hogar. Usted sabe que la parte más importante de mi educación se la debo a Oxford. Fue una época hermosa, la guerra la interrumpió. —Paul no recordaba que en realidad había vuelto antes de que estallara la guerra—. Me encantaría volver, lástima que ya es un poco tarde. Usted me va a creer, querido señor doctor König, usted me conoce, conoce mis intereses intelectuales, pero no hay nada que me genere más orgullo que los premios de remo que recibí en Oxford. La próxima vez que me visite le muestro los trofeos.

La ceremonia del restaurante que más le gustaba a Paul era la del momento de pagar. Le encantaba hacerle ese gesto discreto al mozo, el papel doblado que luego él le acercaba como en secreto. Algunas veces le parecía elegante controlar la cuenta. Otras, se conformaba con mirar la suma por arriba. Midiendo todavía la profundidad del arco del asiento con la columna vertebral, no contestó ningún saludo, a diferencia del doctor König, que como hombre del pueblo les dijo a todos: "¡Buenas noches!", íntegro y consciente de la clase a la que pertenecía.

Pero afuera, cuando el frío le sacó la borrachera, Bernheim tuvo miedo de las palabras que había pronunciado adentro. En silencio, se agarró del doctor König. Le propuso ir al club de

juegos. Con angustia en su corazón, intentó hacer un chiste, intentó ser un anfitrión amable, divertido, despreocupado, sofisticado. Pero ya estaba pensando: voy a caer en la trampa de este maldito Brandeis. Hay que tener dinero, tengo que ser rico, quizás gane. Sí, de verdad creía que algún día ganaría en el club de juegos. Mientras el guardia, pálido, flaco y congelado, lo saludaba en la esquina, recobró el ánimo. El aspecto de ese pobre hombre era una caricia al alma. En el cuello de piel angosto, que casi no tenía pelos y dejaba al descubierto cicatrices amarillas y duras de cuero, en las piernas flaquitas dentro de los pantalones demasiado cortos, en las botas pegadas una contra la otra por el frío, con la rapidez del castañeteo de los dientes, Paul Bernheim calculó la dimensión de su propia situación. Escuchó el chirrido silencioso de la puerta que conducía al misterioso pasillo como un llamado del futuro, y vio el romántico farol del conserje como una luz simbólica, en el sentido más simple de la expresión. Le ordenó a la razón, que quería revelarle la ridiculez de esta farsa, que se callara. Se dirigía hacia la felicidad. No quería que nadie lo despertara.

Pero arriba, en las salas de juego en las que el humo cubría las paredes, los techos y las lámparas, y el olor a la vida familiar burguesa que de día llevaba el dueño del departamento interfería con el vicio nocturno, Paul Bernheim perdió el valor de jugar. Las cartas no tenían poder sobre él, eran benévolas pero mesuradas, mantenían una relación distante. A pesar de que conocía todos los salones, ni bien ingresaba en alguno se lo olvidaba. Mientras todavía estaba en la calle tenía la esperanza de que de ayer a hoy un milagro los hubiera transformado. ¡Con cuánta pasión podría

haber jugado si, en lugar de extras de películas, intérpretes, escritores de artículos y otros buscas, se sentaran a las mesas puros señores ricos, como en Inglaterra! Acá sus amigos lo asaltaban en la puerta para pedirle que les prestara dinero. Hacía rato que había adquirido la habilidad de desmentir con franca voz la cantidad de dinero en efectivo que tenía y de quedarse tan perplejo ante la impotencia fingida, que todos le creían. Pero ahora no podía apostar grandes sumas, y lo que ganaba con montos más pequeños lo regalaba a la ronda. Le molestaban las oleografías en las paredes, las chucherías en las vitrinas, las imitaciones de alfombras persas y las mantitas arriba de los apoyabrazos de los sillones: objetos de decoración que delataban el polvo pequeñoburgués del departamento, el oficio honrado del inquilino y los vestidos remodelados. A veces, uno se chocaba sin querer con una puerta cerrada y cubierta por una cortina y se escuchaba roncar a algún miembro de la familia. El hijo de la casa esperaba en el pasillo por si llegaba la policía, y su hermana preparaba café negro en la cocina. Un mozo bostezaba temblando en un frac espectral entre las mesas. Bajo estas circunstancias, era difícil desafiar a la suerte.

Pero Paul iba una y otra vez a algún club de juegos después de medianoche.

No soportaba la soledad de su departamento. Hacía meses que deseaba que algo cambiara. Con la esperanza permanente de que alguna vez lo parara la policía, no llevaba consigo los papeles que pudieran demostrar su identidad. La policía lo paró. Junto con otros, lo subieron a un camión y se quedó en la jefatura de policía hasta la mañana siguiente. ¡Arrancarle una noche a la

soledad! Vio la pálida mañana cubrir la oficina, el polvo viejo sobre los tomos de cartón verde del fichero, las paredes costrosas, sudorosas y agrietadas y la mancha de luz amarilla de la lámpara de noche, que, según el reglamento, debía seguir ardiendo hasta las ocho. Luego caminó por los intrincados salones de la enorme edificación. Se paró frente a las cajas con fotos de cadáveres desconocidos, observó las caras muertas deformadas por heridas espantosas, cráneos destrozados, párpados arrancados, labios superiores desgarrados, mandíbulas al descubierto, orejas mordisqueadas por nutrias. Tantas personas que habían partido de esta vida y que nadie había conocido.

—No me diga que no es un hermoso álbum familiar —dijo de repente una voz a sus espaldas. Era Nikolai Brandeis.

—¿A usted también lo arrestaron?

—Vine por voluntad propia, aunque no completamente —dijo Brandeis—. La gente como nosotros suele venir por acá. Le aseguro que no es para nada agradable. Pero tengo la costumbre de mirar las fotos de los muertos desconocidos ni bien entro a la estación de policía. Me consuela, comprende. Me da un poco de ánimo. ¿Hubiera pensado que hay tantos muertos que a nadie le interesan? Puede hacer el cálculo de cuántos así viven todavía. Se tambalean por las anchas calles con la muerte a sus espaldas, la muerte a sus espaldas… pero ahora estoy reanimado. ¿Me acompaña a esa oficina? Necesito una visa.

Para ingresar a Letonia, donde Brandeis tenía muchos socios comerciales, necesitaba una visa. Pertenecía al grupo de

refugiados indocumentados y tenía un pasaporte provisorio para los apátridas, por lo que viajar era difícil.

—Si usted me acompaña —dijo Brandeis—, podrá ver cuán similar soy a esos muertos. Venga.

El funcionario estaba sentado detrás de una valla de madera y era, como todos los policías del mundo, fanático de las oficinas calefaccionadas por demás. Como pertenecía a la policía de extranjería, odiaba a los extranjeros. Cuando Brandeis le dijo: "Buenos días", el funcionario le preguntó: "¿Qué quiere?".

—Decirle buenos días —respondió Brandeis—. Y también una visa de entrada y salida del país.

—¡Usted no tiene permiso de residencia!

—Ya lo pedí. Todavía no está.

—Entonces se puede ir, pero no volver.

—Pero voy a volver —dijo Brandeis en un susurro, como si fuera un secreto.

Es característico de los funcionarios mirar al visitante recién después de la tercera o cuarta frase, como suponiendo que todos los extranjeros tienen la misma apariencia y que alcanza con conocer a alguno de ellos para imaginarse a todos los demás. Recién en ese momento el policía alzó la vista. Observó la poderosa figura de Brandeis, el abrigo pesado con el cuello levantado. Se paró, como para achicar la enorme diferencia entre él y el extranjero. Quería decir algo. De pronto, Brandeis comenzó a hablar fuerte.

—Usted es el señor Krampe, ¿verdad? En tres horas lo vuelvo a ver —dijo señalando el reloj de pared con el bastón—. Que tenga un buen día.

—Mire —le dijo a Bernheim—, en tres horas voy a tener la visa. Y solo porque dije su nombre, fue fácil averiguarlo. Probablemente no haya hecho nada malo. Pero, como sé su nombre, tiene miedo de que yo sepa algo sobre él. Todo ser humano tiene sus pecados.

—¿Y si no le da la visa? —preguntó Bernheim.

Brandeis sacó un pasaporte danés.

—Viajo con esto.

—¿Es falso?

—Se puede interpretar así —contestó Brandeis—. ¿Qué no es falso en este mundo? ¿Pensó sobre las telas?

—Sí, el dinero, señor Brandeis…

—No sobre el dinero —lo interrumpió Brandeis—, ¡las telas! Y levantó el bastón apuntando hacia el cielo, saludó y lo dejó a Bernheim ahí parado.

La noche en vela, las fotos, la conversación de Brandeis con el policía, el recuerdo del negocio, del dinero, de Theodor: todo eso trastornaba a Paul. Cuanto más poderoso parecía Brandeis, más débil se sentía él. Allá lejos, en la nieve blanca que había caído durante la noche y que todavía no afectaba la circulación del día, se encontraba la plaza. Los vendedores ambulantes gritaban, los trenes bramaban, las carretas traqueteaban. Era la primera vez que Paul Bernheim estaba en este barrio de madrugada. Solo conocía las suaves y conciliadoras tardes de invierno, las luces doradas de los grandes almacenes, de los negocios, del subterráneo. Ahora la plaza era un espacio abierto y claro formado por una cruel arbitrariedad; a pesar de la blanca nieve, era posible adivinar las sombras del enorme y rojo

oscuro edificio de policía, y el gran almacén, que de noche parecía mucho más cerca gracias a la iluminación, estaba lejos ahora, entre el blanco uniforme de las casas. Había alguna conexión entre esta plaza y las fotos de los muertos desconocidos de la policía. Como si el subterráneo no fuera un medio de transporte sino una estación para refugiarse bajo tierra, calentita y amparadora, bajó las escaleras. Después de mucho tiempo, volvió a viajar junto a otra gente en el vagón. En cada rostro extraño, creía reconocer los rasgos de la fisonomía de los muertos. Una vez en su casa, se tiró a dormir.

En general, el sueño expulsaba el temor incipiente del día, y la noche, introducida artificialmente, le deparaba al despierto Bernheim un nuevo día, que incluso podía ser diferente a los demás. Hoy, la astucia con la que Paul solía engañar a la desgracia no le daba resultado. Al despertarse, encontró una de esas gruesas cartas de su madre que siempre contenían algo desagradable. Porque desde que la señora Bernheim había empezado a ahorrar también en los gastos de envío, escribía solamente para ocasiones desdichadas y con el más mínimo detalle para aprovechar todo el valor de la estampilla y el tamaño del papel.

La carta de su madre estaba al lado de otra: una carta de Theodor. Necesitaba dinero. Si en esos momentos Paul Bernheim hubiera tenido mejor memoria, no se le hubiera escapado el hecho de que el estilo de Theodor era muy parecido al que tenía él mientras estaba en Oxford. "¡Querida madre!", escribió Theodor. "Necesito dinero sea como sea. Vida sana, aire fresco, nombre falso. Hospitalidad enorme. Pienso seguido en vos y en

Paul, pero no tengo tiempo para intercambio de opiniones. Necesito dinero sea como sea. Quizás sea posible instrucciones telegráficas. Correo lento acá. Beso. Tu hijo Theodor".

La señora Bernheim respondió con una sentida carta adjunta. Cuanto más tiempo Theodor pasaba en el extranjero, cuanto menos frecuentes eran las señales de vida que de manera cautelosa e indirecta le mandaba, más noble, pobre y necesitado lo veía. Sí, ella, que durante su ausencia había mirado con espanto temeroso a sus amigos, sus excursiones secretas y sus viajes en tren, sus folletos y periódicos, empezaba ahora a odiar "al Gobierno" como si fuera un enemigo personal y a responsabilizar a "los judíos" por la "desgracia" de Theodor (así le decía a su huida). ¡Él sufre por la política! Su vanidad materna le había brindado un día este enunciado. Así y todo, cuando Paul escribió para decir que no podía dar más plata, que por culpa de Theodor se había endeudado mucho, y que sería más fácil mandar el dinero por el alquiler de su pieza a Hungría, la señora Bernheim contestó indignada que no estaba dispuesta a hacer más sacrificios por sus hijos. "Sacrifiqué toda mi juventud por ustedes", escribió. Algunas veces realmente creía que sin sus hijos hubiera envejecido más lento. "La sangre tira", escribió luego. "Los hermanos deben ayudarse".

Mientras tanto, juntaba dinero para su vejez. Tenía una valija llena de billetes que iban perdiendo valor y en cuya validez creía firmemente. Los esfuerzos de Merwig o de Paul eran en vano. Como una vez había tenido razón con el empréstito de guerra, creía en su "instinto financiero", como le decía. Cuando Paul iba a la casa, ella le ofrecía un par de billetes. "¡Para eso te

podés comprar un periódico!”, decía Paul. Ella iba hacia donde estaba la valija y los colocaba, alisándolos con cuidado, al lado de los otros.

Un día, Paul se despertó decidido a arriesgarse a realizar el negocio con Brandeis. Lo llamó. Le dijeron que se había ido de viaje. Que volvería en una semana. Paul esperó. Para no desanimarse, se decía todos los días: voy a ser rico. Finalmente, Brandeis apareció. Se encontraron.

—¡Por el tema del dinero —empezó a decir Brandeis— hay tiempo, señor Bernheim!

—No —dijo Paul—, vengo por las telas.

—¡Muy tarde! —dijo Brandeis—, ya las vendí. Reconozca que antes de irme de viaje volví a hablar con usted.

—Sí, fugazmente, apenas lo mencionó.

—No quería parecer insistente, señor Bernheim. Esa es una característica que se le atribuye muy seguido a la gente como yo.

Estaban sentados en una confitería. Brandeis observó las paredes que parecían excrecencias, una enfermedad de los muros, una peste bubónica en forma de prismas; las lámparas de pie profundamente oscuras en las exedras en las que se apoyaban unas ninfas desnudas y octaédricas.

—¡Así que de esta forma se construye en la actualidad! —parecía haberse olvidado del negocio con Paul.

Bernheim quería retomar el tema.

—No hablemos más de cosas del pasado —dijo Brandeis—. No le guardo rencor. Quizás usted tenía razón. De hecho, al día

de hoy no he visto todavía nada de dinero. Temo que voy a tener que subirme de nuevo al tren. Y volver a pedir una visa…

Cuando llegaron los diarios de la tarde con información sobre las cotizaciones, Bernheim se dio cuenta de que Brandeis no les prestaba atención.

—¿Se sorprende? —dijo Brandeis—. Ayer vendí todo.

—¿Y?

—Compré dólares. —Y cuando se despedían, agregó—: Venda, señor Bernheim.

Pero Bernheim no vendió.

SEGUNDA PARTE

IX

Para Felix Bertaux

ESE AÑO, LA PRIMAVERA llegó de repente. En los cuartos todavía habitaban el frío y el crepúsculo húmedo de los días de invierno. Las ventanas se abrieron. Las casas parecían fosas ventilándose, y las personas que se asomaban a las ventanas, cadáveres amarillos y amistosos. El sonido de los órganos, que resurgía y atravesaba los patios como aves migratorias volando desde el sur, le levantaba el ánimo a cualquiera, incluso a los escépticos. Los radicales cada vez marchaban más seguido. Las ideas se desplegaban en el fulgor ameno del sol y bajo la abundante lluvia primaveral de las templadas y apacibles noches. En una mañana de domingo de aquella primavera, se vio a un hombre llamativamente robusto y de paso lento entre la masa alegre de transeúntes que paseaban por la Kurfürstendamm. Brandeis todavía llevaba puesto un abrigo con el cuello levantado. Muchos se daban vuelta para

mirarlo. Él parecía no preocuparse por los transeúntes. Sobrepasaba en altura a la mayoría. Sus ojos torcidos apuntaban a las casas, a los carteles de las empresas, a las vidrieras de los negocios, a los árboles de las veredas, a los vehículos y a los kioscos cerrados porque era domingo y parecían capillas profanadas y privadas del servicio religioso. El corte mongol de su cara y su piel amarronada eran motivos suficientes para que los centroeuropeos con los que se cruzaba lo encasillaran como alguien del "lejano este", junto con los budas, las geishas y los consumidores de opio. Como ya no había más inflación y la conciencia del valor del dinero propio había subido la moral, el patriotismo y la confianza, había más escepticismo que admiración hacia el extranjero.

La gente con ropa primaveral caminaba alegre y lentamente bajo el sol.

De repente, se escuchó un ruido indescifrable. Comenzó como ese viento que anuncia la tormenta en una esquina lejana. Algunas personas empezaron a caminar. Otras se quedaron paradas y se las podía ver pensando cómo resguardarse sin perder la dignidad. Mientras tanto, el ruido se volvió más definido. Se distinguió el canto armónico de cientos de voces de gargantas masculinas. Se distinguió el golpe contra el asfalto de cuatrocientas botas militares con clavos en las suelas. Y, por sobre el canto y el ruido sordo y metálico de los pies marchando, notas de flauta delicadas y como suplicantes, una música de flautines incorpóreos, abstractos, de los que salía una popular marcha militar. Y ya se comenzaba a ver el origen del ruido: banderas grandes y flameantes, un par de ciclistas que

lentamente enfilaban hacia la cabecera de la formación, y detrás las primeras columnas de hombres marchando, hombres con bigote que al verlos uno pensaba automáticamente en muchos hijos y clase media, con ojos vacíos y abiertos en los que la ira, el orgullo y la lealtad habían asesinado la capacidad de ver, con manos que se agitaban y parecían mangas vacías, y con bastones colgados del cinturón para mostrar que no estaban dispuestos a ser bastones de paseo comunes y corrientes. Estaban en el proceso de evolucionar de cachiporras a sables.

Gran parte de los transeúntes había desaparecido por las calles laterales. De todas las casas, se escuchaba el ruido metálico de las ventanas que se cerraban. El sol brillaba ahora sobre los adoquines vacíos y polvorientos. Por las calles paralelas y secundarias, los transeúntes se apuraban para llegar a sus casas, que quedaban en dirección a Grunewald. Al trote irregular de sus apresurados pies, le respondía la implacable marcha de las botas, regulada por los clavos, en la calle principal. El canto se elevaba por sobre las copas de los árboles. Las notas de las flautas, espectrales, penetraban a través del tañido de las campanas del mediodía, y estas incluso tomaban impulso, como si quisieran aumentar la confusión, anunciar un castigo de Dios y el fin del mundo y la llegada de sus aniquiladores. Era un verdadero domingo, uno de esos domingos con los que a veces se castiga a las ciudades alemanas: festivos, terribles y llenos de convicción.

Entre los pocos hombres que todavía seguían allí para ver la formación marchar, se encontraba Brandeis. Estaba parado al lado de uno de los pocos urinarios (en Berlín, ya se sabe, hay menos que bibliotecas). Seguía sonriendo. Por un momento, uno

podía pensar que no estaba ahí para saciar su curiosidad, sino la de los otros. Como si fuera su obligación mostrarles a los que marchaban y a los que caminaban cómo pararse; a los ciegos, cómo mirar; a los exaltados, cómo calmarse; a los políticos, cómo pensar; a los idealistas, cómo comprobar. Sí, se lo veía tan singular y tan alejado de la ordinariez europea, y aunque llevaba puesto un abrigo y parecía no sentir el sol, había una conexión entre él, las copas esperanzadoras de los árboles y el aire suave y ventoso de primavera. Entre este día y los que marchaban, no había conexión alguna. Y, cuando parecía que marchaban hacia un bosque, más bien parecía que lo hacían contra él.

Aunque su madre provenía de una familia evangélica, se había casado con su padre judío y había llevado a la casa una Biblia alemana, una mandolina y un abono a una revista para la familia, Nikolai Brandeis no se sentía como un local. Para él, era como si la pequeña colonia alemana en Ucrania hubiera sido más Alemania que este país, del que los eternos emigrantes parecen llevarse la patria y los eternos inmigrantes parecen traer lo extranjero. Todos los números anuales de la revista para la familia mostraban una imagen falsa de Alemania. La representaban como podría haber sido en la época de los colonos. En su tierra, recordaba Brandeis, a pesar de haber heredado la cara de su padre, había sido un local entre las caras suabas de sus compañeros. Pero acá, donde las caras no delataban ninguna raza en particular —Brandeis las llamaba eslavas del asfalto—, él era un extraño. Solo los temerosos días previos a la primavera le hacían acordar a la tímida y parsimoniosa bondad de su patria.

Pensó en su juventud. Pensó en su padre, al cual había perdido relativamente pronto y que seguro había sido un tímido amante de la tierra como él. Su padre había querido convertirse a la religión griega ortodoxa para salvarse de las restricciones que les eran impuestas a los judíos en la antigua Rusia. Como los judíos bautizados debían también declarar su religión anterior, él quería, como muchos otros, convertirse primero en evangélico y, recién entonces, en ortodoxo. Un hombre que está dispuesto a llevar a cabo negocios con Dios y el Estado puede sucumbir ante una debilidad de la que no se considera que la gente de su estirpe sea capaz. Al viejo Brandeis, que había ido a ver al pastor evangélico para que lo bautizara, le llegó el castigo de Dios antes de que pudiera lograr su propósito: se enamoró de la hija del pastor. Quizás solo la quería seducir, y no casarse a la antigua. Pero no había entendido cómo calcular las bondades de las hijas del pastor.

Entonces se casó. Se quedó en la colonia. No se volvió ortodoxo. Abandonó sus grandes planes. Se convirtió en un pequeño comerciante con un pedazo de tierra, una mujer afable y un suegro clerical. Un año más tarde, llegó Nikolai, cuyo nombre completo era Friedrich Theodor Emmanuel Nikolai. Su padre le agregó el nombre ruso, con la secreta esperanza de que alguna vez hiciera carrera en Rusia y el nombre Nikolai le fuera útil. El viejo Brandeis seguía pensando de manera práctica, algo que era característico de su gente. Murió rápido, a causa del tifus que había asolado la región. Pero dejó dinero suficiente para que su hijo pudiera estudiar.

Los estudios de Nikolai fueron interrumpidos por la guerra ruso-japonesa, de la que volvió siendo oficial del 106° regimiento de infantería. Pensaba en formar parte activamente del servicio militar. Nunca se lo había visto entre los exaltados estudiantes de la universidad. No entendía los ideales que perseguían. No le interesaban ni los reaccionarios ni los liberales ni los revolucionarios. Se podría decir que prácticamente no era ruso. Desde muy joven, había sido una persona callada y desconfiaba de los charlatanes. De todas las instituciones en Rusia, el Ejército le parecía la más segura. Ese también era un ámbito político. Pero él creía que la disciplina era capaz de aplacar los ideales en los momentos decisivos. Allí uno esperaba que sucedieran hechos; banales, sí, pero hechos al fin. Prácticas de tiro, campos para ejercitar, reclutas y cuarteles, cuadros de zares, medallas y distinciones; todo era claro como el agua. Tener que ir a una oficina significaba buscar protección, tramar alguna conspiración y, para colmo, hacer política. Para convertirse en un comerciante, le faltaba cierto capital social. Había estudiado matemática. Creía que su talento podía ser de utilidad para las tropas técnicas. Pero su madre, que ya era una señora mayor, había heredado poco dinero de su padre y cultivado un par de campos, le suplicó que se fuera a Alemania a estudiar.

Ella temía que hubiera otras guerras. Ingenuamente, pensaba que Rusia solo aceptaría la derrota por un año y que iniciaría un nuevo ataque de venganza contra Japón. Nikolai le hizo caso. Estudió en algunas universidades alemanas, cambió la matemática por la economía política, se aburrió, se sintió solo,

volvió a lo de su madre, la ayudó en la casa y así porque sí se convirtió en maestro de la escuela de su pueblo, Helenental.

Llevó una vida tranquila y saludable, comía y tomaba con regularidad, no le interesaban las mujeres, fue a Crimea por dos semanas, volvió rápido a causa de la guerra, leyó mucho, amaba a los niños, se rodeó de perros y de vez en cuando jugaba a las cartas con los mejores funcionarios. Su madre murió en 1913. Un año más tarde, volvió por segunda vez a la guerra. En 1917 se convirtió en capitán. Cuando estalló la primera revolución, se puso del lado de los revolucionarios. Luchó contra los bolcheviques, lo capturaron y se pasó a su bando. Se había propuesto seguir siendo soldado a cualquier precio. En medio de la confusión, que no le preocupaba, esta decisión era algo seguro, y también conducía a algo relativamente seguro.

Pero ese cálculo no salió bien. Un día sucedió uno de esos episodios que para la guerra civil rusa eran tan significativos como intrascendentes, pero que podían darle una nueva dirección a la vida, a las convicciones y a las decisiones de los individuos. Nikolai Brandeis también vivió en carne propia cómo el ser humano, en una sola hora —que parecía carecer de importancia —, es capaz de cambiar por completo el "carácter", como se le dice, y tuvo que pararse frente al espejo para convencerse de que su fisonomía era la misma de siempre. Desde aquella transformación que había vivido, Brandeis solía decir que las personas no evolucionan, sino que cambian su esencia.

Pensaba en uno de esos locos de su pueblo natal que no se cansaba de hacerle a todo el mundo la misma pregunta: "¿Cuántos sos? ¿Sos *uno*?". No, nadie era *uno*. Se era diez, veinte,

cien. Cuantas más oportunidades nos daba la vida, más nos despojaba de nuestra esencia.

Alguien moría porque no había experimentado nada y toda su vida había sido *uno*.

Volviendo al suceso anterior: Brandeis, que peleaba en Ucrania, volvió un día a su verdadero hogar y se hizo cargo del comando local en unas colonias alemanas que él conocía bien. De acuerdo con uno de los entretenimientos más tontos, arbitrarios y patológicamente inventados, Nikolai Brandeis debía ocuparse de dividir de inmediato los bienes muebles e inmuebles entre los habitantes de la colonia. Las colonias alemanas eran casi los únicos pueblos en Rusia en los que parecía que nadie captaba la primitiva y básica idea de la distribución de la propiedad. Ni siquiera Nikolai Brandeis tenía una opinión formada sobre la utilidad de la división de bienes. Pero siendo fiel a su decisión de no ser más que un soldado y de disfrutar de la comodidad de la obediencia como si estuviera de vacaciones, comenzó, de la forma sencilla en que le habían ordenado, a conducir las vacas que les sobraban a los grandes campesinos hacia los establos de los más pequeños, lo que causó el enojo de los habitantes que, además, no se lo perdonaban por ser ser alguien tan cercano. Reunió a los habitantes y les explicó que este era el espíritu de los nuevos tiempos y que era la voluntad del nuevo gobierno. La gente lo escuchó en silencio. Viajó hacia el otro pueblo para allí también llevar a cabo el nuevo mandamiento. Luego, viajó al tercero. Pero cuando volvió al primero vio que los pobres campesinos les habían devuelto voluntariamente el ganado a los ricos. Los

establos de los pobres estaban vacíos una vez más. No querían quedarse con lo que ellos llamaban "bien ajeno".

Nikolai Brandeis informó el hecho, recibió una reprimenda y la directiva de convencer a la gente mediante el uso de la violencia. Los amenazó con llevarlos a la cárcel y deportarlos. Pero no sirvió de nada. Uno de los comisarios fue hasta allí y encarceló al pastor, un hombre que Brandeis conocía bien de tiempos anteriores. Brandeis pidió por su liberación. Condenaron a muerte al pastor. Brandeis llevó a cabo la ejecución. Ordenó "¡fuego!" en presencia de todo el pueblo.

Apenas se extinguió el estruendo de los disparos, Brandeis se sintió perturbado por primera vez. Hasta ese momento, había adoptado la sordera típica de los soldados profesionales. Pero ahora que el cadáver del pastor, que había muerto de rodillas, yacía hundido hacia delante frente al muro de cal azul, frente a ese muro sobre el cual el pequeño Nikolai había comido a horcajadas tantas veces; ahora que el charco de sangre se oscurecía tímidamente y, sobre el escarpado suelo, entre las junturas de las piedras irregulares, comenzaban a avanzar un par de arroyitos: en ese momento, Brandeis se transformó. Se sacó el gorro ante la mirada de todos y se inclinó ante el cadáver. Luego ordenó que lo enterraran en el cementerio. Después fue a ver al comisario y le dijo que iba a dejar el Ejército Rojo. El comisario se rio. Le aconsejó esperar dos días y ver si los pobres campesinos se habían convencido o no. Y, con la esperanza de que *no* lo hicieran, Nikolai Brandeis se quedó.

Se quedó y vio que el comisario había tenido razón. Ya nadie hablaba del "bien ajeno". Todos los conceptos parecían

haberse subvertido de repente. Los campesinos ricos se volvieron sumisos y los pobres, desafiantes. Pastores de pueblos vecinos predicaban explícitamente sobre la necesidad de la división de bienes. Pero estos cambios no tranquilizaron a Brandeis, por el contrario, lo perturbaron por completo. Una noche lo asaltó la locura. Comenzó a creer fervientemente que el límite del mundo no podía estar muy lejos, ese lugar desde donde uno caía hacia las profundidades de las noches eternas. Veía con claridad que la tierra era un disco sostenido por un tallo, algo así como un hongo chato con bordes dentados. Su objetivo era llegar a ellos. Se subió a un caballo. Cabalgó hacia el sur. De alguna forma muy extraña —a él mismo le cuesta recordar esos días—, llegó al mar. Entró a Constantinopla. Y, recién allí, recobró la razón. Pero... ¡no! ¡No era la misma de antes! Era otro Nikolai Brandeis, que con empeño sistemático pedía limosna en calles y casas, que en un pequeño hotel repleto, en el que dormían diez personas en una habitación, le robó los papeles a un borracho; él, un macedonio mudo que no hablaba griego ni entendía búlgaro, se subió a un barco en el que hizo de fogonero, viajó como polizonte, vivió incontables aventuras y atravesó los Balcanes, Hungría y Austria hasta llegar a Alemania, fue asistido por el comité de ayuda ante el cual, de acuerdo a su humor, se presentaba como comerciante, coronel o general. Era un Nikolai Brandeis completamente renovado. "¿Cuántos sos? ¿Sos *uno*?", preguntó. "¡Soy diez! Fui profesor, estudiante, campesino, zarista, asesino, traidor. Conocí el hartazgo, la paz, el hambre, la guerra, el tifus, la miseria, el día y la noche, el frío y el calor, el peligro y la vida. Pero todo eso

sucedió antes de que yo naciera. El Nikolai Brandeis de ahora nació hace un par de semanas”.

Cuando hizo esta declaración, tenía treinta y siete años. Se puso un límite de cinco años. En cinco años, quería ser un hombre libre. Con la sistematicidad implacable que había conservado de sus días de locura, estableció:

Soy un recién nacido, acabo de ingresar a la vida. ¿Cuál es mi misión en este mundo? ¿Vale la pena vivir en él? Solo soy libre de una cosa: de dejarlo. Pero parece que el mundo ejerce una determinada fuerza de atracción. Me despierta la curiosidad. Ya no creo que me ofrezca más experiencias. Sin embargo, observar las experiencias de otros cargando las propias, viejas, no me desagrada. La gente se me acerca extrañada, porque en ellos encuentro un pedacito del viejo y ya muerto Nikolai Brandeis. Tienen ideales, convicciones, casas, escuelas, funcionarios, pasaportes, son patriotas y antipatriotas, belicistas y pacifistas, nacionales y cosmopolitas. Yo no soy nada de eso. Tuve madres patrias, se hundieron. Tuve convicciones, se esfumaron. Un solo pastor murió y su muerte puso todo de manifiesto. Es raro que la gente no crea en milagros. Cree en cualquier cosa, salvo en milagros. Pero ¿quién de todos los que creen en ideas las ha experimentado de esa forma?

Esta manera de observar y de pensar me pone contento. Decir que este es el sentido de mi vida alcanza para explicar mi decisión: no volver a salir del mundo al que acabo de llegar. Para poder disfrutar de mi independencia, tengo que ser completamente independiente. Para ser libre en el mundo actual —que me resulta interesante, casi podría decir que me gusta—,

hay que tener dinero. Entonces, tengo dos salidas: morir o volverme rico. Puedo morir siendo rico, pero estando muerto no puedo ser rico. Así que… ¡dinero!

Nadie logró jamás, con una reflexión de este estilo, obtener dinero. Nikolai Brandeis era una excepción. Esta reflexión —no otra— fue el comienzo de su capital. ¿Quién puede decir qué es lo que guía las casualidades? ¿Fue acaso esa reflexión de Brandeis la que guio a la casualidad que le trajo dinero?

Esa casualidad es una muy cotidiana y amerita contarla de manera exhaustiva:

Brandeis conoció a un inmigrante ruso en Danzig que había perdido todo su dinero en el casino de Sopot y estaba a punto de vender el collar de brillantes de su mujer. Le pidió a Brandeis que le buscara un comprador. Pero Brandeis le propuso hacer un último intento.

—Empeñe el collar —le dijo—. Deme la mitad. Con eso jugaré por usted en Sopot. Si pierdo, le debo el dinero, y aunque hoy no lo tenga me esforzaré por devolvérselo. Si gano, me quedo con el diez por ciento.

Yendo al casino, supo que ganaría. En un arranque supersticioso, solo había pedido el diez por ciento. Jugó y ganó. Después de ganar tres veces seguidas, se fue. El diez por ciento que obtuvo se convirtió en su primer capital.

Su indiferencia imperturbable fue la garantía del éxito. Es que a veces parecía que los caprichos imprevisibles de su imaginación anticipaban los caminos imprevisibles que al dinero le encanta tomar. Era alguien siniestro para los otros. Él tampoco entendía cómo un hombre como él, que no sabía de compromisos

y que desde el momento de su nacimiento —así le decía a su deserción— había decidido ganar dinero, efectivamente lo ganara. Era la prueba de que uno no se hace rico mediante fríos cálculos, sino mediante la intuición. Y él obedecía a todas y cada una de sus intuiciones.

Ya habían pasado tres de los cinco años. Se iba volviendo rico. Hacía unas semanas ya que enviaba telas para las tropas policiales de dos estados balcánicos.

X

El sonido de las campanas del mediodía se había extinguido. El desfile de botas se perdió en una ligera nube de polvo y ruido. Las calles quedaron abandonadas, la gente estaba sentada en sus casas o en restaurantes. El olor a comida viajaba con el viento de primavera.

Nikolai Brandeis se sentó en la terraza de un café. Pasaron dos hombres y el sonido de fonemas rusos lo golpeó en el oído. No quería compañeros en desgracia. Evitaba las ocasiones en las que se veía obligado a escuchar, con credulidad gentil, historias exageradas de inmigrantes sobre su grandeza pasada, y a omitir, con ceguera gentil, aquello que contra su propia voluntad podría revelar sobre su miseria actual. ¿Quién de ellos había vuelto a nacer como él después de huir? Todos parecían haber dejado atrás sus vidas en Rusia. El sonido de la balalaika de su nostalgia lo aburría tanto como la marcha militar de los uniformados que recién habían pasado por allí. Aunque él mismo era un desertor, no concebía un patriotismo que se lamentara por una madre

patria existente, como si se la hubiera tragado el océano. La gente lloraba por su samovar de plata.

Las palabras en ruso que acababa de escuchar, sin embargo, entraron de alguna manera en un área desconocida de Brandeis, un área que la primavera parecía haber habilitado. Se colaron en los recuerdos de ese febrero ucraniano como la lluvia que, largamente esperada, cae sobre campos sedientos. Los recuerdos florecieron. Ahora podía distinguir claramente los suaves matices y temperaturas de la primavera de su tierra natal. Se acordó de esos días de febrero en los que el sol, alrededor de las doce del mediodía y durante solo cinco minutos, producía un calor reconfortante, y de repente las estalactitas de hielo empezaban a gotear de los techos y parecía que el sol había ensayado el verano por un ratito. El azul del cielo todavía era invernal y cobalto. Solamente hacia los bordes se aclaraba, allí era casi blanco, como si fuera agua congelada. A pesar de todo, el aliento era cálido y familiar, adelantándose al aroma de las lluvias templadas de verano. Ya guardaba material para las nubes veraniegas, aún invisibles para el ojo humano. Luego se levantaba un viento del noreste. Las estalactitas que goteaban volvían a congelarse. La noche caía sobre el pueblo más rápido que otros días, aunque ya venían acortándose de a poco. Solo los abedules del bosquecito resplandecían todavía en un plateado pálido, distribuidos entre el resto de los árboles como días nuevos entre noches viejas. En los campos, se despertaban las pequeñas y rojizas hogueras, alrededor de las cuales se asaban papas, y el viento llevaba el aroma de las ramas encendidas hacia el pueblo. A través del ancho pantano ubicado entre la calle y el bosque, y

cuyos confiables caminos indicaban las praderas familiares, todavía se podía caminar sin necesidad de mantenerse en dirección a ellas. Todo seguía congelado y se astillaba como vidrio frágil bajo el taco de la bota. Pero ¿cuán seguido se podría seguir caminando tan seguro a través del pantano? ¡No más de veinte veces! Luego volvían los fuegos fatuos, los astros terrenales. Al día siguiente, cuando la luna comenzara a decrecer, podía haber tanta nieve como en los primeros días de noviembre. Los copos caían intensamente, pero uno sabía que después de dos o tres semanas ya no habría más. Así es como probablemente se vería hoy aquel lugar, pensó Brandeis. Y acá estoy yo, y los que anuncian la primavera son estos pobres árboles citadinos, la naturaleza de la municipalidad, los tontos que hacen ejercicios militares y el olor a frito que sale de las cocinas de las casas. ¿Para qué estoy acá?

Era como si la lengua rusa, que recién había escuchado, formara parte de aquellos días previos a la primavera que había resurgido en su memoria, como si la lengua rusa no fuera el medio de comunicación de cierta clase de personas, sino la lengua materna de aquella naturaleza patria, de los abedules, de las praderas, del pantano, de las estalactitas, del viento, del sol y de las hogueras. ¿Por qué, otra vez, los inmigrantes? Quién sabe, quizás en ellos también viviera el mismo recuerdo que tenía él. Por eso era tan bueno escuchar hablar ruso, hoy y otros días similares. Pagó y se fue.

No prestó atención al rumbo que estaba tomando. Quería ir a un restaurante, aunque no tenía hambre, era más bien por obligación y siguiendo la invitación a salir a comer que la gran

ciudad imponía como un mandamiento, esa sugestión silenciosa de la hora del almuerzo convencional. Se dio cuenta de que sus recuerdos no eran otra cosa que nostalgia. La reconoció por primera vez. Se asustó. ¿Qué le estaba pasando? ¿Surgiría otra vez un nuevo Nikolai Brandeis?

Sin saberlo, llegó a la calle Marburg. Los pies fueron los primeros en enterarse de la nostalgia, ellos, los instrumentos para caminar. Iban solos. Ahora estaba parado nuevamente frente al restaurante ruso en el que había comido durante el primer mes luego de su llegada y que nunca más había vuelto a pisar. La decoración era diferente, el nuevo dueño era rico, los mozos llevaban camisas rígidas, había una vendedora de cigarrillos con uniforme azul de paje y fichas de guardarropa de latón. Miró las especialidades sobre la mesa del medio. Habían perdido su autenticidad original de tiempos anteriores y más pobres. Ahora parecían haber hecho un trato cerrado con las tradiciones de Berlín. Se desarrollaban a la par que los inmigrantes. El aguardiente que había pedido era ligero y ridículo. Se lo comunicó al mozo en ruso, con vanidad herida. Le trajeron otro.

Dos hombres de la mesa de al lado lo escucharon hablar con la benevolencia que se les brinda a compañeros en desgracia desconocidos. Los saludó. Se le acercaron amigablemente. Los dos eran calvos, en sus cráneos se podía ver el reflejo de las lámparas ya encendidas. Pero se diferenciaban el uno del otro tanto como solo eran capaces los rusos, miembros de una gran nación compuesta de muchas otras, pequeñas. Hoy estaba conciliador, a todos los inmigrantes les daba la razón. El morocho bajito que tenía la cara amarillenta y bigote negro venía

del sur de Ucrania. El rubio alto de cabeza alargada, ojos sin cejas y piel rosada como de vergüenza era báltico o de Polonia. Pero ambos eran rusos eximios. Tienen el mismo gusto, un tipo de digestión parecido, sus cuerpos reaccionan al alcohol de la misma manera. Como el mío, el de los alemanes y el de los judíos. Las necesidades físicas son las mismas para todos. Nikolai Brandeis brindó por ellos con otro aguardiente.

Escuchaba cómo hablaban. Decían algo sobre un tal Jossif Danilowitsch, que había afirmado haber vivido en París una inflación aún más productiva. De pronto le pareció al taciturno Brandeis que era muy importante advertirles al respecto y, a través de ellos, al para él desconocido Jossif Danilowitsch. Se metió en la conversación. Se dispusieron a escucharlo de buena gana.

—De la inflación de Francia solo va a quedar una cosa: el bajo valor oro del franco. Francia no tiene tantos billetes en circulación como Alemania. El Banque de France tiene oro suficiente, esto es, 3654 millones de oro, algo así como el sesenta por ciento de los billetes emitidos. Los franceses creen en el franco, una cuestión psicológica de suma importancia para la estabilización. O las deudas se consolidan a la fuerza, o se carga el capital o, lo que es más probable, se toma un préstamo del extranjero, el oro del Banque de France es garantía suficiente.

Así y todo, el Banque de France puede decidir echar mano de las reservas de oro y según mis cálculos todavía quedarían 2500 millones de oro como garantía para los billetes. Seguramente Inglaterra no será uno de los acérrimos acreedores de Francia, hará concesiones. Francia dejará de seguir creyendo

ingenuamente en los fantásticos montos que se extraen de Alemania. Y esa será ya la mitad de su salvación.

Para él era un placer ilustrarlos al respecto. Lo escucharon con atención. Parecían haber comprendido que estaban hablando con un gran conocedor que seguía las cuestiones bursátiles con la convicción de un líder político.

—Nosotros queremos ir a París, pero por otros motivos, no comerciales.

—Bueno —dijo Brandeis—, entonces solo puedo aconsejarles tener en cuenta que gastarán más de lo que están acostumbrados.

Se levantó. Le pidieron su dirección. Por un momento, se arrepintió de haberse involucrado con ellos. Les dio la dirección.

Quería volver a casa despacio, desviándose del camino. Se rio de la expresión “a casa”. Hacía dos años que vivía en la pensión. De pronto, le pareció imposible quedarse allí. Los domingos eran insoportables y las tardes de domingo, más insoportables aún. De las habitaciones cerradas, salían gemidos de amor y gramófonos. La propietaria, la viuda del consejero áulico, tenía puesto un vestido de seda gris y negro. En el armario de la habitación de Nikolai había quedado el estuche del violín, el instrumento del consejo. “¡En esta habitación tocaba siempre un cuarteto!”, le había contado la viuda. Brandeis se acordó del blanco y azul de su pieza encalada. Podía oler el aroma del heno, del estiércol, la apatía de las gallinas al caminar, la acritud del establo, el chorro de pis caliente y sibilante de los caballos. Y se acordó de la mezcla de ácido carbólico y pescado cocido de la pensión. Decidió que recién a la noche volvería a casa.

Se hizo de noche más temprano de lo que había pensado. Domingo superado. La noche del domingo era peor afuera que en casa. Huyó.

Dos señores lo esperaban en el "salón". Fue hacia allí. Eran los dos rusos con los que había hablado en el restaurante.

Resultaba evidente que ambos tenían la misma timidez. Los dos estaban desconcertados. Emprendían algo juntos —según esa ley singular que junta a los igualmente débiles, que manda a pasear a dos chicas feas, que involucra a dos sordos en una conversación y que une a dos tímidos que creen que juntos serán más audaces—. Así y todo, el rubio, que era más joven que el morocho, parecía obligado a mostrar cierta valentía, el decoro así lo requería. El rubio empezó a hablar:

—Nos alegra mucho haberlo conocido a usted de casualidad. Porque necesitamos sus consejos. Aquel Jossif Danilowitsch, de quien hablábamos hoy, nos empujó a una situación desagradable. Por eso vinimos a verlo, y porque suponemos que le interesa el arte.

—¿A mí? ¿El arte? —dijo Brandeis—. ¡Jamás en la vida! —Los visitantes se quedaron tan perplejos que tuvo que agregar—: Pero bueno, eso no impide que pueda darles algún consejo. ¿De qué tipo de arte se trata? ¿Son cuadros?

—No, artes escénicas —empezó a decir el más viejo—. Tenemos un cabaret, del cual seguramente oyó hablar. Fue inaugurado hace cinco años. Actuamos aquí y allá, hemos tenido buenos y malos días. Pero nos iba más o menos bien con la ayuda de Jossif Danilowitsch. Siempre y cuando él pudiera hacer negocios. Desde la estabilización económica no supimos más

nada de él. Vinimos incluso hasta aquí. No respondió ni cartas ni telegramas. La compañía está ahora en Belgrado. Allí termina nuestro contrato. La semana que viene tenemos que viajar a París. Pero estamos teniendo pocos ingresos en Belgrado. ¡Tenga en cuenta la competencia! En Belgrado estaban el Pájaro Azul, la Gallina Dorada, la Balalaika, la Cabaña Blanca. Éramos los quintos. Y ofrecemos teatro de calidad. Pero el público está arruinado. Y no tendremos plata para ir a París.

—¿Cómo se llama la compañía?

—El Cisne Verde —dijeron ambos al mismo tiempo, con el mismo orgullo con el que un oficial nombra a su regimiento.

Nikolai Brandeis se acordó vagamente de haber visto carteles con ese nombre. Como hoy estaba en modo amable, les contestó que había escuchado buenas referencias. Le preguntaron si los podía ayudar.

Antes de tener en claro lo que iba a decir, se le escapó la frase:

—Casualmente esta semana tengo que ir a Belgrado. Los visitaré.

Los dos hombres se fueron.

XI

Ahora estaba en Belgrado.

A la tarde fue al ensayo del Cisne Verde.

No podía recordar la última vez que había ido al teatro. Debía ser dos o tres años atrás. En ese entonces, había ido un par de veces, con la misma ilusión que recordaba haber sentido hacía

mucho tiempo, cuando era estudiante. Fue y vio que los escenarios estaban vacíos, incluso mientras los actores se movían sobre ellos. Evidentemente, pensó, como la gente de teatro quería vislumbrar el vacío de los escenarios por sí misma, los directores modernos trabajaban mucho. Por eso se construían escaleras, por ejemplo. Cuando veía escaleras, creía estar sentado en el interior despojado de una casa destruida. Se acordó de un terremoto en el Cáucaso que había presenciado una vez. En algunas calles que bordeaban la pequeña y antigua ciudad, las paredes y los techos se habían desplomado, y se podían ver las entrañas de las casas, tablones, vigas y una escalera que ya no llevaba a ningún lado. El cielo se arqueaba hacia arriba y la escalera, aunque alguna vez había conducido a través de los distintos pisos, en comparación con la distancia inconmensurable que separaba el escalón más alto de la nube más baja, parecía tan ridículamente pequeña que el poder de la desgracia era más visible en ella que en los escombros de los objetos destruidos.

Brandeis sintió un espanto aún mayor al ver los escenarios, porque aquí la imagen de la caída no era consecuencia de una catástrofe, sino un trabajo humano al que se le llamaba “dirección”. A veces sentía curiosidad por conocer a algún “director”. ¿Cómo será —se preguntaba— verse en estos hombres, de qué forma son atormentados por sueños salvajes? Porque es evidente que transforman los abismos profundos, en los que creen caer por las temerosas noches, en escenarios. Cuando Brandeis era joven, se usaban focos de luz. Volvió al teatro justo en el momento en el que los focos no iluminaban las noches huecas de los escenarios, sino que las acribillaban. Y

nunca estaba lo suficientemente oscuro como para dejar que los espectadores se olvidaran con qué estaba construida esa noche: con las sombras de los cachivaches, las cajas, los pisos colgantes cuya muerte conservada y vuelta a momificar exhalaba un frío mecánico bajo los sucesos que eran representados. Y, aunque el foco diáfano colocaba a los actores en huecos de luz, el brillo no era lo suficientemente poderoso como para dejar que los espectadores se olvidaran de la humanidad íntima del actor. Incluso parecía que el foco mismo quería despertar esa curiosidad en los espectadores, la única curiosidad que existía en los espectadores de estos tiempos, y que no buscaba el sentido de la trama, sino el sinsentido de los movimientos. Era como si el foco persiguiera obstinadamente al actor para descubrir por qué el hombre había subido la escalera para decir una frase y por qué había bajado tres escalones para recibir una respuesta. A Brandeis le parecía que en su juventud no se esperaba tanto del teatro. Y por eso ofrecía más. Se acordaba con absoluta precisión de que no iba al teatro para ver una obra de Shakespeare "revivida", como se le dice —porque Shakespeare está más vivo que nunca cuando se lo lee—, sino para conocer la distancia y la diferencia que había entre el Shakespeare actuado y el que habitaba en la imaginación de los espectadores. En aquel momento, podía suceder que un gran actor, precisamente porque ni él ni el escenario podían negar que eran teatro (con un proscenio, cortinas, árboles, piedras y muros de cartón), había hecho carne un destino poético en su cuerpo y entregado su propia sangre por la de Shakespeare. Pero hoy un director —según Brandeis— dirige la abnegación del actor que, para

alcanzar la gracia, debería suceder en total soledad. La dirección crea escenarios. Pero no hay nadie que los pueda ocupar. Por eso se vuelven a dejar a oscuras, esperando que el estrecho foco de luz haga aparecer a la persona. ¡Qué desacertado! La persona cae en un hueco y, atrapado en el vacío que ahora es su cuerpo, anda a ciegas por las noches.

Brandeis no le habría dicho esto a nadie. No se consideraba competente en la materia. No lo entendía. No era "su especialidad". Horrorizado, pensaba que en el teatro moderno se gritaba como en la Bolsa. Pensaba que era un trato obsceno pagar por ver una ficción que no aceptaba serlo. Una pieza teatral que aparentaba contener una vida elevada y que, comparada con la propia, con lo que le había sucedido a Brandeis en su vida anterior, pero también ahora comparada con el envío de telas hacia los Balcanes, no era para nada una vida elevada; era el reflejo de un sueño de vida que un dramaturgo insípido había soñado. ¡No! Para eso mejor se iba al cine. Amaba la oscuridad insospechada de la sala y la sombra iluminada de los que actuaban. Amaba la tensión primitiva de la ficción, que se reivindicaba a sí misma con sinceridad. Amaba el aislamiento con el que se sentaba cada uno porque los demás estaban, en realidad, estoicos delante de la pantalla. Solamente sus cuerpos ocupaban los lugares, como la ropa en el guardarropa. Dos veces por semana iba Brandeis al cine. Se relajaba. No hablaba. No escuchaba nada. Soportaba, impaciente, los cortos intervalos. Los odiaba. Pensaba de vez en cuando en montar cines en los cuales nunca se prendieran las luces.

Fue solo al ensayo del Cisne Verde, se sentó en la sala. Comprobó que no, no le interesaba el arte y menos las "artes escénicas". De hecho, el cabaret ruso que conocía de la vieja Rusia siempre le había parecido odioso. El arte que se había vuelto grácil por miedo a las dimensiones iba en contra de él. Odiaba las delicadezas. Odiaba esas obritas que describían el entorno y en las que los hombres se convertían en liliputienses; las campesinas, en bailarinas de ballet; los cosacos, en soldaditos de plomo. Odiaba el vacío encanto del presentador, que en su honor —porque la gente trataba a Brandeis como a un inversor— le dedicaba una broma especial. ¿Por qué no se iba? Ya era el tercer ensayo que presenciaba. Incluso fue a la noche al teatro para averiguar cuánto habían recaudado. ¿Por qué lo hizo?

La *troupe* necesitaba ayuda. Habían dejado de pagar el hotel hacía rato. Ya nadie les fiaba la comida. Algunas noches, lo recaudado solo les alcanzaba para un café o té con una factura de la confitería para cada uno. Después de cada presentación, se sentaban todos juntos a la mesa angosta y parecían un manojo de gallinas asustadas esperando el cuchillo del carnicero. Pero no dejaban de hacer mucho barullo, porque les temían a las pausas mudas como si el silencio fuera, inevitablemente, un presagio de muerte. Desde que habían fundado el Cisne Verde nunca les había ido tan mal. Sus caras maquilladas a las apuradas resplandecían, amarillentas, en el brillo de las luces nocturnas. Pero no querían separarse. Todas las noches esperaban a que cerrara el local. Y luego iban a cada uno de los tres hoteles en los que se hospedaban. Todos se acompañaban mutuamente. Y el pequeño grupo que lograba entrar a su hotel se sentía miserable y

traicionado por el otro. Se quedaban parados cuchicheando en los pasillos. Luego se cerraban las puertas de las habitaciones frente a ellos como tapas de ataúd.

Brandeis les preguntó una noche:

—¿Por qué no sale cada uno por su cuenta a ganarse el pan?

Lo miraron horrorizados y con desprecio, como si lo creyeran loco y deleznable.

—Cómo… —le respondió el director de orquesta—, ¿que dejemos el Cisne Verde? ¡Jamás!

Y Brandeis entendió que para esta gente un mandamiento de la patria era un mandamiento del arte. (No todos habían sido actores. Las mujeres eran hijas de distinguidos hogares; los hombres, oficiales y funcionarios; entre los músicos, había dos latifundistas; el director de orquesta era profesor de secundaria.)

Brandeis encontró por primera vez la oportunidad de gastar dinero en algo que no le gustaba. Desde que había empezado a hacer negocios, estaba acostumbrado a ver cada suma de dinero como un instrumento. Darle limosna a un mendigo le parecía tan ridículo como encender un fuego sin otro objetivo que para volver a apagarlo con agua, o tirar el reloj de bolsillo sobre el empedrado para que deje de funcionar. A Theodor Bernheim le había dado dos mil dólares no solo porque necesitaba la ayuda de Paul, sino porque creía que había que impedir cualquier función de la justicia terrenal. No envidiaba a la policía por todos los muchos Theodores que debía haber, y a los cuales probablemente hubiera ayudado. Odiaba el orden de los Estados. No lo entendía. Pero menos entendía el arte y las

artes escénicas que florecían en los jardines ornamentales del odioso orden.

Así y todo, le pagó al Cisne Verde la cuenta del hotel y el viaje.

Era la última noche en Belgrado. Estaban sentados en grupitos, repartidos en varias mesas, en el café de costumbre, bulliciosos y contentos por ir a París. Brandeis entró al local. Quería volver hoy mismo a Berlín, buscó al director para despedirse. Le parecía ridículo haberle dado dinero a una ridícula compañía, había viajado para nada, había perdido tiempo. Ahora quería olvidarse de todo. Sería más correcto, pensó, emprender el viaje sin decir ni una palabra. Pero eso es aconsejable cuando uno recibe dinero, no cuando lo presta.

Cuando entró lo vieron de inmediato, lo rodearon y lo trataron con gratitud festiva, como correspondía. Con indiferencia, observó sus caras indiferentes. De pronto, sus ojos se quedaron pegados en el vacío.

Faltaba una cara, no sabía el nombre. Pero podía sentir su ausencia.

Al rato estaba sentado a la mesa y había pedido algo para tomar. Hacía un momento había decidido irse lo más rápido posible y despedirse de pie. Ahora se había sentado a esperar. La cara que estaba esperando no podía tener más de diecinueve años. Cuanto más tiempo duraba el vacío, más definidas veía su cara marrón, las mejillas angostas y la ancha, roja, maquillada y brillante boca que era como un grito en el tranquilo rostro, y los ojos oscuros que estaban tan cerca uno del otro que una ceja parecía convertirse en la otra. ¿Qué zapatos usaba? ¡Ahora no le

importaba nada más! Le hubiera gustado preguntar qué tipo de zapatos llevaba, aunque todavía ni siquiera había preguntado por ella. No sabía cómo se llamaba. Ciertamente podría describirla. Pero me da vergüenza, mucha vergüenza. Mejor espero. Mañana me voy.

Su tren salía a las once de la noche. Cuando Lydia Markowna entró, el reloj sobre el mostrador marcó las diez. Todavía le quedaba una hora. Lo sintió como una traición que apareciera a estas horas y le diera la posibilidad de hacer el viaje que ya había aplazado. ¿Por qué venía ahora? Media hora no le iba a alcanzar para decir *adieu*. ¿Él hubiera querido otra cosa? Por lo que podía recordar, solo se había quedado con ese objetivo. Ella había llegado, se podía despedir. Pero habría sido mejor si su entrada hubiera coincidido con la partida del tren. Entonces quedarían todavía tres horas para que el lugar cerrara. Y había otros. Y el tren a París con el que tenía que viajar el Cisne Verde salía recién mañana a las tres de la tarde. Brandeis tuvo una esperanza ridícula: ¿Y si el reloj anduviera mal? Bastaba un pequeño movimiento para convencerse. Pero tardó a propósito en agarrar el reloj de bolsillo, porque temía que tuviera que convencerse de que el reloj efectivamente funcionaba. Finalmente sacó su reloj. Fue como si un frío tremendo se hubiera convertido en un calor brillante y resplandeciente: eran las once pasadas. Su tren ya había partido.

—¿Cómo era que se llamaba la mujer que acaba de entrar? —Le preguntó al de al lado.

—¡Es Lydia, Lydia Markowna!

—¡Lydia Markowna! —repitió Brandeis. Se puso de pie y fue a su encuentro. Lydia había entrado despacio y sonriente. Mientras se acercaba a sus amigos, eligió una mesa. Nikolai Brandeis se quedó parado estoico frente a Lydia de manera tal que ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para verle la cara. Ella le dio la mano. Él se movió a la pequeña mesa de enfrente que estaba vacía.

—¡Usted es Lydia Markowna! —dijo, para cerciorarse de que así se llamaba, y como si cualquier otro nombre no le hubiera dado lo mismo.

—Sí. ¿No me conoce?

—Claro que sí. La conozco. Pero no ando preguntando nombres. Solo en casos especiales. Y usted es un caso especial.

Esperó. Ella solo dijo:

—¿Por qué?

—Porque me gustaría —dijo Brandeis—, digo, me gustaría pedirle que mañana no viaje con el resto sino que viaje conmigo, a mi casa.

—¿Qué está pensando? ¿Debería dejar la compañía?

—¿Por qué no?

—Pero… ¿es que no lo sabe? Tengo novio. ¡No puedo dejarlo! ¡A usted no lo conozco!

—¿Quién es su novio?

—Grigori. Está sentado allá.

Brandeis se dio vuelta para mirar. Era el hombre con voz de bajo que había interpretado al primer cosaco en la escena “El jinete blanco”.

Grigori estaba jugando a las cartas.

—Espere aquí —dijo Nikolai.

Le dio al mozo un papel para que se lo llevara a Grigori. En él había escrito:

“Venga enseguida. Se trata de dinero”.

Grigori fue. Miró alternadamente a Lydia, a quien no saludó, y a Brandeis, que no dejaba de sonreírle.

—Escuche —dijo bajito Brandeis—, ¿le permite a Lydia Markowna quedarse mañana? ¿Conmigo?

—¿Para qué me molesta, mi querido? —respondió Grigori —. ¡Pensé que se trataba de dinero!

—Va a recibir dinero. Responda.

Grigori achicó los ojos y miró a Lydia.

Luego, dijo:

—Seguro, ¡si ella quiere!

—¡Grischa! —gritó Lydia, tan fuerte que todos se dieron vuelta. Apoyó su cabeza sobre la mesa y empezó a llorar, la frente contra la placa de mármol, como si no pudiera confiar en nada más que en la piedra y en cosas muertas.

—Venga —dijo Brandeis. Se levantó del sillón. El director se les acercó—. Lydia Markowna los deja. Páguele al señor Grigori dos sueldos mensuales a mi cuenta. ¡Buenas noches!

Era un nuevo Nikolai Brandeis el que ahora pisaba las calles con una mujer. Se fue con ella hacia el estacionamiento.

XII

Sobre Paul Bernheim no hay mucho para decir, salvo que seguía siendo el mismo de siempre.

Empezó a “desarmar”, un quehacer que iba a la par de la “reconstrucción” de la Alemania de aquellos tiempos.

Desarmaba Paul Bernheim. Despidió a las dos mecanógrafas y finalmente también a su secretario. Entregó la oficina que estaba arriba de su departamento y luego el departamento mismo. Le resultaba imposible quedarse como un inquilino promedio en la casa en donde había sido alguien más bien fuera de lo común. Distintos hábitos se desprendían de él como hojas de un árbol en otoño. Aquel mecanismo casi enigmático que hacía que el dueño de la barbería fuera todos los días a la una de la tarde a lo de Paul Bernheim con la brocha, el jabón y la navaja de afeitar parecía frenarse ahora de forma igualmente enigmática. La ley según la cual el encargado sentía los pasos de Paul Bernheim desde el segundo piso y lograba abrir la puerta en el momento preciso se había derogado. Un día, Paul Bernheim vendió su auto y desafectó al chofer. El auto terminó en una compañía de taxis. Parecía que Paul nunca más se animaría a tomar un taxi en la calle por miedo a que le tocara subirse a su propio coche. Se despidió del chofer pagándole una propina que le costó mucho dar y que solo se correspondía con una obligación como último gesto de nobleza. De repente, como si hubieran sido barridos por una catástrofe primaria, sus amigos desaparecieron. Uno podía buscarlos en todos y cada uno de los clubes de juego: no estaban.

La soledad parecía querer estabilizarse como la moneda. Alquiló una única habitación, con la falsa esperanza de que la dimensión de la soledad dependiera de la dimensión de la vivienda. Experimentó por sí mismo que una característica

especial de la soledad es que se siente más en un único cuarto que en tres. Las cuentas le daban mal, como a su madre. Ella tenía una valija con billetes, ¡y él tenía acciones que no le servían para vivir! ¿Por qué no había hecho el negocio de las telas con Nikolai Brandeis? Hoy hubiera sido un hombre rico. ¡La riqueza parecía estar tan cerca! Todavía le quedaban dos mil dólares. Los dos mil dólares que le debía a Brandeis. Era suficiente dinero como para empezar un negocio de cigarros. La diplomacia era la única actividad para la cual había mostrado tener ganas y talento. Después de todo, todavía podía tomar un empréstito por la casa. Pero, como sobre la parte de la casa que se le había legado por testamento había tres hipotecas, el empréstito sin el consentimiento de su madre era imposible. Imposible iba a ser que su madre consintiera. De todos modos, la empresa Bernheim y Compañía se disolvería pronto. La señora Bernheim no lo sabía.

A veces, Paul Bernheim volvía a contar su patrimonio, aunque ya supiera el resultado. Le parecía que podía haber un error y que por un milagro inesperado al sumar obtendría un resultado diferente. Si vendiera sus acciones al valor actual, le quedarían, junto con los dos mil dólares, un poco más de veinticinco mil marcos. Con ese dinero, otra persona, Nikolai Brandeis, sería capaz de ganar un millón en dos años… pero Paul Bernheim era de esos tacaños que consideran que un capital pequeño no es lo suficientemente bueno como para gastarlo.

Los días de primavera eran claros, el cielo pintado de color azul, la calle blanca e impoluta, y las nubes parecían haber sido desterradas de este mundo para siempre. ¡Ay, si tuviera un auto! Pensó Paul. No podía recordar haber vivido alguna vez un día tan

hermoso mientras tenía su propio auto. Sentía que se rebajaba al subir a un autobús o al subterráneo. Por terquedad y con la vaga esperanza de que dichosas venturas podían apelotonarse sobre su cabeza como nubes, dormía todos los días hasta la tarde, aunque la sensatez ordenara levantarse temprano. Si ya estaba vestido y en la calle, el día que ya se inclinaba hacia su final parecía dar sobradas muestras de la inutilidad de cada esfuerzo.

Un par de veces decidió realizar unas visitas por la mañana. Fue a ver a directores de importantes casas editoriales. Llevaba propuestas. Estaba dispuesto a exagerar su patrimonio, a hablar sobre posibilidades de crédito y sus conexiones con Inglaterra, que poco a poco empezaba a creer que tenía. Iba de una casa a otra. Se sentaba en las salas de espera en donde había diarios y revistas de la editorial que eran ofrecidos gratuitamente a quienes esperaran, para familiarizarse con las ideas de la empresa antes de llegar a conversar. Las salas de espera eran cómodas, un poco sobrecalefaccionadas y vigiladas desde altos asientos por administradores de correo vestidos con trajes. Los directores estaban siempre en conferencias. Ya no eran esas conferencias "importantes" que en la época de la inflación Bernheim mismo fingía tener. Estas eran modestas conferencias sin características particulares y, por ende, más importantes, como sucede con esas grandes personalidades que tienen un título pero no lo usan. Se sentó y esperó. Alguna vez lo habían esperado así a él. Ahora comprendía que la sala de espera como institución era el purgatorio del cielo capitalista. No había nada más cruel que estar obligado a tener paciencia, una paciencia que se veía constantemente interrumpida por las señales de alarma

para los mensajeros, por la llegada de nuevos invitados, por la mirada distraída de las revistas, cuyo objetivo es transmitir consuelo, y sin embargo despiertan la desesperanza más profunda. Sucedió entonces que Bernheim abandonó la sala antes de realizar la visita. Y, al escaparse de la charla que ya había perdido todo sentido en la sala, le sobrevino un sentimiento de libertad como si hubiera salido de un manicomio. Ni bien pasó por la puerta, miró a su alrededor, como mira uno cuando se tropieza con un obstáculo.

¡No vengo nunca más a este lugar!

Volvió a lo de su madre.

La señora del consejo militar de contabilidad se había adaptado tan bien como si directamente hubiera nacido en la casa de los Bernheim. Paul la saludaba ahora como se saluda a una tía. La señora Bernheim iba despacito a la habitación de su inquilina para ver si se había olvidado alguna luz prendida, si no había quedado alguna llave suelta en la cerradura del armario cuya pérdida fuera un peligro, si había quedado alguna ventana abierta que invitara a todas las polillas a acercarse a la alfombra o si la pileta del baño de la habitación de la señora del consejo de contabilidad se había agrietado finalmente, algo que la señora Bernheim temía desde hacía una eternidad que sucediera.

—Con la señora del consejo de contabilidad hemos acordado que ella se hará cargo de la suscripción del diario —le contó a Paul—. Hoy hace exactamente un mes empezó a llover en su cuarto, el techo estaba dañado. Según ella, yo tenía que arreglarlo. Pero le dejé bien en claro que la dueña no puede hacerse cargo de los agujeros en el techo. Lo entendió, el techo

fue soldado, pero desde ese momento no llueve más y no sé si el plomero nos embaucó. ¿Podrías ir a revisarlo?

Paul se subió al techo para revisarlo.

Desde arriba pudo ver todo el jardín; ahora que había empezado la primavera, era aún más triste que en otoño, como alguien que con ropa humilde es más triste bajo el sol que bajo la niebla. Paul observó el galpón vacío donde ya no había ningún coche, los establos, en los que relinchaban caballos que no eran suyos, y el perro viejo, que estaba acostado delante de su cucha, sucio y apoltronado, como si él también supiera que ya no quedaba nada más por vigilar, solamente la valija con billetes sin valor de la señora Bernheim.

Una tarde, la señora Bernheim puso a un lado el diario —desde que la inquilina pagaba la suscripción, no se sentía obligada a leer todos los avisos— y dijo de pronto:

—Paul, sabías que ¡estoy leyendo en el diario muchos anuncios de casamientos!

—Sí —dijo Paul, indiferente—, es una consecuencia de la guerra.

—Los jóvenes son inteligentes —siguió la señora Bernheim—, se casan rápido. Eso es saludable y garantiza una larga vida.

Se calló y esperó que Paul dijera algo. Pero Paul parecía estar sumido en un momento de reflexión, escuchaba el tic-tac del reloj, el único que todavía funcionaba en la casa, y el suave viento que hacía crujir las hojas que estaban desparramadas por el jardín desde el año pasado. La señora Bernheim agarró sus

anteojitos, y recién el ruido que estos hicieron al abrirse ubicó de nuevo a Paul en tiempo y espacio.

La señora Bernheim miró a Paul por unos minutos a través de los anteojos. Él sabía que así su madre se preparaba para hablar sobre un “tema serio”, y esperó.

—Tenés treinta años, Paul —dijo la señora Bernheim. La sola mención de su edad le dolió, como si fuera un dolor físico. Pero sí, treinta años habían pasado y él no había hecho nada con ellos. Era como si cada una de las tres décadas, cada año, cada mes, cada día estuvieran apilados a su lado, como una montaña de tiempo, y él estuviera parado ahí de brazos cruzados, chiquito y sin edad—. ¿Nunca pensaste en casarte? —le preguntó la madre de manera un tanto severa, con los anteojitos todavía delante de los ojos.

—¿Dónde están las mujeres? —dijo Paul.

—Las mujeres están, hijo mío. ¡Mirá a tu alrededor!

Se sacó los anteojos de nuevo y los colgó en la cintura, como cuando se envaina una espada.

De casamiento no se habló más. Sin embargo, volviendo en el tren a Berlín, Paul pensó en la sugerencia de su madre. Sí, quizás era momento de casarse. Sí, era bastante fácil casarse. Las precondiciones más importantes eran ser precavido y decidir rápido. Casarse era un camino hacia la grandeza. Resolvió empezar a visitar gente.

En otros tiempos, en sus tiempos de mecenas, conoció a un joven de Timisoara que se hacía pasar por oriundo de Budapest y se llamaba Sandor Tekely. Había llegado a Berlín como periodista y dibujante. Bien podría haber venido como jinete, tipógrafo o

agente político: el destino, que con cierto encanto velaba por algunos jóvenes de Timisoara, hizo que fuera primero a los clubes de juego, luego a los cabarets, de allí a los teatros, dos años más tarde a la filmografía y finalmente de vuelta al periódico. Como miembro del área de prensa y propaganda, había acompañado una vez al Ejército Rojo del dictador húngaro Béla Kun al campo de batalla. Ya se había olvidado hacía tiempo de ese momento y de su actividad allí. Hubiera sido capaz de olvidar un asesinato, años de cárcel y el tifus. Su talento para aprovechar el presente se correspondía con esta habilidad. Era como si la agilidad con la que sabía elegir cada oportunidad favorable en cada situación estuviera relacionada directamente con la falta de memoria, así como la capacidad de un cuerpo sano de fortalecerse en una helada invernal o en el calor del verano está relacionada con la capacidad de sobreponerse rápida y eficazmente a las enfermedades. Sería injusto achacarle falta de carácter a Sandor Tekely. Era desmemoriado, sí, pero también atento. Y así como una mariposa succiona el néctar de las flores, Sandor Tekely se llevaba de cada encuentro social una relación, un contacto y una amistad. Era una de las pruebas más fehacientes del cambio de las sociedades, de la inseguridad de las clases altas y de sus nuevos miembros, de lo fluctuante de los valores sociales y de la desorientación sin límites de las nuevas casas, en las que la arquitectura moderna había inventado "salas de recepción". Despreocupado y solo pensando en hacer relaciones, Tekely revoloteaba de una ama de casa a otra sin notar ninguna diferencia, iba a los bailes de máscaras que en ese año sobrevivían al carnaval, siempre con el mismo traje de

príncipe rococó, a veces de esmoquin y chaleco con sus propias solapas, siempre con una sonrisa formada por labios carnosos y rojos y dientes impecables y brillantes, siempre listo para decirle algo amable a alguien en un primer encuentro y una confidencialidad en el segundo.

Tenía razón Paul Bernheim al pensar ahora en Sandor Tekely. Bernheim conocía la costumbre de Tekely de ir dos veces por semana a comer a un restaurante húngaro para no perder el vínculo con su madre patria. Una vez lo fue a ver allí. Tekely se alegró. Le encantaba que lo fueran a visitar hombres bien vestidos a ese restaurante en el que alguna vez y por mucho tiempo había comido de fiado. En ese restaurante exageraba su confianza habitual. La mezclaba con una alegría efusiva, de la cual uno suponía que el invitado era una personalidad de extrema importancia.

¿Dónde se había ocultado por tanto tiempo Paul Bernheim ("querido, querido amigo")?

¿Y él?

¡No era ningún secreto! En numerosas actividades. Primero, participó de una empresa de avisos que masificó la nueva forma de publicidad de los sellos de correos en la parte superior de los periódicos. Segundo, ayudó en el área de propaganda de una importante empresa filmográfica estadounidense que hacía medio año trabajaba en Alemania. Tercero, puso en marcha junto con un amigo una agencia internacional en todos los idiomas europeos para difundir noticias diarias y comunicados de folletines. Cuarto, se ocupó de los derechos de traducción de autores extranjeros en Alemania y

de autores alemanes en el extranjero. Y finalmente ideó material para teatro de comedia y se lo vendió a conocidos dramaturgos. Algo nuevo le estaba llamando la atención ahora, algo que estaba planeando fundar un hombre llamado Nikolai Brandeis.

—¿Quién? ¿El ruso Brandeis? —repitió Paul.

—¿Lo conoce? —exclamó Tekely y lo agarró a Bernheim del brazo—. ¿Lo conoce personalmente?

—Sí —dijo Paul—, ¿por qué le llama la atención?

—¡No es que me llame la atención, pero esa relación es espectacular!

Y el aprecio fingido de Tekely se transformó en admiración real.

—¡Brandeis, Brandeis! —repitió en el mismo tono en el que antes se solía anunciar una victoria—. ¿No lo sabe? Brandeis es el gran hombre del futuro. Uno de esos hombres que vienen del este y triunfan aquí. Hace medio año que es dueño de una manzana en la Kurfürstendamm. Empezó a instalar negocios de telas y comercios en toda la provincia. Se dice que piensa inundar todo el país de comercios. En cada pequeña ciudad, un comercio. Su lema es: para la clase media. Difunde proclamas para salvarla, fundó un banco y parece que se trajo a una mujer hermosa y extraordinariamente rica de Serbia. Podría ser su hija. Se los ve a ambos en cada inauguración. Dicen que es una princesa rusa que había huido a Belgrado con una joya legendaria. La iba a vender, pero justo en ese momento conoció a Brandeis. ¿Hace cuánto que no lo ve? ¿Podría llamarlo, ya que lo conoce? O mejor, espere: quizás esté mañana en Blanco y Negro.

—¿Qué es Blanco y Negro?

—El baile de máscaras del nuevo club de hockey, ¿no sabía? ¿Quiere una invitación? ¡Aquí, tome! ¿Tiene una pluma? Así la completo con su nombre. Doctor Paul Bernheim, ¿no?

Era una noche fresca y tranquila, el cielo estaba claro como lo está temprano por la mañana, y la luna, tan cerca, tan terrenal, que parecía hermana de la lámpara de arco, grande y plateada. Paul bendijo este encuentro con Tekely. "Tendría que tener un encuentro así un par de veces a la semana. Este joven sabe todo y trae suerte. Todo depende de este Blanco y Negro. O me espera algo decisivo ahí o ya no me espera en ningún lado. Voy a ir a Blanco y Negro. ¡El hockey es un deporte simpático!".

XIII

La gran sala del casino en donde sucedía la fiesta se había transformado en un laberinto. Rincones inesperados entre paredes falsas, palcos y escondites no solo servían para volver invisibles a los invitados que quisieran entregarse a placeres secretos, sino también para protegerlos del miedo permanente ante las sorpresas. Porque no había rincón que no fuera lo suficientemente peligroso como para parecer cerrado, y así y todo contar con una entrada secreta. El diseñador de interiores era un sádico. Paul Bernheim se ubicó cerca de una entrada para poder ver a los que llegaban. Pero Brandeis no llegó. "Debería haberlo imaginado", dijo Paul. "Como si este Sandor Tekely no me hubiera engañado antes". Estaba triste y amargado. En esta fiesta del club de hockey, todos se reconocían entre sí, aun estando disfrazados. Era de esperar que uno ya supiera con qué

disfraz iba a venir el otro. Todos los presentes compartían un sentido tan fuerte de pertenencia que miraban a los pocos y perdidos extraños, seguramente todos invitados por Tekely, con la sorpresa y un poco de rabia con la que se mira a un intruso. Sobre dos estrados enfrentados, los músicos estaban eufóricos. No descansaban. Cuando una banda terminaba de tocar un tango y empezaba a asomar un tímido minuto de silencio, la otra banda se abalanzaba sobre él con un jazz y lo aplastaba entre la batería y el saxo. Las parejas bailaban sin parar. Paul no veía posible que en esta fiesta cerrada, disfrazada, se topara con ese acontecimiento crucial que había deseado toda la tarde. Llevaba puesta una capa negra veneciana, que para él era equivalente a un encuentro con un acontecimiento crucial. Pero no sucedió.

Mejor dicho: aparentemente no sucedió. Porque una chica disfrazada como mujer del harén, con una faja dorada que le tapaba los pechos y una cinta azul turquesa alrededor de la frente, pantalones anchos blancos ondulantes y sandalias azules con hebillas doradas, agarró a Paul Bernheim y lo llevó a uno de los rincones con esa violencia suave que usan las mujeres que tienen una vida respetable y que dan la impresión de que lo único que quieren es imitar los movimientos de una prostituta de una ciudad portuaria. Eran casi las dos de la mañana, Bernheim ya no esperaba nada decisivo. Así que se entregó al placer lacónico de arrimar hacia él el cuerpo de la chica. Ella quiso tomar algo, y él se levantó para traer una copa de champán —porque en el buffet el champán se servía en copa—. Sintió que los esfuerzos de ella, su excitación ligera, se potenciaban.

¿Para qué servía una fiesta de disfraces? Me aburro, pensó ella. Todos me conocen y no se animan ni siquiera a hacer alguna broma. Este joven es un extraño. No creo que sea más inteligente que el resto, pero tiene la ventaja de que no me conoce.

Entonces, ni lenta ni perezosa, le dijo que se estaba aburriendo. Se quejó de los hombres tímidos que ya conocía por el nombre de pila o incluso por el apodo. Avivó la ambición de Paul, y él recordó los tiempos felices de su primera juventud cuando, despreocupado y con la mira en Oxford, había llevado a las chicas de su ciudad hasta el punto de no atenuar su nubilidad. Así y todo, en comparación, había sido una época casta, pensó. En aquel entonces, ninguna chica me hubiera tratado de manera tan franca como ella, menos en fiestas de disfraces. La tendencia constante a clasificar inmediatamente a cualquier extraño, sin importar el sexo, por clase social —algo que seguramente había heredado de su madre— lo llevó a concluir que, por sus comportamientos, ella no pertenecía al círculo de gente al cual solía llamar “el mejor de todos”. Y, como ese tipo de hombres que calculan la capacidad de resistencia de una mujer de acuerdo a los ingresos del padre, decidió acercarse tanto como la soledad y la oscuridad del lugar se lo permitieran.

Ella lo seducía rechazándolo. La armadura se iba relajando. Sus intentos se habían vuelto tan osados que entró en ese estado en el que se olvidaba de la cara de la mujer, de su individualidad, y solo reconocía la cercanía del otro sexo. De pronto, un ruido lo sobresaltó. Un príncipe con traje rococó había pasado por allí y dicho su nombre en voz baja. Le pidió a la chica que esperara y siguió al príncipe. Era Sandor Tekely.

—¡Lo felicito por su conquista! —dijo Tekely.

—A mí también me parece que es linda —contestó Bernheim no muy amable, porque lo estaba molestando y porque ayer Tekely le había prometido que hoy sucedería algo importante y completamente diferente.

—Claro que es linda —dijo Tekely—. Pero eso no es lo principal. Usted sabe quién es.

—¡Ni idea!

—No hace falta mentir, querido amigo. Usted sabe muy bien que ella es Irmgard Enders.

—Enders… ¿de las fábricas químicas?

—Sí. Vuelva con ella, rápido.

Paul Bernheim se apuró para volver. La señorita Enders lo había esperado. Pero no lograba entender qué le había pasado a este hombre, estaba distinto. Porque Paul, ahora que sabía el nombre de su compañera, no era capaz de tocarle ni siquiera la mano. Y así como antes su cara le daba igual, ahora le parecía que saber cómo lucía era lo más importante.

—Ay, te volviste aburrido —dijo con razón la señorita Enders. Quería levantarse.

Él la retuvo con fuerza. Una vez más bendijo a Sandor Tekely. Empezó a contarle cosas. Lo mejor siempre era, al menos, mover la lengua, porque tenía las manos paralizadas. Sentía que su vida dependía de esta chica y que de ningún modo podía parecer aburrido. Con el respeto hacia la industria química, que en los hombres como Paul Bernheim reemplaza toda capacidad de atención y estima y determina toda valoración y criterio; con el respeto hacia la química, mágica como sus fórmulas, grande

como la creencia de los devotos, la lealtad de monárquicos fieles a emperadores y reyes y la veneración de los pueblos hacia los muertos: con ese respeto, empezó a observar ahora Paul Bernheim a la señorita Enders, a hablarle, a cortejarla. Todo el tiempo tenía miedo de que su misión fallara. Ya no podía volver a la naturalidad de antes. La deseaba. Le había gustado. Pero se movía tembloroso entre el miedo de ofender la imagen de la majestuosidad de la química, que llevaba en lo más profundo de su corazón, y el deseo de tenerle tan baja estima como para poder recuperar la libertad que se necesita tener ante las hijas de importantes hombres.

Se volcó de lleno a contar cosas, como de costumbre (tenía la capacidad literaria de mentir), y contó enrevesadamente experiencias suyas y de otros, bromas propias y robadas, anécdotas, y en un cuarto de hora había resurgido el viejo Paul Bernheim, el engatusador, el diletante y el especialista en historia del arte. El azul del antiguo parpadeo de su juventud, que parecía haberse desgastado un poco por la coyuntura inflacionaria, volvió a brillar tanto que incluso a pesar de la oscuridad la señorita Enders no pudo evitar notarlo. Enfatizaba las historias de manera tal que, como las reales y mitológicas flechas del amor, si no llegaban al corazón de la chica al menos llegaban a su imaginación. Y le salía tan bien quedar casualmente como el héroe de sus historias que hasta su jactancia tomaba la forma de la humildad. Estaba en su mejor momento. No se olvidó de imprimirles otras consecuencias a historias que demostraban su valentía, hacía aparecer sus temores más humanos para que la señorita Enders, que ya estaba maravillada con la valentía

inmediata de la acción, empezara a apreciar también la sinceridad. Ella estaba entretenida en compañía de Paul. Como había deducido de sus relatos que había estudiado en Oxford, supuso automáticamente que tenía algún parentesco con la aristocracia inglesa, la única que de vez en cuando era capaz de impresionar a los popes de la química. Cuando se enteró de que tenía un nombre tan simple como “Paul Bernheim”, porque él evitó decírselo, el joven le pareció enigmático, algo que para las chicas jóvenes vale más que ser inglés y aristocrático. La iba a pasar a buscar un gran amigo de su familia, pero prefirió que fuera Bernheim el que la acompañase. El coche de la señorita Enders, que la esperaba en la esquina de la calle, y el chofer con un perfil de lacayo de raza antigua perfeccionado por la técnica colocaron a Paul en un deleite tal que a los amantes de siglos anteriores solo la visión de una liga en las piernas de una mujer era capaz de arrancar. Y le agarró un vértigo cuando encontró en el coche, envuelto en mantas de lana, un galgo inglés, un perro que olía a Oxford y a césped inglés. Con un esfuerzo que le sacó el aliento, superó a último momento el amor entrañable que le tenía a la clase social de la señorita y afortunadamente, delante del hotel Adlon, encontró la fuerza y la compostura suficientes para rodear con el brazo el hombro de la chica por escasos tres minutos. Justo había recordado que el contacto físico es lo último que se olvida.

Así fue. Paul Bernheim se convirtió en el primer hombre en impresionar a Irmgard Enders. No contaban los dos maestros particulares, que cuando ella tenía dieciocho años habían adquirido la costumbre de interrumpir las lecciones durante las

tardes de verano húmedas y apasionantes y en el jardín de la casa mantenían con ella relaciones amorosas. El contacto físico de los empleados domésticos, separado de sus personalidades, se efectuaba de forma independiente y tenía un lejano parecido con los servicios por los que se les pagaba. Los demás habían sido compañeros inofensivos, jugadores de tenis y nadadores de verano, montadores de trineo de Arosa y bailarines de Charleston. Pero este Paul Bernheim había conocido el mundo, debe haber vivido muchas cosas, tendrá un trabajo peculiar, sobre el cual no preguntó porque le pareció desubicado, conocía a gente peculiar y buenas compañías, hablaba sobre caballos y automóviles y tenía una cara simpática —a Irmgard le parecía simpática—.

Con el disfraz todavía puesto, Irmgard se paró de nuevo frente al espejo. Le gustaba lo que veía. Estaba acostumbrada a que le gustara. ¡Sus piernas no estaban nada mal! ¡Para nada mal! Los huesos eran demasiado grandes si se los comparaba con el tamaño de las pantorrillas, y se veían frágiles porque ahora tenía puesto un pantalón. Por lo demás, estaba impecable. El pecho, quizás, un poco alto. Pero para eso estaban los hombros al descubierto, lo suficientemente firmes, blancos y excitantes como para olvidarse de los pechos. El vientre ni se notaba. Caderas encorvadas, quizás por andar mucho a caballo. Manos fuertes por jugar al tenis, pero largas, los dedos bien proporcionados. La cara blanca opaca, la boca demasiado pequeña para su gusto, porque los dientes eras demasiado grandes. Debajo del mentón, en paralelo, una arruga alevosa —¿qué era eso? ¿A los veintiún años?—. A lo mejor era porque tenía esa mala costumbre de

hundir mucho la cabeza cuando leía. No era para nada necesario ponerse a leer.

Pasado mañana, cuando su tío Carl la pasara a buscar, iba a comentar algo sobre Paul. ¿Podía ser que él conociera su nombre? Gracias a Dios ya no tenía padres. Sus compañeras Lisa, Inge y Hertha no tenían tanta libertad. No podían disfrutar del auto, del chofer, del perro y de las fiestas de disfraces. Evidentemente no eran personalidades. Irmgard —¡cómo odiaba ese nombre, resabio de generación de preguerra!—, ella, Irmgard, sin embargo, ¡Irmgard sí era una personalidad! Podía encontrar a un hombre por su cuenta. Tenía un gusto magnífico. Era capaz de ser dura, desestimar los sentimientos, y si ser aún prácticamente virgen la perturbaba un poco, Irmgard sabía que este error daba más testimonio de la cobardía de los hombres que de la suya.

Se fue a dormir contenta y soñó con algo típico de su generación: iba viajando en un auto deportivo de alta gama, angosto y gris, y esas cosas. El sueño se esfumó justo cuando pasaba por delante de las primeras casas de un pueblito y se sumió en otro sin imágenes ni estorbos que duró hasta las once de la mañana.

XIV

El tío de Irmgard, el señor Carl Enders, llegó recién el domingo, en lugar del jueves como estaba previsto. Cuando su mujer planteaba alguna duda sobre la seguridad de Irmgard en Berlín, el señor Enders decía: “¡No conocés a Irmgard! ¡Seguís viviendo en tus tiempos! ¡No entendés a los jóvenes de ahora!”. Él

veneraba el progreso, la juventud, los nuevos descubrimientos, la velocidad y el deporte. En estos tiempos se sentía a gusto, y conservaba la juventud y la salud solo para poder experimentar una salud más nueva aun. Cuando en una de las revistas de ciencia popular, a las cuales estaba suscripto y leía con lascivia oculta como si fueran pornografía, se encontraba con la predicción de un eclipse solar total en Europa central hacia el final del tercer milenio, lo estremecía saber que era imposible vivir mil años. Y cuando uno lo observaba no entendía realmente por qué un hombre como él no sería capaz de ser inmortal. Sus ingenieros y sus asesores, sus químicos y sus ayudantes, sus capataces, sus cajeros y sus secretarios trabajaban para él, aun cuando él mismo estaba ocupado todo el día, aun cuando amaba su profesión y poder hablar de ella. Trabajaba mucho, pero en vano. Los filósofos del mundo, los poetas y pensadores, los inventores y descubridores pensaban por él y le entregaban a su cerebro el alimento necesario. Para complacerlo, los aviadores cruzaban el océano, los ávidos de récords daban la vuelta al mundo en bicicletas, trineos y botes, investigadores perecían en el mar Ártico, acróbatas se rompían el cuello haciendo un triple salto mortal. Al final de cada año, leía con entusiasmo el número total de accidentes y siempre le echaba la culpa al peatón que había sido atropellado. Lentitud y falta de ingenio eran para él un delito contra la velocidad que veneraba. A él le gustaba atrasarse, hablaba sobre banalidades, presidía numerosas conferencias, viajaba de ciudad en ciudad, se detenía en los museos, coleccionaba minerales, iba a conciertos de música moderna, financiaba edificios residenciales y comerciales y teatros donde

los directores hacían sorprendentes experimentos. Antes de la guerra era un acérrimo partidario de Guillermo II… durante la guerra fue anexionista, no tanto por convicciones políticas sino más bien por la predilección hacia las catástrofes. Luego del golpe se convirtió en uno de esos conservadores demócratas que solo existen en Alemania: pueden ser patriotas y cosmopolitas, sentirse honrados en compañía de un príncipe y sonreírle compasivamente, reconocer el socialismo y considerarlo utópico, construir hogares para trabajadores y declarar un *lockout* patronal, tener amigos judíos y cargos *ad honorem* en organizaciones antisemitas, votar por un partido conservador e incluso ser elegido como miembro y alegrarse por un triunfo de la izquierda, rechazar el bolchevismo y amar los soviets rusos.

Irmgard, que conocía bien a su tío, debería haber sabido que un hombre con tantos talentos y negocios no iba a llegar a la hora estipulada. Ella creía en la necesidad de sus actividades, de sus viajes, de sus aficiones. Y siempre que se atrasaba culpaba a la consecuencia de algún impedimento sorpresivo. En eso se parecía a su tía. Cuando el señor Enders llegó ese domingo, encontró a una —a su manera— enamorada Irmgard. Entretanto, ella se había juntado ya tres veces con Paul Bernheim. Una vez para el té de las cinco, otra de excursión en auto sin destino concreto y la tercera se habían ido a pasear, sin ningún apuro, felices, en lugar de jugar al tenis como habían planeado. Al día siguiente, iban a montar a caballo.

Para demostrar que conocía a la juventud y que reconocía esos delicados síntomas en su sobrina, el señor Enders dijo:

—Alguien está enamorada… ¿no es cierto?

Irmgard, para quien su tío estaba chapado a la antigua tanto como él se consideraba moderno, se ofendió por la expresión “estar enamorada”. Describía un estado que no parecía corresponderse con los jóvenes de hoy. Repitió:

—¿Enamorada? —Y después de un rato agregó—: ¡Quizás solo esté lista para casarme!

—Bueno —dijo el señor Enders—. Me alegro de que seas lo suficientemente moderna como para no confundir amor con casamiento. Porque ya sabés que no te podés casar con cualquiera. Pero te podés enamorar de cualquiera.

—¡Soy independiente, tío!

—¡No en este asunto!

Carl pensó en todos los hombres que se habían presentado ante él para casarse con Irmgard. Habían sido hombres de diferentes categorías, artistas que él patrocinaba y que de entrada le habían parecido ineptos, porque para él la representación del arte estaba unida a la impotencia sexual. No se daba cuenta de sus prejuicios porque se repetía constantemente y demostraba o creía demostrar que no los tenía. “No tengo nada contra los pobres”, solía decir. “Bien sabe Dios de mis intentos de relacionarme con los pobres igual que con los ricos. Pero al fin y al cabo no puedo, no podés, hacerlos entrar a la familia así como así. ¡Si fuera un genio, alguien extraordinario, bueno! ¡Un Eckener, digamos, un Einstein, por mí incluso un Lenin! ¡Un muchacho!”. Y, como ninguno de los pobres que se le acercaban eran “muchachos”, los mantenía lejos.

Por mucho tiempo, había pensado en juntar a Irmgard con un descendiente de la alta aristocracia al cual él patrocinaba,

invitaba, hospedaba y alimentaba. Ayudó a fundar unas revistas que difundían la unión de Europa y otras que se preparaban para una nueva guerra. Y estaba suscripto a todas. Pero un instinto más poderoso que cualquier buena disposición y filantropía, porque era el instinto de la aseguración de los bienes, lo protegía de la idea de tener un vínculo familiar con alguno de los amigos pobres. Irmgard tenía que casarse con un hombre extraordinariamente rico. Un propietario de familia antigua o un joven industrial. El señor Enders no sabía que entre la riqueza y la pobreza existía una condición que al menos no tenía necesidades materiales. Hombres que tuvieran un ingreso anual de menos de medio millón calificaban como pobres. Y cuando a veces lograba imaginarse "la pobreza" veía caras espantosas: niños con sífilis, mujeres tuberculosas, colchones pelados, plata empeñada. "Así vive la clase media hoy", solía decir. Para él, los directores de sus fábricas pertenecían también a la clase media. Pensaba que el proletariado tenía cómo mantenerse. Primero, gracias al socialismo; segundo, no necesitaban nada; tercero, existía la asistencia social.

—Solo te pido que no te cases con ningún clasemediero —le dijo a Irmgard—. De la miseria no se sale nunca más. —Su preocupación era real. La nuca roja, las mejillas firmes, toda su robustez se ponía al servicio de ella. A Irmgard le parecía que se veía raro cuando se preocupaba. Se rio.

Sabía que con su tío no iba a ser fácil, y su simpatía hacia él se transformó en un desprecio que tenía que ver también con sus características físicas. Su salud robusta le parecía repugnante; su pasión constante por el progreso, hipócrita.

Luego de mirarlo callada por unos segundos, se le vino a la mente la palabra “ricachón”.

Aquella tarde en la que fue a tomar el té al hall del hotel con su tío y Paul estuvo alternadamente irritada, cariñosa, hostil y falsa. Incluso perdió la simpatía por Bernheim por unos segundos solo porque le hablaba a su tío de manera agradable. ¡Si hubiera sabido que Paul lo único que quería era caerle bien a su tío! Pero ella no conocía a los hombres.

¿De qué hablan dos hombres, si uno es un fabricante de productos químicos y el otro solo quiere “trepar”? De arte. Paul Bernheim brilló, como siempre. Uno podía llegar a creer que él mismo coleccionaba cuadros. ¿Quién le hubiera dicho hace una semana que estaría hoy tomando el té con Carl Enders? El mundo era otro. ¿Por qué se había ido del departamento grande? Ahora tendría la oportunidad de poder dar una pequeña cena en su hogar. Eso hubiera dado una impresión completamente diferente.

—Usted es coleccionista —preguntó afirmando el señor Enders, no sin intenciones de averiguar sobre la vida del joven.

—Mi padre lo era —mintió Paul. Y el hijo tuvo que vender los cuadros, pensó el señor Enders. Pero dijo otra cosa:

—¿Hace mucho que murió su padre?

—Antes de la guerra.

—Seguramente usted fue reclutado.

—¡Regimiento de Dragones! Contestó triunfante Paul.

Familia empobrecida entonces, se dijo a sí mismo el tío. Y en voz alta hizo una observación:

—La inflación y la guerra arruinaron a muchas familias. Por eso muchas son ahora de clase media. A menudo es posible

ver el triste estado actual de la *intelligentsia*.

—Muchas se enriquecieron también —dijo Paul.

—Sí, son los nuevos ricos. —El tío pronunció estas palabras más con la comisura de los labios y no tanto con la lengua. Bastaba con decir algo sobre los nuevos ricos para que el señor Enders se pusiera de mal humor. De todas las clases de personas cuyos abuelos ya habían sido "los nuevos ricos", despreciaba más a los que recién ahora pasaban a serlo. Cuando hablaba sobre su abuelo, el fundador de la dinastía Enders de la química, le decía "el hombre que empezó con diez dedos". A los que hoy hacían algo parecido, Carl Enders los llamaba "los que empezaron con el codo". Como si el codo fuera una parte despreciable del cuerpo y los dedos, aristocráticos. Para ser merecedor de la opinión del hombre de la industria, Paul empezó a contar una de sus anécdotas en las que el héroe de aquel tiempo era el popular Advenedizo y que siempre empezaban con la misma frase: El señor Advenedizo va a escuchar la *Novena Sinfonía* o *Wallenstein* en el teatro municipal o cualquier otra institución cultural que los antiguos ricos conocen bien. Al señor Enders le encantaban las anécdotas, como a la mayoría de los hombres lozanos. Podía reírse honestamente con cada chiste, porque era olvidadizo y no le afectaba escucharlo diez veces.

Irmgard se había quedado callada, ofendida. Para no perder la simpatía por Paul, que ya se había convertido en parte fundamental de su amor propio, transformó el desprecio por lo malo de sus chistes en admiración por la capacidad de conversar con su tío. El señor Enders se despidió con la sospecha de que Paul Bernheim pertenecía a la *intelligentsia* pobre. Así y todo,

invitó al gracioso joven a la casa central de Enders en D., una ciudad en la región del río Rin. En una semana Paul debía llegar a D. Tenía en claro que en esa semana necesitaba conseguir un puesto de trabajo, y no cualquiera. ¡Debería haberse quedado con Brandeis!

Para Paul Bernheim ahora era evidente que su objetivo estaba delante de sus ojos. Por supuesto que podía ir a lo de Brandeis. ¿Y después qué? Devolver los dos mil dólares y esperar una charla fructífera. Quizás Brandeis le hiciera una propuesta.

Por primera vez en mucho tiempo, Paul Bernheim se levantó temprano. Era un jueves, lo que para él era "un buen día". Creía recordar que los jueves siempre le habían traído suerte. Incluso desde que iba a la escuela. Los asuntos que más le interesaban sucedían los jueves. El examen final del colegio lo había aprobado un jueves, y había viajado un jueves a Oxford. Y hoy era jueves.

El sol brillaba. Ni una nubecita en el cielo. Nada de polvo. Nada de viento. Todos los taxis en la parada tenían sus puertas abiertas. Quería tomar uno y no perder en la aglomeración del subterráneo la energía que necesitaba. Se subió como en viaje hacia la felicidad.

Pero en la calle Köpenicker, frente a la extensa manzana en donde desde hacía unos meses estaba la empresa de Brandeis, tuvo miedo. Un miedo que nunca antes había sentido. Si no lograba nada ahora, no quería ir nunca jamás a D. Pensó en la excusa que le escribiría a Irmgard. Empezar a delinear esa carta lo alivianó un poco. Lo distrajo de sus pensamientos durante el siguiente cuarto de hora. Su mente se perdió imaginándose su

propio colapso total para lograr alivianar el miedo, que era mucho más insoportable.

El encargado lo invitó a usar el ascensor, pero él se negó. Mientras subía lentamente los escalones, los iba contando. Si daba número par, todo iba a salir bien. Cuando llegó al primer piso, el número era impar. Sus pies se quedaron inmóviles. Por suerte, vio un cartel que decía que la dirección se encontraba en el segundo piso. Por miedo a que le diera otra vez número impar, dejó de contar.

Atravesó una sala enorme, inquietantemente soleada, en la que había unos cien escritorios con gente trabajando. Una sala de trabajo como las estadounidenses. En las cuatro paredes, relojes eléctricos gigantes como en las estaciones de tren. Un crujido constante de papeles. Un murmullo silencioso de teclas de máquinas de escribir modernas. Un cuchicheo que provenía del conteo de jóvenes que se encorvaban para escribir números sin parar, manipulando reglas. Las paredes, peladas; las ventanas, grandes, desnudas, sin cortinas. A Brandeis le encantaba que sus visitantes atravesaran la sala.

Paul Bernheim se tranquilizó cuando le dijeron que Brandeis estaba en una de esas tan “importantes conferencias”. Implicaba esperar una o dos horas más. Mejor. Tengo tiempo para calmarme.

Pero después de unos minutos lo fueron a buscar.

Brandeis estaba sentado en un cuarto pequeño, oscuro. Al principio, quienes ingresaban allí luego de atravesar la dolorosa claridad no veían nada. Sacó del armario un coñac y dos vasos, cigarros, cigarrillos, fósforos. Colocó todo delante de Bernheim

con cautela, como si sus grandes, robustas y peludas manos, la mesa, la botella, los vasos y las cajitas fueran de terciopelo.

Llenó los dos vasos.

Bernheim tomó de un solo trago. Se enojó porque Brandeis solo daba sorbos.

—Tomo muy despacio —dijo Brandeis.

—Tengo una antigua deuda —empezó a decir Paul.

—El monto es tan bajo —lo interrumpió Brandeis— que sería un despilfarro hablar sobre eso. Tengo que pedirle disculpas. Debería haberlo visitado. Puede que haya creído que estaba evitando encontrarme con usted. ¡Para nada! Sucedió que tuve que reglamentar y aumentar el volumen de mis negocios. Estuve muy ocupado. Me alegra que haya venido a visitarme. Pero espero que ese monto irrisorio no haya sido el motivo.

—No, señor Brandeis. Le soy sincero: vine a pedirle algo.

—Me honra.

Hubo una larga pausa. Ninguno de los dos se movía. Se escuchó un pájaro trinar a lo lejos. Los ojos de Paul se habían acostumbrado a la habitación en penumbras. Podía distinguir el rojo oscuro de las alfombras y el marrón tostado de la madera de la puerta a su izquierda. No era la misma por la que había entrado. El crepúsculo venía de las persianas oscuras detrás de las ventanas que, sin embargo, estaban abiertas. Un suave viento entró en la habitación.

Ahora parecía imposible empezar de nuevo. Brandeis agarró la botella para servirse.

—Perdí la mayor parte de mi… de nuestro patrimonio —retomó Paul—. Tengo que buscarme una ocupación. Solo me

quedan veinticinco mil marcos.

—No es poco —dijo Brandeis. Pero a fin de cuentas depende de cómo se lo considere. Puede ser mucho o poco. Para usted, probablemente es poco. Podría darle el consejo, darle un consejo…

—No, señor Brandeis, ya es demasiado tarde. Necesito poder contar esta semana con un puesto de trabajo, un nombre, una posición.

Brandeis volvió a dar sorbos. Luego miró dentro del vasito. Y, como si hubiera leído el futuro, preguntó despacio:

—¿Acaso usted se quiere casar? —pronunció esta palabra muy suavemente, alargando la última *a*.

Paul asintió.

—Bien, señor Bernheim, voy a buscarle un puesto.

Paul se levantó. Brandeis lo acompañó hacia la puerta. Le extendió la mano.

—¿Puedo saber el nombre de la dama?

—No estoy comprometido —dijo Paul, titubeando. Tenía miedo de soltar la mano del apretón suave y cálido de Brandeis—. Pero le pido discreción. Quisiera cortejar a la señorita Enders.

—¿Enders, química?

—Exacto.

—Le escribiré.

Paul se fue. Brandeis, en uno de los papelitos bien cortados, cuadrados y brillantes de su escritorio que parecían láminas de obleas, escribió: “Enders-Bernheim”.

Paul entró a un restaurante. No pudo comer. Tenía que mantenerse en el mismo estado en el que se encontraba antes de visitar a Brandeis. ¡Quién sabe cuánto tiempo tardaría Brandeis en responder! Los días y las noches siguientes iban a ser tóxicos; en estas horas le hubiera venido bien un amigo, un hermano, una madre. Imposible volver a casa. Quedarse en la calle. Mejor. Vagar como un indigente.

Por primera vez, Paul Bernheim vislumbró el límite de su patrimonio. Se vio sin hogar y siendo arrastrado indefectiblemente hacia las peligrosas orillas de la pobreza. Hasta este momento, había estado rodeado por el infinito océano de la riqueza. Ahora le alcanzaba saber la magnitud exacta de su patrimonio para distinguir su fin. Por un rato, tuvo en claro que sus esperanzas, su talento extraordinario, su encanto y su seguridad eran consecuencias de su protección material, frutos de la riqueza como las plantas en el jardín de la casa de su padre. Era como si, a través del encuentro con Irmgard y su tío y la perspectiva de nupcias con la industria química, Paul Bernheim se hubiera dado cuenta por primera vez de cuán amargo era ser dueño de una pequeña suma en este mundo. Sus veinticinco mil marcos parecían perder valor solo con sentirse cerca de la cantidad descomunal de dinero de la casa Enders. La visita a Brandeis lo había deprimido. Porque claramente Paul Bernheim era de esas personas a las que no se les caen los anillos al rogar por amor o amistad, pero sufren la pérdida total de su dignidad cuando tienen que pedir un favor material. Personas para las que, entre los valores que en su juventud habían clasificado una vez y para siempre, el dinero ocupaba un lugar más alto que el corazón

y la vida. Les costaba más recibir dinero prestado o regalado que una donación de sangre para poder seguir viviendo. Sí, Paul estaba empezando lentamente a odiar a Brandeis, con ese odio que reemplaza la gratitud y toma su nombre y su cara.

Paul Bernheim reconoció su rostro entre las caras de los muertos sin nombre de la policía. Recordó aquella noche en la que, por diversión, se había hecho arrestar y había subido a un camión. Fue su primer encuentro con el otro mundo, el mundo nocturno, sin ley, sin patria. Su propio futuro adquirió los rostros desahuciados de los muertos desconocidos. A veces, cuando era chico jugaba a infligirse su propia muerte sosteniendo un afilado cuchillo delante de su pecho desnudo, por vanidad y con la esperanza de que su fin causara un alboroto en su casa, en la ciudad y en el mundo. Ya podía escuchar el lamento de sus padres, el obituario del maestro, las conversaciones tímidas y respetuosas de sus compañeros.

La compasión estremecedora que había sentido en aquel entonces lo volvió a asaltar. Quería llorarse y ser llorado. Un tierno sentimiento de camaradería lo llevó a acercarse a los mendigos de la esquina y a los hombres que se veían perdidos, hambrientos, sin techo, desahuciados. Ni por un momento se le ocurrió que tan solo dándole una décima parte de su patrimonio a cada uno de sus recientemente adquiridos nuevos amigos los hubiera vuelto ricos y sin preocupaciones. Para Paul Bernheim no existían diferencias entre el mendigo que pedía limosna y un hombre que, para casarse con una millonaria, había ido a visitar a Brandeis en busca de una "posición social".

Quería irse a su casa con la vaga determinación de hacer algunos preparativos para algún final. Se imaginó que sería bueno sacar el revolver del cajón, ordenar la correspondencia, incluso escribir una carta y realizar todos los actos y maniobras típicas de un candidato a suicidarse. Se alegró al pensar en lo clandestino de esa hora en la que, según la tradición, uno se para delante del escritorio y le dice adiós a la vida. Una hora de clara dulzura y reflexión melancólica que recuerda a esas noches de invierno delante del fuego de la chimenea como única fuente de luz.

Se paró nuevamente delante de su departamento y vio a través de la hendija del buzón una carta que brillaba. Tardó en abrir el buzón. Todavía le parecía que no había pagado todo su tributo a la melancolía. Todavía no había saboreado la agonía voluntaria hasta el final. Es cierto que no creía realmente en la muerte definitiva. Pero personas como él sienten a veces la necesidad de exagerar su desdicha, no quieren que se las moleste o se las consuele. Es como si alguna clase de justicia las obligara a expiar la culpa de la vida despreocupada que se podían permitir; como si el destino les deparara esas "crisis" para, al menos, conocer una necesidad que solo en sus fantasías se les podía ocurrir. A Paul Bernheim le hubiera gustado estirar lo más posible su sufrimiento, acercarse tanto a la muerte definitiva que su salvación solo pudiera ser obra divina o tuviera que parecerlo. Esta carta, de la cual temía que efectivamente fuera su salvación, había llegado demasiado pronto, todo era demasiado simple y ordinario. Esta carta ponía fin muy rápido a su crisis. Se había dado cuenta de que algo había obtenido al ir a ver a Brandeis. Su

casamiento, su vida y el futuro entero, de cuya grandeza y esplendor no dudaba, existirían gracias a este Brandeis. Y quizás solo por eso, es decir: por vergüenza, orgullo herido, vanidad ofendida, era que se había refugiado en los pensamientos sobre la muerte. ¡Pero incluso su orgullo y su vanidad no eran características suficientes como para que Paul Bernheim eligiera una muerte voluntaria por sobre una vida en dependencia! ¡No! Alcanzaban justo para la melancolía de un estado de ánimo suicida.

Pero parece que a la gente de su clase no se le concede ni una vez el derecho a tener una desdicha imaginaria. Parece que el ángel de la guarda de los Bernheim vigila que las grandes necesidades y los grandes placeres se mantengan lejos de sus protegidos, que pasen sus vidas en tibias burbujas en las que los inviernos son templados y los veranos, frescos, y en las que las catástrofes toman el aspecto de leves ofuscamientos. Paul Bernheim nunca experimentaría el abandono de la alegre bendición que había reposado sobre su padre, su casa, su infancia, su juventud, su Oxford y sus talentos. Una plácida dicha lo mantenía cautivo. Nunca podría escaparse de ese lugar en el que uno tiene disfrutes en lugar de disfrutar, vive alegrías en lugar de alegrarse, lo persigue la mala suerte en lugar de ser desdichado y en donde la vida es tan fácil porque uno es un ser vacío.

Abrió el buzón. Era una carta de Brandeis. Le comunicaba que se alegraba mucho de recibirlo como uno de los directores de su empresa. Me necesita, dedujo Paul, porque espera poder relacionarse con Enders. No le importo yo ni mi energía, que

según él es valiosa. Voy a ser su instrumento, así de simple. ¡No quiero!

No entró en su habitación, se dio vuelta, la carta en la mano. Pero, una vez en la calle, la carta empezó a causar un tenebroso efecto. La carta disipó y expulsó la sombra de la muerte bajo la que Paul Bernheim se había arrastrado todo el día. Indiferente como de costumbre pasó por delante de los mendigos y desahuciados. Ya no eran sus compañeros en desgracia. Fue hacia el hall de un gran hotel, como le gustaba hacer. Se imaginó que ese era el único lugar en el que se podía ser infeliz con dignidad. Mientras se deslizaba en el sillón de cuero ancho y crujiente, se convencía de que ahora tenía que pensar bien cómo rechazar la propuesta de Brandeis y empezar a buscar por otro lado. Pero, cuando el mozo se paró delante de él, Bernheim empezó a creer que estaba venciendo al destino. Sí, mientras hacía su pedido —whisky con soda, la bebida de la seguridad, del buen vivir cosmopolita, de la eficiencia anglosajona—, Paul Bernheim tuvo la sensación de haber triunfado, como si el afán de servicio del mozo diera cuentas del servilismo del mundo. En este hall, en donde los viajantes que circulan son ricos, están ocupados y llevan maletines que parecen estar llenos de infinitos billetes, Paul creyó reconocer su legítimo hogar. No había pasado ni media hora desde que había hecho los preparativos para suicidarse. Ahora no entendía su desesperación. Sí, había vencido a Brandeis. Admiraba su propia astucia. Nadie más, se decía a sí mismo, habría persuadido a Brandeis, uno de los hombres más inteligentes del mundo. Así como admiraba su propia astucia, no dudaba en reconocer la inteligencia de Brandeis. Se olvidó del

miedo con el que había ido a visitarlo. Se olvidó de que había contado los escalones. Ya no pensaba que Brandeis lo podría usar. Y, cuando hundió el primer sorbete en el whisky, Bernheim tenía de nuevo su antigua cara, arrogante y aburrida, coqueta, moderna, el pelo suave y tieso peinado sobre la frente y los bellos ojos verdes que apuntaban al aire y a un futuro victorioso.

Había soportado su imaginaria sentencia de muerte en silencio. Pero no era capaz de festejar solo su imaginario triunfo. Extrañaba al doctor König. El doctor König había sido un rival encantador, un público ideal. Pero hacía meses que estaba desaparecido, desaparecido en Berlín, donde seguramente todavía estaba y donde es posible hundirse como en la arena del desierto. Paul Bernheim decidió volver a buscar a Tekely. Después de todo, el encuentro con él había estado colmado de bendiciones. Partió hacia el restaurante húngaro.

El lugar habitual de Tekely estaba detrás de una mampara, pero frente a un espejo que reflejaba la entrada y el buffet, un espejo atento. Tekely había elegido ese sitio por miedo a los acreedores que también iban a buscarlo al restaurante. Lo conservaba en señal de agradecimiento, aunque ya no tuviera nada que temer, pero también por ese amor entrañable como el que seguro tiene un multimillonario estadounidense por esos lugares antiguos en los que, en sus comienzos, solía vender diarios. Así pudo ver el momento en el que entraba Paul Bernheim. Tekely se levantó y fue a su encuentro, en este restaurante se movía libremente como si fuera el dueño.

—¿Lo puedo felicitar? —Le dijo, como si hubiera esperado días a que Bernheim entrara para hacerle esta pregunta.

—¡Todavía no!

—Ah, ya sé. Quiere esperar a que Brandeis le responda.

—Ya me respondió —dijo Paul Bernheim, y ya empezaba a sentirse mal por haber ido a ver a Tekely. El descaro con el que Tekely sabía todo lo que pasaba. No le dejaba a Bernheim el placer de contar la novedad pausado y tranquilo. Con el doctor König hubiera sido diferente. Y para poder olvidarse pronto de que, en realidad, a Tekely no se le podía negar cierto mérito en las afortunadas coincidencias, dijo en seguida:

—Si no me hubiera encontrado aquella vez con usted de casualidad… ¡le agradezco mucho!

—Oh, no fue casualidad —respondió Tekely presintiendo cierta ingratitud—, ¡usted me buscó intencionalmente! Si llega a hablar con el señor Brandeis sobre el periódico de los comercios que le mencioné la otra vez, le quería pedir si me puede mencionar.

—Sí, claro —prometió Bernheim rápidamente y miró la hora preparándose para despedirse.

—Tiene que irse —dijo Tekely, que bien sabía que no hay que retener a un hombre apurado si se quiere conservar su amistad—. Pero, por favor, ¡no se olvide de mí!

—¡No! —contestó Bernheim y se fue.

Una vez más sintió vergüenza porque parecía estar sucumbiendo ante el más fuerte, empezó a temer una dependencia hacia Tekely. Estaba molesto, como le sucedía siempre que se veía obligado a participar de situaciones incómodas y denigrantes sin poder hacer nada al respecto. ¡Cuán seguido le pasaba, de hecho! Por suerte, se olvidaba rápido. Solo

conservaba en su memoria aquellos momentos en los que había tenido un papel destacado, tenía la capacidad de pensar las situaciones más patéticas de una manera tan fantástica que después de unos días se tornaban indefinidas pero felices. La única espantosa situación que no podía olvidar era la del cosaco durante la guerra; volvía a aparecer siempre que daba muestras de sus debilidades, como una herida vieja que puede volver a abrirse cuando uno se lastima. Al ver a Tekely marcharse, también pensó en Nikita. Por un momento, se perdió en la temerosa idea de que Nikita nunca iba a dejar de aparecer, que tomaba distintas formas, que era igual a Tekely, idéntico a Brandeis y quizás también al señor Enders, el tío de Irmgard.

Paul buscó una fórmula para ahuyentar esta idea. Conocía distintos métodos contra los pensamientos opresivos, como un enfermo que ya ha probado toda clase de remedios contra ataques de dolor. Se subió a un auto, fue hasta su casa, empacó así nomás su valija de mano y fue hacia el tren. Se autofelicitó por esta ocurrencia que lo salvaba de pasar una noche en vela. Iba a la casa de su madre.

La señora Bernheim se asustó al ver llegar a Paul temprano en la mañana. Se encontraba en la cocina y miraba cómo la empleada preparaba el desayuno. Paul recordó que antes, cuando su padre aún vivía, desayunaba en la cama. Estaba erguida, cuatro almohadones en la espalda, debajo del dosel, en “pose real”. Una bandeja ancha le llegaba al pecho escondido detrás de una nube de encajes. En la habitación semioscura, en la que líneas finitas e intensas de sol matutino atravesaban la reja, flotaba un aroma a perfume y limón. El recuerdo que traía esta mañana era tan

devastador como el de la felicidad perdida. Ahora su madre tenía puesta una bata de muselina marrón abierta adelante; para que le quedara cerrada, la señora Bernheim tenía que cruzar los brazos por delante. Todas las mañanas desde la guerra, desde que había empezado a ahorrar, vigilaba a la empleada para que no usara tanto café.

—¡Agregue una cucharada más de café, Anna, pero una chiquita! —gritó mientras Paul entraba. En medio del susto por la inesperada visita, igual se alegró de que su hijo no se apareciera media hora más tarde. Hubieran tenido que encender de nuevo el gas.

Sobre sus sienes caían dos mechones de pelo gris como dos corrientes de preocupaciones, como dos calles antiguas. Debajo de la luz clara de la cocina, que recibía un duro y frío fulgor despiadado de los brillantes azulejos, el rostro de la señora Bernheim estaba pálido y arruinado. Era como si uno pudiera separar cada parte: el mentón firme y cuadrado, de los labios; la nariz, de las mejillas; la frente, de la parte superior de la cabeza. Las cejas encanecidas parecían ser más viejas que el pelo, como si provinieran de otros tiempos, y los ojos, en los que aún habitaba su antigua belleza —inquilina paciente y sin propósitos —, yacían entre bultos hinchados de lágrimas y sueño. A Paul Bernheim le pareció que la voz de su madre era demasiado aguda, la recordaba más suave, como si la mañana fuera la causa de sus agudos frágiles y viniera del brillo firme de los azulejos. La llama debajo de la cacerola sobre la hornalla ardía fría y azul, como detrás de un vidrio. Paul no recordaba jamás haber estado en la cocina tan temprano. Era una pequeña revelación. Como si

hubiera encontrado el rastro de la pena de la casa, como si ahora conociera la fuente de la aflicción, la cocina.

La señora del consejo militar de contabilidad llegó tarde, mucho más tarde. Por la mañana usaba un bastón para caminar, se iba acostumbrando lentamente al andar, al movimiento que exigía el día después de la quietud de la noche. Todo el peso de su viejo cuerpo llevaba el bastón; las piernas solo lo seguían, lo asistían. Para Paul, era la corporeización de la tristeza que había caído sobre la casa de su padre. Empezó a temerle.

Desayunó apurado y se fue a la ciudad. Quería volver recién a la tarde. Le parecía imposible quedarse allí para asistir a todo el ajetreo matutino. Mientras caminaba por las calles todavía vacías observando, distraído, cansado, pensó de repente que su madre podría morirse hoy. Se imaginó a su madre muerta y no sintió tristeza. Intentó dilucidar el porqué de su indiferencia y se encontró deseando la muerte de su madre. Imposible juntarla con Irmgard. Imposible traer a Irmgard a esta casa.

Volvió a la tarde. Le anunció a su madre su compromiso, su compromiso inminente con Irmgard Enders.

—¿Enders? —dijo ella y levantó sus anteojitos, como si pudiera leer en la cara de Paul el origen de la familia Enders. No, no estaba entusiasmada. No conocía a los Enders.

—Es la gente más rica del país —explicó Paul. Pensó al mismo tiempo en la avaricia de su madre.

Se equivocó. Lo que afectaba a su hijo pertenecía a otro capítulo, aludía a otro tipo de pasión. Por primera vez en muchos años, la señora Bernheim pudo decir:

—¡Paul, el dinero no es todo!

Paul estaba sorprendido.

—¡Es una gran dicha, mamá! —dijo Paul.

—Eso se puede decir pasados diez años —contestó con una sabiduría que no provenía de ella, sino que parecía surgir de la maternidad.

Paul prometió traer a la novia.

—¡Traela, traela! —dijo la señora Bernheim.

Pero no la llevó, ni en ese momento ni nunca.

Algo nuevo sucedió.

XVI

Una amnistía les permitió a Theodor Bernheim y a su amigo Gustav volver a casa.

Llegaron a Alemania una mañana gris, dejando atrás una Hungría soleada y clara, donde la primavera ya se había vuelto íntima y familiar. La naturaleza misma insistía en mantener vivo el anhelo de un exilio agradable en quienes regresaban. Gustav tenía la cara de color rojo pardo, sus movimientos eran sólidos, seguros y rápidos. Su regreso a Alemania obedecía solamente al decoro. Theodor estaba pálido y nervioso, sus manos alborotadas y sus anteojos rotos. No eran para él un objeto arruinado, sino un órgano herido. En sus débiles hombros llevaba todo el peso atroz de la vuelta: el regreso a la patria perdida. En esa situación, un hombre, un alemán, debía estar nostálgico y feliz, estoico y maduro, lleno de esperanza y energía. ¡Cuántas obligaciones! De vez en cuando, Theodor observaba a sus compañeros de viaje para ver si lograba causarles alguna impresión.

—De todos estos camaradas nacionales —le dijo a Gustav —, nadie hizo tanto como nosotros. Vuelven a sus asuntos como si no hubiera pasado nada, todos piensan en sus ganancias y ninguno en Alemania.

—¡No digas estupideces! —respondió Gustav.

Theodor se calló. Hacía mucho tiempo ya, desde el día en el que habían salido del país, que odiaba a su camarada Gustav. Gustav era el culpable de la huida, Gustav lo había metido en el delito y el destierro, a Gustav le gustaba estar al aire libre, Gustav era indiferente, a Gustav no se le caía una idea, Gustav no leía libros, a Gustav no le gustaba hablar, Gustav se burlaba de Theodor, Gustav no respetaba a Theodor. Si Theodor hubiera sido capaz de separar sus sentimientos de su ideología, debería haber admitido que odiaba más a su correligionario que a sus enemigos políticos. Pero tenía que conjugar encuentros, sensaciones y acontecimientos con sus propias convicciones, con Alemania, con los judíos, con el mundo, con enemigos internos y externos, con Europa. Entonces se quedaba cerca de Gustav. Por este motivo, él empezaba siempre las discusiones a las que Gustav siempre respondía: “¡No digas estupideces!”. Si Gustav no hubiera sido “un tipo”, se dijo Theodor, lo despreciaría. Pero, como sí lo era, se sentía obligado a respetarlo.

Se despidieron en la estación de tren. Allí, el exilio encontraba su límite. La comunión de las ideas y una vida en el extranjero no era tan fuerte como los pensamientos sobre el hogar paterno que se apoderaron fuertemente de ambos al momento de entregar sus boletos. La ciudad natal los golpeó en la cara. Estaba formada por miles de olores innombrables y

privados que nada tenían que ver ni con la política ni con la nación que habitaba ni con la raza de sus ciudadanos. Estaba formada por miles de olores innombrables y determinados que, mezclados con la infancia, habían vivido en los recuerdos hasta este momento sin hacerse notar y respondían recién ahora, de pronto, y con el poder que les brindaba la repetición de sus olores hermanados. La patria les iba mostrando a los recién llegados una calle familiar tras otra, en las que no había nada público, nada común, ningún ideal, ninguna convicción, ninguna pasión, solo recuerdos privados. Gustav, el más lozano, se entregó a ellos, olvidó por qué había abandonado la patria y por qué había regresado. Sin embargo, para Theodor era indigno entregarse a lo privado. Luchó contra los recuerdos, los ruidos, los olores. Y logró, esta vez, sentirse como un factor de lo público, sentir su regreso como un mandamiento nacional, su ciudad como suelo esclavizado y abonado con sangre, y cuando dobló la esquina desde la cual se veía su casa, le dio curiosidad ver a su madre y reconocer la preocupación que le habría causado por su larga ausencia; le dio curiosidad, solo eso.

Ella estaba parada en el umbral de la puerta, esperándolo. Había olvidado todas las situaciones, todas las horas en las que su preocupación de madre por su malogrado hijo se habían transformado en una mueca hostil pero triste. Ahora veía volver a su hijo, nada más. El momento de su regreso le recordó levemente al de su nacimiento, acariciaba la pena maternal dormida hacía tiempo en el vientre y el alma. Lo abrazó sin besarlo. La cabeza de Theodor colgaba sobre el hombro de su madre. A él le empezaron a brotar las lágrimas, su corazón latía y

con los dientes bien apretados, los ojos desgarrados detrás de los cristales de los anteojos rotos, se esforzó por no perder “la masculinidad”. Ni la emoción ni el amor de su madre le sentaban bien. Hubiera preferido que lo recibiera de la misma forma fría en la que se había despedido aquella vez.

—Estás tan flaco —le dijo su madre.

—La verdad que sí —respondió Theodor con algo de reproche en la voz.

—¡Te mandamos tan poca plata! —se lamentó ella.

—¡Justamente! —confirmó él.

—¡Pobre, mi hijo! —exclamó ella.

—¡No me hables, mamá, dejá que me vaya a bañar!

—Decime algo, Theodor, ¿cómo estuviste viviendo?

—¡Como un perro, en un país de idiotas, había chinches, un asco!

—¡¿Chinches?!

—Y piojos —agregó Theodor lascivamente.

—¡Dios me libre! Theodor, te tenés que cambiar de ropa ya —dijo mientras iba a la cocina—. Anna, prepare el baño, con diez leños alcanza, pero busque el carbón del sótano, acá está la llave. —Desde la guerra había dejado de darles la llave del sótano a los empleados.

Acompañó a su hijo al baño, no quería abandonarlo. Esperó hasta que se hubiera sacado la ropa y se quedó por si podía ayudarlo en algo más. Se alegró al ver que las mangas de su camisa estaban rotas y separadas de las hombreras.

—Te la voy a arreglar enseguida —dijo—. ¿Y dónde están las otras camisas?

Con cierto placer, esperó a que su hijo estuviera desnudo. Quería, o esperaba, descubrir en él algún defecto corporal que pudiera explicarse por su ausencia en el hogar, como las mangas de la camisa. Ahora miraba a su hijo desnudo. Por primera vez desde que era un adulto, estaba de nuevo desnudo en el agua frente a ella. Solo llevaba puestos los anteojos, que no se animaba a sacarse delante de ella, como si fueran la última capa que le quedara.

—¡Qué flaco te volviste! —dijo la señora Bernheim.

—¡Y me enfermé! —agregó su hijo.

—¿Qué te duele?

—¡Los pulmones y el corazón!

—¿Viajaste cómodo, al menos?

—¡Había muchos judíos! ¡No se puede estar solo en ningún lugar de Alemania!

—Sé razonable, Theodor, ¡dejá en paz a los judíos! Tus amigos te metieron eso en la cabeza.

Después de bañarse, Theodor se fue a su habitación. Abrió la puerta. No sospechaba que su cuarto podía estar alquilado. Miope como era, no reparó en la señora del consejo de contabilidad militar que, acostada en el diván, toda chiquita, flaquita y envuelta en un chal, lanzó un grito suave. Sonó como una lechuza.

—¿Quién es usted? —preguntó Theodor.

—¡Váyase ya mismo de mi habitación! —vociferó la señora del consejo de contabilidad.

Theodor retrocedió. Hubiera querido encontrar una pistola, abandonada allí por error.

Fue hacia donde estaba la señora Bernheim.

—Quiero mi habitación de nuevo.

—No tenemos plata, Theodor. ¡Está alquilada por un año!

—¡Quiero mi habitación de nuevo! —repitió él.

—¡No seas malo, Theodor! —suplicó su madre.

De repente, la señora Bernheim se dejó caer en el sillón, se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar en silencio. Theodor la vio encogerse de hombros. Una violencia desconocida lo impulsó a avanzar hacia su madre. Dio un paso y frenó. ¡Esto me puede debilitar! Se dijo a sí mismo, y agregó: "¡Todas las mujeres lloran cuando son viejas!". Retrocedió, se acercó a la ventana y miró hacia el jardín.

Súbitamente, se dio vuelta y preguntó:

—¿Dónde voy a dormir?

—¡Anna dormirá en la cocina y vos, en la habitación que antes usaba el cochero!

—Ah, mirá vos —dijo Theodor—. A Paul no lo hubieras mandado nunca al cuarto del cochero. Lamento mucho haber vuelto a casa. ¡Pero ya vas a ver! ¡Ya vas a ver!

A la tarde, se fue a la casa de Gustav.

Gustav estaba sentado rodeado por su familia, sus hermanas casadas y sus tres hermanos, todos carteros. Olía a chucrut festivo y a granos de café recién tostados. Un comerciante de papel ya había aceptado contratar a Gustav. En una semana, Gustav iba a empezar a trabajar, a tener una ocupación.

—No quiere tener nada más que ver con la política —dijo uno de los tres carteros. Estaban todos sentados con sus

uniformes abrochados. Los gorros colgando del perchero al lado de la puerta parecían trillizos.

—Después de un año, va a poder ir a la universidad. Va a ahorrar. Todos vamos a ahorrar —dijo el segundo cartero.

—A nuestro padre nunca le interesó la política tampoco —observó el tercero.

—No queremos tener nada que ver con la política —dijo la madre de Gustav mirando fijamente a Theodor.

Theodor se dio cuenta de que la familia de su amigo no lo quería. Cada cosa que le decían ocultaba un sentido hostil que no lograba dilucidar, pero le daba miedo. Esta gente insignificante se comportaba como si Theodor fuera el asesor político responsable de Gustav. Él estaba sentado entre sus hermanos y hermanas, súbitamente apolítico e indiferente. El aroma a fiesta de la cocina los rodeaba a todos por igual y les otorgaba una satisfacción primitiva, íntima y manifiesta. Theodor entendió que ya había perdido a su correligionario. Gustav ya no tenía ideales. Quería tomar un rumbo honrado, íntegro y pequeñoburgués.

Raza podrida, pensó Theodor mientras olisqueaba con su nariz finita y chata. Se despidió rápido. Y cuando estuvo afuera nuevamente, sintió que la soledad, que nunca antes le había pesado, era ahora un cuerpo agobiante difícil de cargar.

Voy a trabajar mucho, a aprender, a saber, se propuso. Por mí, que Gustav sea un cartero nomás.

Ya en la casa, su madre le entregó una carta breve de Paul. En un par de oraciones que sonaban como un aviso oficial, informaba que se había comprometido con Irmgard Enders.

—El tipo tiene suerte —dijo Theodor.

—¡Ojalá sea así! —exclamó la madre.

—¡Ambicioso! —murmuró Theodor.

La señora Bernheim abandonó la habitación. Habían pasado apenas ocho horas desde que Theodor había llegado y, sin embargo, ya sufría por su presencia. Era como una plaga antigua. Theodor había vuelto como ese dolor reumático que uno deja de tener y olvida por unos meses hasta que reaparece. Sí, lo reconocía, era su hijo. Siempre había sido así, y siempre lo sería.

Le dio una llave de la casa y le dijo que podía ir y venir cuando quisiera. Podía comer en su cuarto. Le dejarían el almuerzo preparado para calentarlo. Se levantó los anteojitos por un momento. Entonces, sus ojos sellaron y decretaron lo que había decidido. Y a partir de ese momento solo vio a Theodor cuando se cruzaban por casualidad.

Unas semanas después, días antes del casamiento de Paul en Berlín, Theodor volvió a hablarle a su madre. Le preguntó cuándo iba a viajar. Ella contestó:

—No voy a ir. Una madre pobre no es bien vista.

—Pero yo voy —dijo Theodor.

—Pensé que no querías a tu hermano.

—Es que es una oportunidad para hacer contactos.

La señora Bernheim se quedó pensando unos segundos. Luego dijo con una voz inesperadamente aguda, con esa voz con la que solía hablarle al encargado:

—Le voy a escribir a Paul. Que te mande dinero así podés ir a Berlín y quedarte ahí. No te puedo mantener más. Realmente necesitás entablar relaciones. Es hora de que te ganes el pan. ¡Armá tus valijas!

Por primera vez Theodor le tuvo respeto a su madre. Estaba parada frente a él, pálida, vieja, más alta, la mano izquierda en la cadera, la derecha extendida en el aire y apuntando hacia el pasillo donde estaban las valijas de Theodor. La mano parecía querer inmortalizar la orden. Le prohibió la casa a su hijo. No quedaban dudas.

Theodor viajó a Berlín. Se registró en el hotel de Paul. Paul le pidió que lo esperara en el hall. Theodor se sintió insultado y quiso irse de nuevo. Bien, se dijo, muy bien. Voy a pasar hambre, quedarme sin casa, venirme abajo. ¡Todo bien! Pero no tuvo fuerzas para abandonar el hall. Era un hotel de lujo. Este tipo, pensó, no quiere que vaya yo para que no vea la cantidad de habitaciones en las que vive. ¡Bien! Cada "bien" que susurraba lo iba consolando, como si tuviera algún sentido, como si expresara alguna contramedida.

Finalmente, Paul apareció.

—Elegancia impecable —dijo Theodor, en lugar de saludarlo. Se dieron las puntas de los dedos. Después se sentaron en silencio.

—¿Qué tomás? —preguntó Paul, incómodo.

—¡Lo que sea, menos té de tilo!

—¿Whisky?

—¡Por mí, sí!

—Escuchame, Theodor —empezó a decir Paul—. Si tenés ganas, cuando volvamos de viaje nos podés venir a visitar una vez por mes. Elegís vos el día. Además, acá te dejo la dirección de mi abogado. Por medio año, vas a cobrar quinientos marcos al mes. A partir de mañana, tenés seis semanas para encontrar un

trabajo. Acá te dejo la dirección de mi sastre. Podés mandarte a hacer tres trajes. Vení a mi casamiento. Va a ser acá, no en la iglesia.

Luego hubo una larga pausa. Los dos tomaban sorbos de whisky con soda. Theodor se levantó, le extendió la mano floja y salió.

Fue directo a ver al abogado.

—Su hermano —le dijeron allí— dice que vaya a visitar al señor Brandeis pasado mañana, temprano. El señor Brandeis lo estará esperando. —Le pagaron los quinientos marcos.

Al día siguiente, era el casamiento de Paul. Fue rápido, en silencio y sin inconvenientes. Theodor apenas había tenido tiempo de ver a la mujer de Paul. Entre los cinco invitados hombres, vio que estaba Brandeis. "Este tipo está comprando toda Alemania".

Theodor vio cómo Brandeis se separaba del grupo de invitados en el hall y se iba dando pasos livianos, algo impensado dada su contextura grande y pesada.

—No quiero entrar en confianza con él —le dijo uno de los invitados a otro, cerca de Theodor.

—Sí, es uno de los que está ganando con la inflación —respondió su interlocutor.

Theodor conocía a uno de ellos, era el señor Enders. El otro parecía un hermano. Los dos estaban hechos de materia lisa, redonda y dura y remitían a esferas de madera pulida y pintada sin esfuerzo. Hablaban tan alto que se los podía escuchar en todo el hall.

—Esta gente —dijo el señor Enders y se quedó apoyado en una columna, como si necesitara sostenerse para dar un discurso largo y agotador—, esta gente es tan distinta a la nuestra como los bucaneros a los marineros de bien. ¡Son piratas!

—Tiene toda la razón, señor Enders. Mientras nuestros padres consiguieron su fortuna con esfuerzo honesto, esta gente obtiene dinero despiadadamente y por casualidades que le favorecen. Esa es una diferencia. Y especialmente oriente, como bien dice usted, nos regala estos piratas del comercio. Locura moral.

—Me alegra saber que por lo menos el señor Bernheim es uno de sus directores. Una garantía al menos, la única.

—De todas maneras, no quiero hacer negocios con él —le dijo su doble al señor Enders.

—Escuche —dijo Enders, que siempre pensaba en todas las opciones—, hacer negocios es otra cosa. Si le mostramos a la gente *à la Brandeis* lo que es ser un comerciante decente y un industrial digno, la estamos educando, ¡y esa es una obra de bien!

Los dos hombres se alejaron; Theodor se quedó detrás de la columna. Esa charla lo había llenado de confianza, y todo gracias al señor Enders. ¡Le estaba costando tanto visitar a Brandeis! Pero, ahora que sabía lo que opinaba la alta sociedad sobre el mongol, le parecía más fácil aparecerse ante él. No es mi benefactor, pensó, es Alemania la que le otorgó beneficios a él.

Con esa confianza como armadura, Theodor fue al día siguiente a ver a Brandeis. No subió las escaleras como su hermano Paul había hecho una vez, tomó el ascensor. Pero así como Brandeis recibió en seguida a Paul Bernheim, a Theodor lo

hizo esperar bastante. La sala de espera era blanca y pelada, sobre la mesa había revistas especializadas que a Theodor no le interesaban. Empezó a caminar de acá para allá y se cansó. Este tipo quiere humillarme, pensó Theodor, ¡pero me las va a pagar! Iba y venía por la sala vacía, sus pasos se volvían cada vez más cansinos, sus débiles ojos solo veían el blanco oleoso y borroso de las paredes. Sacó un espejo del bolso. Observó su cara pálida y flaca, y le gustó. Se veía distinguido, seguro y sabio. Llevó un poco hacia delante el labio inferior para darle al rostro un perfil más activo. Su angosto cuello se hinchó. Se volvió a pasar la punta de los dedos por la raya del pelo rubio claro. En ese momento lo llamaron para que entrara a ver a Brandeis.

Brandeis se fue levantando tan lentamente que recién estuvo erguido cuando Theodor ya estaba frente a su escritorio. Cayó de golpe en el sillón mullido, porque no había calculado bien cuán profundo era. Brandeis se dejó hundir en él tan lento como antes se había levantado. Esperó. Theodor no dijo una palabra. Todo estaba en silencio. Se escuchaba el tictac de un reloj invisible. Brandeis tenía sus pesadas y peludas manos apoyadas sobre la tabla de la mesa.

Finalmente, Theodor se levantó.

—¡Tengo que agradecerle!

—No es necesario —dijo Brandeis, que se quedó sentado —. Su hermano me manifestó que usted deseaba visitarme. Ahora veo que no era su deseo. Pero él sí tenía uno. Él pensó que usted debería trabajar para mí.

—¿Para usted? —dijo Theodor.

—No considero, no creo, que usted sea lo suficientemente adecuado para ello. Además, pienso que su ideología política es nociva, sumamente nociva.

—Soy conservador y nacionalista.

—Verá —dijo Brandeis bajito—, yo considero que soy conservador, y usted, un radical extremo. No es, creo yo, muy conservador salir a gritar, marchar y usar chaquetas. Es algo que no está, digamos, bien visto.

—Usted no tiene derecho a emitir juicio sobre eso.

—¡Yo solamente tengo la obligación de ayudarlo! —respondió Brandeis en voz baja.

Theodor se volvió a sentar. Tenía ahora a Brandeis muy cerca, su mirada se perdía en los anchos surcos de su cara amarilla. Tenía que admitir que él pensaba parecido sobre las marchas y las chaquetas. Se acordó de la familia de Gustav. De repente, se le cruzó por la cabeza que quizás era mejor entrar en confianza con Brandeis. ¡No se diga más! Pensó. Se inclinó hacia adelante y dijo:

—¡Ayer sin querer escuché que estaban hablando sobre usted, señor Brandeis!

—¿Y me quiere contar?

—¡Sí!

—Lamento decepcionarlo. No me interesa. Ya sé que la gente que se enriqueció hace veinte años considera que soy un pirata porque recién hace un año que soy rico. Y quizás —sonrió— piensan también que soy peligroso, me temen —concluyó elevando de repente la voz.

Luego continuó con su suavidad habitual:

—Creo que usted tiene un interés suficiente por los periódicos como para convertirse en periodista. De hecho, podría recomendarle uno cuya orientación política es de derecha. Pero hay muchos así. O quizás, por el contrario, usted sea útil en uno más bien democrático, importante y de renombre; sus editores están en deuda conmigo. A un diario democrático le vendría bien un joven con un pasado en la derecha radical. Para ser honesto: usted bien podría hacer carrera con los judíos. ¿Quiere?

Theodor quería decir que sí. Pero Brandeis no esperó.

—¡Escríbame!

Se paró. En silencio y con una reverencia que lamentó haber hecho porque creía haberse inclinado demasiado, se despidió de Theodor.

TERCERA PARTE

XVII

NIKOLAI BRANDEIS SALIÓ DE su macizo edificio de oficinas a las siete de la tarde, dos horas más tarde que sus empleados. A esa hora, sus tres almacenes y los negocios de sus treinta y tres casas cerraban, los seiscientos cincuenta empleados y trabajadores se ponían sus trajes negros, pasaban a buscar sus abonos, sus hijas chiquitas y sus esposas afligidas y se iban a los teatros, cines y conciertos con descuento; los oficinistas y choferes privados entraban a las cervecerías y dirigían los vasos angostos llenos de líquido espumoso y amarillento hacia los largos bigotes. A esa hora, los cinco mil obreros salían de las fábricas cuyas acciones le pertenecían a Brandeis y concurrían a los salones húmedos llenos de frío humo de pipa, sofocante hedor de barriles de cerveza y agrio sudor humano para escuchar hablar de política. A esa hora, los señores secretarios y altos comisionados iban a jugar al casino, a la reunión de la junta directiva de los Cascos de Acero, al comité de la Cruz Blanca, a las organizaciones regionales de la

Reichsbanner, a las reuniones semanales de los círculos contables. A esa hora, los choferes que conducían los ciento veinte camiones a nombre de Brandeis por calles y ciudades se sacaban sus trajes, los colgaban de perchas finitas en armarios numerados, se ponían ropa cómoda y barata y disfrutaban de la libertad que duraba unas cortas doce horas, de principio a fin. Era la hora en la que los redactores de los periódicos democráticos cuyas acciones clandestinas le pertenecían a Brandeis empezaban el trabajo nocturno, se ponían trajes de lustrina angostos, brillantes y deshilachados y presionaban los timbres blancos de caucho. Los mensajeros llegaban en sus bicicletas con informes parlamentarios, informes judiciales, noticias del día copiadas en color violeta sobre papel madera barato, con correspondencia política, y en las sofocantes cabinas telefónicas forradas en cuero empezaban a sonar los teléfonos con llamadas desde Ámsterdam y Róterdam, desde Bucarest y Budapest, desde Calcuta y Leningrado, y el editorialista encontraba su tema, iba de acá para allá predicando frases a las que una máquina de escribir les respondía con un eco. Todas estas personas creían ser libres. Muy pocas conocían al hombre que les proveía el pan y la margarina y la manteca. Se mantenían en pie y temblaban por miedo a despidos, marchaban los domingos y les ocultaban postales pornográficas a sus esposas, reinaban sobre sus hijos y anhelaban un aumento de sueldo, leían editoriales y se sacaban el sombrero ante el jefe.

Brandeis no los conocía. Nikolai Brandeis, el organizador, el creador de la nueva clase media, el sostenedor de la antigua; Nikolai Brandeis, el que otorgaba descuentos a las

organizaciones de la clase media, que se había hecho rico por lo barato de los bienes, que vestía y alimentaba a la gente, que le daba pequeños créditos y casas bajas en las periferias de las ciudades, que le regalaba macetas y canarios cantores y la libertad, la libertad, las doce horas de principio a fin.

Nikolai Brandeis dejó la oficina con su primer secretario, el coronel mayor, a las siete de la tarde. Antes de irse, Brandeis había empezado a hablar de repente. El coronel, al principio, entendía muy poco. Le pasaba lo mismo cuando algún libro caía en sus manos de casualidad. Primero, las palabras se esfumaban. Entonces se esforzaba porque resplandecieran individualmente y las observaba de nuevo. Se sorprendía al ver que era posible entender las palabras pero no el contexto. Ahora que Brandeis hablaba, lo asaltó la sospecha incierta de que se trataba de lo que él solía llamar "filosofía". Y recién más tarde empezó a entender, pero no por medio del sentido común, sino con la ayuda de nervios que no sabía que existían.

—Ahora —continuó Brandeis— estoy ante el objetivo, digamos. Cualquier otro, en mi lugar, hablaría así. Pero yo, yo no tengo una sola vida detrás, tengo dos o quizás tres. Y hace un tiempo siento que debo comenzar una nueva.

¿Me cree si le digo que estoy cansado? No por haber trabajado mucho, sino porque trabajo sin un ideal, sin ambición, sin objetivo. Hoy soy todavía el administrador independiente del poder acumulado en mi casa, y sin embargo, mañana seré su prisionero. ¿Se ha puesto a pensar alguna vez por qué me enriquecí tanto? ¿Cree que soy un gran hombre de negocios? Sí, ¿verdad? ¡Está equivocado, señor coronel! Todo es gracias a la

falta de resistencia y la impotencia de las personas y las instituciones. En estos tiempos, nada ni nadie se defiende ante la opresión. Intente conseguir un trono, y seguro encontrará un país que lo proclame su rey. Intente hacer una revolución, y encontrará un proletariado que se deje matar. Esfuércese por generar una guerra, y verá pueblos expulsándose unos a otros. En unas semanas, en unos meses, en un año, quizás conquiste la industria de este país. Me he dado cuenta de que solo los nombres que suenan antiguos y poderosos son los que causan miedo. Imagínese que escucha hablar de un señor director general, entra a su oficina y de repente se lamenta por haberse preparado tanto, se siente ridículo. La puerta tiene un cartel con su nombre. Una vez en su oficina, ve que todo el poder del director general radica en cuatro clavos, una placa de vidrio en la puerta —y la puerta y la placa y los clavos aparecen imponentes en comparación con la personalidad a la cual pertenecen—. Créame, el director general le pertenece a su placa, su tarjeta, su papel, su puesto, al miedo que infunde, los salarios que aprueba, los despidos que anuncia, ¡y no al revés! Este peligro ya es una amenaza para mí. Las insignias de mi poder van a empezar a ser más imponentes que yo. No voy a poder seguir con caprichos, que es lo único que me da placer. Puedo contratar al señor Bernheim, si me genera placer, y ver cómo crece, cómo se relaciona con la química, cómo recibe una casa grande y un nombre. Me pone contento ver a su hermano, un nacionalista, escribiendo artículos para un diario judío. Pero mañana el diario podría volverse más poderoso de lo que yo querría y, por ejemplo, revelar mi identidad. En el momento en el que se pronuncia mi nombre de

la misma forma en la que se nombra a los populares poderosos, me vuelvo impotente. Porque el nombre se infla y recibe mi fuerza, necesita de mi fuerza para sonar, solo para sonar…

Y, sin embargo, y por eso hablo con usted, la química me atrae, es lo único siniestro en esta claridad en la que vivo. Hay algo de peligroso en entregarme a ella. Y por primera vez me estaría entregando a un poder superior. Todo lo anterior fue siempre más pequeño que yo: la clase media ridícula, que es mi divisa y llena mis almacenes, las organizaciones de funcionarios a quienes brindo pan y trajes, las casas, el banco con créditos bajos y seguros, mis directores con sueldos de 150.000 marcos. Pero la química es un elemento. Yo podría ser igual de impotente que sus accionarios, sus químicos, sus directores generales. Desde que tengo relación con la Industria Química Imperial, los maravillosos fenómenos del mundo de la química me asustan. Todo es maravilloso. En general no tengo respeto por los números. Pero por primera vez me asustan los 10.000 trabajadores de Höchst am Main, los 11.000 de Badischen Anilin, las 95 fábricas de I.G., los 108.000 empleados, las 143.000 fábricas asociadas, las 600 toneladas de fosgeno que se producen anualmente. Piense que la seda artificial con la que se hacen las medias de sus hijas está emparentada con el gas venenoso que se usa en la guerra. ¡Ambas cosas son de nitroglicerina! ¡Qué nombre! ¡Nitroglicerina!

¿Piensa acaso que soy un iluso, general? ¡Tiene razón! Por primera vez se podría decir eso de mí. Algo ha cambiado, algo pasó con Nikolai Brandeis. No sé si habrá otras veces en las que salgamos juntos de la oficina. ¡Buenas noches!

No me entendió, pensó Brandeis. Tampoco es que le dije todo. Podría hablar todo el día incluso sin decir lo más importante. Estoy sometido a fuerzas extrañas. Desde que —dejó de pensar—. A menudo llegaba a ese límite. Entonces comenzaba un reino vasto, confuso, desconocido, inaccesible para cualquier pensamiento o idea. Era como el límite del mundo al que Brandeis una vez había llegado.

Empezó a caminar cada vez más lento a medida que se iba acercando a su casa.

Sí. A medida que se iba acercando a su casa, más lento caminaba. ¡Cuántas veces al día se olvidaba de ella! Vivía en una de las tantas casas que había comprado. A veces se iba a dormir a un hotel. Le encantaban las habitaciones de hotel ajenas y sus objetos, que le pertenecían a todo el mundo, y los empapelados que el azar había puesto en las paredes. Solo necesitaba un techo sobre su cabeza. En su casa, la riqueza lo envolvía como una enfermedad. Un jardinero, dos perros, un garaje, empleados domésticos, una reja que chirriaba y arena que crujía. Y los cimientos colocados bien profundo en tierra extranjera, hormigón arraigado. Le hubiera gustado vivir en una carpa. Muchas cosas le pertenecían, pero no poseía nada. Muchos lo obedecían, pero no mandaba a nadie. Muchas cosas se le entregaban, pero nada se convertía en su propiedad. Para él, era como si las casas estuvieran hechas únicamente de los planos de los arquitectos, la mercancía que compraba y vendía, los comprobantes de entrega y los registros comerciales, las personas que trabajaban para él, las listas de los empleados. Una vez había tenido tres porciones chicas de campo, una casita de

cal blanca y azul, un par de vacas y dos caballos, diez libros y una escopeta y un bastón con puño de metal. ¡Todo eso había perdido! Como si desde aquellos tiempos no hubiera ganado nada, Nikolai Brandeis vivía como un desposeído, contento con su pobreza e inspirado por ella. Le parecía que su destino era vagar como una sombra por un mundo hecho de posesiones y hormigón, acumular tesoros con las siniestras habilidades de un fantasma, contar descuidadamente billetes con las manos como cuando los pies hacen crujir las hojas en otoño, y transformar absolutamente todo, objetos, mercancías y personas, en papel. ¡No agarrarse de nada y no dejarse agarrar! Otros estaban allí para ganar y ser queridos, heredar y conservar, apreciar y disfrutar, comprar y poseer. ¿O quizás la posesión no era real para los *otros*? ¿No rendían cuentas? ¿Creían conservar algo, y se les escurría? ¿Creían disfrutarlo, y se desvanecía? El disfrute y la sensación de poseer ¿eran obra de sus fantasías? Lo que le dije al general, pensó Brandeis, es cierto. Nada ofrece resistencia y todo se desintegra como ceniza o arena únicamente de acuerdo con mi voluntad. Solo quedan los nombres. Un solo poder real queda en pie, crece, trae vida o muerte: la química. ¿Debo entregarme a ella?

En la casa lo esperaba Lydia. Hacía más de un año que lo esperaba en vano. Aunque en su cama la rodeaba con sus brazos, su aroma y su mirada brillando en la oscuridad, ella abría los ojos con la esperanza constante y siempre defraudada de ver sus párpados cerrados y finalmente su rostro perdido en la lujuria. Era igual durante el día. A ella le parecía que en la oscuridad se volvía más claro, que quizás en la penumbra alguna vez podría

descifrar el secreto de este hombre, como la naturaleza del espíritu que se reconoce a medianoche. En vano esperaba.

Los ojos de Brandeis ya parecían ver la lejanía en la que pronto desaparecería. Su cuerpo era tan poderoso, sus pasos tan firmes que hacían resonar las alfombras, y ella lo escuchaba cuando empezaba a triturar las piedritas del jardín, así de irrealmente lejano y desconocido era para ella Nikolai Brandeis. A veces él cubría su pecho con su mano gigante. Sus dedos emanaban un calor fuerte y grande hacia su cuerpo. Él no decía nada.

—No te quedes callado así —le pedía ella, con la esperanza incierta de que fuera posible hacer que se callara de otra manera. No era de esperar que él alguna vez hablara como cualquier otra persona.

Él la hacía feliz y desgraciada a la vez, como si la felicidad y la desgracia, la alegría y la desesperación, fueran gemelas inseparables. Ya no sabía si era cruel o cariñoso, si el amor que ella tenía era miedo o curiosidad. Durante varios minutos, odiaba que le fuera tan ajeno y extrañaba la ordinariez humana, simple e inteligible de Grischa. Una y otra vez decidía dejarlo para volver al Cisne Verde y se ponía un plazo. Si no cambia en dos semanas, pensaba, me voy. Él no cambiaba, y ella se quedaba. Su modesta imaginación, formada a partir de los modestos conocimientos que los escritores tienen de las almas de personas singulares, le ordenaba a veces usar alguno de los pequeños recursos de las novelas. Empezaba a debatir sobre las ridículas opciones que tenía. ¿Podía causarle celos, quizás? De las pobres experiencias de su vida amorosa pasada, intentaba combinar recetas, armar

situaciones, evocar los truquitos de la tradición literaria antigua que mistifica la vida de manera extraordinaria. Pero lo miraba a la cara y de pronto veía lo ridículo de sus esfuerzos. Ninguna ley era válida a su lado. Él no gritaba nunca. Nunca levantaba la voz de forma tal que uno pudiera escucharlo desde el otro lado de la puerta. A veces era posible sentir su ausencia aunque se lo estuviera mirando. Ella sentía su cuerpo grande y pesado, mordía su imponente cuello, sus dedos dibujaban el contorno de piedra de sus omóplatos, en su pelo se perdía el aliento de su boca. Quedaba envuelta en su fortaleza y por un momento se olvidaba de que él no era un hombre como cualquier otro. Pero de repente el deseo la obligaba a abrir los ojos y a mirar furtivamente hacia arriba. Y su mirada horrorizada le arrancaba el blanco de sus ojos abiertos. ¿Hacia dónde miraba Brandeis? ¿Qué buscaba en las paredes nocturnas, por arriba de su pelo? ¿Podían sus ojos perforar las paredes? ¿Veía el horizonte de su patria? En esos minutos, se encendía en ella un odio pequeño pero letal. Hubiera querido apuñalarlo para ver si era mortal.

Ella era una prisionera en la casa. Él le mandaba sastres y comerciantes, pero ningún invitado. Él no quería ver a nadie. Las personas eran como casas o mercancías. Trataba con ellas durante el día, en la oficina. Ella era joven, contaba sus años. Veintidós. Le reprochaba este número tan bajo a él, como si fuera el culpable de su juventud. Una vez él la vio llorando. La entendió. Estaba sentado torpe e inmenso frente al lamento de su mujer. Temió por su propia compasión. Odiaba la ternura que el consuelo ordenaba. No era capaz de medir la miseria que la persona estaba sintiendo en ese momento. No podía entender que

las causas más mínimas que producían dolor no determinaban ni su extensión ni su profundidad. Midió la desgracia de Lydia con la desgracia absoluta del mundo. Miraba indiferente cómo lloraba. Por primera vez, ella estaba llorando delante de un hombre indiferente. Era la primera humillación que se había imaginado sufrir. Su cabecita tramó una venganza. Empezó a mostrar su estado de ánimo. Ensayó un despotismo ajustado. Sorprendía a Brandeis con deseos inesperados. Quería ver gente. Una noche la llevó al teatro. En silencio, algo disgustado. Ya la antesala le parecía detestable. Tenía miedo del primer acto, esperaba la obra como se espera una catástrofe. Los experimentos de los directores en los primeros años posteriores a la guerra se habían moderado, el radicalismo de los dramaturgos empezaba a ceder ante los nervios del público. Brandeis dejó de lado el miedo para darle paso a un aburrimiento peligroso. Un par de veces se había mostrado con Lydia en los palcos del teatro, en un baile, en un concierto. Luego había dejado de preocuparse por los eventos sociales tradicionales que subsistían en un nuevo tiempo sin sociedad. Ahora, pasados unos meses, le parecía necesario convencerse de que había perdido todo interés en los fenómenos que sucedían sobre podios o escenarios. Aquella noche, su indiferencia era tal que comenzó a observar al público. Comprobó que había más gente que lo conocía de lo que había imaginado. Su anonimato corría peligro. Estas personas, pensó, no soportan vivir sin Dios y sin el Diablo. Les parezco siniestro. Estoy harto de que estos estúpidos me vean como una especie de demonio del este. Ese papel lo pueden jugar los judíos ricos de Chisináu, Odesa o Riga, que ya quisieran haber nacido en Berlín.

Al ver sus caras, sus fisonomías que parecían maniquíes, moldeados por peluqueros como si no solo les hubieran fabricado el pelo, la barba o la falta de ella, sino también la nariz, la frente y la boca, empezó a entender por primera vez que un único arrebato lo había llevado a hacer dinero, un único arrebato más fuerte que cualquier otro: el desprecio. El desprecio puede moverlo a uno tanto como el amor, el juego o el odio. Uno puede sentir un "desprecio mortal". Fue necesario observar esa fila de caras saturadas para que Brandeis fuera consciente de su arrebato, como cuando uno es consciente del amor al mirar a alguien. Muchos no lo conocían, pero lo saludaban. Sabían que él no los conocía. Y, sin embargo, le sonreían, le suplicaban que les respondiera. Tenían esa subordinación molesta de la gente que junta dinero para causas benéficas y públicas. Estiraban sus manos con miedo a que se los confundiera con mendigos. En ese momento, llegó el intervalo. Se pusieron en círculo sobre el piso brillante y encerado de la antesala, temiendo resbalarse. Entre la inseguridad de sus pies metidos en botas nuevas con suelas demasiado lisas y el sentido de distinción que percibían del nombre del teatro estatal, de los trajes de los acomodadores y de sus propios esmóquines, había un espacio vacío que sus cuerpos intentaban llenar sin éxito. Los cuerpos se esfumaban entre los rostros festivos y los pies resbaladizos. Se tambaleaban como un marco circular para dejar libre el óvalo vacío y reluciente que se formaba en el centro del parqué y al que nadie se atrevía a entrar. Brandeis se acordó de aquel domingo en el que había visto el desfile político en la Kurfürstendamm. Allí también habían dejado libre el centro. Con las mismas caras fueron al intervalo

en el teatro. Las chaquetas colgaban en el guardarropa. Solo los brazos se comportaban diferente. No se agitaban. Colgaban como prótesis negras al costado del esmoquin. De los vestidos de las damas, que daban cuenta del cuidado de la belleza, caía imperceptiblemente un reflejo colorido sobre las caras blancas de los hombres, un juego de colores de una relación sexual de alto nivel social. Cada uno de ellos sentía que estaba presenciando un estreno. Cada uno de ellos estaba feliz de que el otro también estuviera presente. Porque solo así, todos juntos, producían la imagen colorida para el informe preliminar del administrador del teatro.

Brandeis extrañaba a su director más joven, Paul Bernheim, y a su hermano Theodor. Creía que Paul y su mujer hubieran animado esa imagen colorida de forma más intensa. De los demás conocidos, solo valía la pena ver al crítico de teatro del periódico democrático que dependía de Brandeis. Pero el crítico apenas si conocía a su patrón, no como los redactores comerciales. El oficio del arte hace inofensivas a las personas. Quizás Bernheim ni siquiera vaya a ver estrenos, su posición social tal vez ya no se lo permita. Lo voy a invitar, pensó Brandeis. Voy a hacer que se conozcan con Lydia. Ojalá él se enamore de ella.

La joven señora Bernheim se había ido por dos semanas a lo de su tío Enders. Una pequeña reunión familiar, nada importante, Paul Bernheim se conformó con ir solo un día. Por primera vez entró a la casa de Brandeis. Por primera vez vio a la mujer con la que Brandeis vivía. Iba cargando todos los rumores que se habían divulgado sobre la princesa del Cáucaso, en los que

creía. Porque llega un momento en el que las verdades cada vez son menos, no son tan creíbles como los rumores, y cuanto más ordinario y aventurero suene un hecho, más dispuesta estará la gente adicta a las novelas a recibirlo.

Paul Bernheim era uno de los destinatarios más crédulos de los rumores románticos. Los coleccionaba, como las anécdotas, en un librito forrado en cuero con un fileteado dorado que solía mirar a escondidas antes de empezar a contar algo. En su mente, las historias estaban bien separadas de la realidad. Pero lo ponía feliz cuando alguna historia entraba en juego con la realidad de su entorno. Como buen europeo que califica los términos geográficos de acuerdo a la literatura, el este le parecía misterioso y el oeste, normal. Y el este empezaba pasando Katowice hasta llegar a Rabindranath Tagore. En esa región ubicaba él a Brandeis. Lydia era de un poco más al este. Es que era una mujer, y según lo que le había contado Tekely, era del Cáucaso y probablemente tuviera sangre real. Solamente con venir del Cáucaso le hubiera bastado.

Uno no ama a las mujeres, ama los mundos que representan. Aunque Lydia tenía un rostro europeo y bien podría haber nacido en Colonia o en París o en Londres —en realidad era de Kiev—, Paul Bernheim veía en ella el “tipo caucásico” y, como no tenía idea sobre su pasado en el Cisne Verde, la marcó en silencio e instantáneamente: auténtica, distinguida, exquisitamente extraña dama. Sus ganas de confirmar su conocimiento del mundo y de las mujeres lo llevaron a hacer rápidas formulaciones demasiado pronto. Sí, mientras caracterizaba a esta mujer para él, se escuchaba a sí mismo

hablando en voz alta sobre ella, y para mostrar la admiración que sentía por el Cáucaso y su descendencia, agregaba lo que sus oyentes ficticios le proporcionaban. Estaba tan feliz por poder incorporar una historia a su realidad que incluso la ampliaba y la descuidaba. Claramente, pertenecía a esos hombres que cambian de golpe cuando están cerca de una mujer que podrían conquistar. Auténtico ejemplar de la especie de hombres de sociedad como era, sacó a relucir sus virtudes encantadoras y empezó a contar historias de Oxford que nunca lo dejaban a pie, ni con hombres ni con mujeres. Él era el primer hombre con el que Lydia hablaba desde hacía más de un año. Ella comparó al robusto y callado Nikolai Brandeis con el elocuente e hiperquinético Paul Bernheim. Aquella noche hubo incluso algunos momentos en los que parecía que Paul y ella tenían una complicidad secreta contra Brandeis. Cuando Paul preguntó:

—¿Reciben visitas alguna vez?

Ella contestó rápidamente:

—¡Nunca! —Y contestó tan rápido que daba a entender que había estado esperando esta pregunta.

Brandeis agregó, bajito:

—No me gustan los extraños.

—¿Y a usted, distinguida señora? —preguntó Bernheim.

Ella no respondió.

Los ojos de Nikolai Brandeis no se movían. Los párpados abiertos apuntaban a la mesa, pero llegaban a las paredes en penumbras y a las dos personas a su lado, y su luz firme y vigilante atravesaba toda la habitación. Como era habitual en él, tenía agarradas las esquinas de la mesa con sus enormes manos,

como si quisiera apoyarse sobre ellas para levantarse, aunque a veces a Paul le parecía que Brandeis estaba más bien a punto de volcar la mesa. De pronto, sintió nítidamente su odio contra Brandeis, como si hubiera sido necesaria la presencia de esta mujer para darle un nombre y una claridad a la relación que había entre ambos hombres. Su primer sentimiento fue de envidia. El mongol extranjero —se dijo Paul, y sin saberlo estaba usando la terminología de su hermano Theodor— posee este joven cuerpo todas las noches. Porque para él dormir juntos era una confirmación de que el hombre poseía y la mujer era poseída. Este hombre, siguió pensando, que nada lo mueve más que la codicia por el dinero, trata a la mujer a la usanza oriental y la encierra en un harén. Seguro es celoso. ¿Cómo no lo sería, en mi presencia? Hasta ese momento, Paul había logrado ahuyentar ese pensamiento insistente que lo perseguía: gracias a Brandeis, había conseguido ascender. Cobraba ciento cincuenta mil marcos al año trabajando tres horas por día y oficiando de representante. Así y todo, consideraba indigno tener reuniones con aseguradoras médicas, comités de empresas y compañías de seguros. Sospechaba que Brandeis de manera intencional mantenía lejos a un hombre tan peligroso como Paul Bernheim del llamado “servicio externo”, en especial del trato con los bancos, cuando justamente los bancos eran la especialidad de Paul. Lo enojaba que Brandeis hubiera ayudado a Theodor tan rápido y sin dudar. Envidiaba un poco a su hermano por conseguir ese puesto en la redacción. Porque él mismo, Paul, había sentido el llamado a realizar una acción directa y pública. ¿Qué daño le hubiera causado a Brandeis si lo convertía en uno

de sus tres poderosos directores editoriales? ¡Me tiene miedo!, se consoló, mientras en su interior crecía el temor que le tenía a Brandeis, como un viejo dolor. A lo lejos y un tanto difuso, apareció el recuerdo sombrío de Nikita Bezborodko. No lo reconocía aún, pero ya estaba buscando un punto débil en la vida de su enemigo. Creyó que esta invitación a su casa había sido gracias a su astucia, él mismo la llamó “una irrupción”. Por supuesto que Brandeis tenía un “punto débil”. Esta mujer, de hecho. Las facultades psicológicas de Bernheim habían sido formadas por las novelas en las que un importante hombre adinerado trata de ganarse sin éxito el amor de una mujercita, hasta que la pierde definitivamente ante un avezado conocedor del alma femenina. Ya creía predecir todo el desarrollo de la historia. En esa área, si no en ninguna otra, estaba a la altura de Brandeis. Ahí quería vengarse. Pero como era lo suficientemente sentimental como para no poder vengarse sin contar con una garantía moral, le pareció necesario amar a Lydia. Entonces, la amó.

Al día siguiente, les propuso a los dos ir a pasear en auto. Esperaba que Brandeis rechazara la invitación. Pero Brandeis aceptó.

Sin embargo, al día siguiente se excusó. Le sugirió a Bernheim que fuera solo con Lydia. Viajaron a setenta kilómetros por hora, una velocidad que todos los escritores modernos estudiosos de la relación entre el corazón humano y los motores decretan para situaciones similares. Paul, que desde su casamiento había vuelto a la literatura contemporánea e incluso a

relacionarse con escritores, conocía muy bien la explotación de las bellezas naturales a través de la velocidad:

—Cada dos días recorro el mundo así, a toda velocidad —le dijo a Lydia—. El auto nos enseñó a observar la naturaleza. Es magnífico ver cómo son engullidas las calles, las casas, los árboles. Mi chofer es un cobarde. No pasa de los cincuenta, sesenta kilómetros. Pero yo pienso: el que trabaja a toda velocidad tiene que disfrutar a toda velocidad. Todo el día corremos peligros, incluso estando sentados tranquilos en la oficina. Créame: no quiero prescindir del peligro.

—¿Usted de verdad estuvo en la guerra?

—Cuatro años, caballería.

—¿Le apasiona montar?

—Lo hago una vez, dos veces a la semana. ¿Le gustaría andar a caballo conmigo, distinguida señora?

—Me da un poco de miedo.

—¿Incluso si yo la acompaño? ¡Podemos conseguirle un animal manso!

Lydia Markowna recordó una serie de fotos llamada “La dama a caballo”, que había aparecido en una “destacada” revista de moda, en papel satinado y de color verde azulado brillante, al lado de otra serie: “Madre e hijo”, y una tercera: “Matrimonios en sociedad”. Ella miraba los discretos epígrafes: “Señora directora general Blumenstein” y “Condesa de Hanau-Lichtenstern a caballo”, o “Cabalgando por la mañana”, o “En la silla de montar”. Y todas las representaciones de la distinción, que a falta de material vivo parecían haber sido rescatadas del estudio fotográfico de las compañías fílmicas, aparecieron en la memoria

de Lydia y encendieron en ella una ambición social. ¿Dónde habría una hija de un relojero de Kiev que no sucumbiera a dicha tentación? Porque su padre había sido relojero, y ella misma, cuando era más joven, había sentido que su destino era ascender de clase social; los poemas de Pushkin, junto con un talento normal para la actuación, debían asistirla en ese objetivo. Aquel verano en el que Nikolai Brandeis desertó del Ejército Rojo, el padre de Lydia murió. Ella huyó. Empezó a trabajar como moza en un restaurante ruso donde rechazaba las propinas y, como consecuencia de ello y porque la imaginación de los visitantes necesitaba ejemplos ostentosos ante la crueldad de la revolución, adquirió fama de princesa. Era el mismo restaurante en el que unos inmigrantes, que antes habían sido actores, fundaron el Cisne Verde. Se llevaron a Lydia. De esta manera cumplió indirectamente su deseo. No era la Academia de Teatro de Moscú, a la que de hecho pertenecía, pero era un teatro. Como todos los colegas vivían en pareja y ella y Grigori, el cosaco, dormían solos, luego de dudarlo un poco decidió acostarse a su lado. La compañía se ahorraba el alquiler de una habitación de hotel. Cuando se fue con Brandeis intuyó que lograría un ascenso social fantástico. Sin embargo, en lugar de acceder finalmente al círculo soñado del "gran mundo" con la ayuda de un hombre rico y enamorado como había querido, se convirtió ella misma en la chica enamorada de un señor callado y por ende peligroso, incomprensible e infinitamente extraño. Estaba celosa de aquellos largos días que Brandeis pasaba en algún lugar, no sabía dónde. Le había prohibido visitarlo durante el día. Pensó si era capaz de animarse a preguntarle a Paul. ¿Brandeis tenía otras

mujeres, quizás? A veces soñaba con que tenía varias mujeres encerradas en otras casas como ella. ¿No se pondría celoso?

—¡Espero que el señor Brandeis no se ponga celoso! —dijo Paul de repente, en voz baja y bromeando tímidamente, como suelen hablar los seductores profesionales en ausencia de sus rivales.

—¡No! —dijo ella—.

—¡Yo sí lo estaría, en su lugar!

Lydia le estaba agradecida. Las mujeres creen que necesitan una aseveración. Hace siglos se las seduce con mentiras, no con verdades. De Brandeis nunca había escuchado un piropo. Rápidamente preguntó:

—¿Y su mujer? —Y en seguida se arrepintió.

—¿Mi mujer? —repitió Paul asombrado, como si la hubiera olvidado por completo—. ¡Se tienen que conocer!

Ella decidió preguntarle a Brandeis si la señora Bernheim era linda, bajita, cariñosa, alta, rubia o morena. Como todo el mundo, recién se tranquilizaba cuando, además de saber algo del hombre que estaba conociendo, podía averiguar algo sobre la mujer que le pertenecía o que, al menos, parecía pertenecerle.

Volvieron lentamente a la ciudad, ya era de noche y había refrescado.

—¿Usted baila? —preguntó Paul, pensando en la extraordinaria posibilidad de acercarse al cuerpo de aquella mujer.

—Bueno —dijo ella, ingenuamente y sin medir las consecuencias—, desde el Cisne Verde que no bailo.

—¿El Cisne Verde?

—Es un cabaret.

—¿Y?

—¡Yo actué ahí!

La sorpresa de Paul era inmensa. No hubiera sido tan grande si, por ejemplo, le hubieran revelado que su mujer no era una Enders de nacimiento. Nada era más importante para un hombre como Bernheim que enterarse de que no estaba sentado al lado de una princesa, sino de una actriz.

—¡Ah! —dijo.

Y como aquella vez en el baile de máscaras en el que de pronto había perdido la capacidad de seguir intimando con la señorita Irmgard Enders, ahora perdía la capacidad contraria de mantenerse alejado. Automáticamente, apretó su pierna contra la rodilla de su acompañante. No habló más. Se detuvo, y sin decir una palabra intentó rodear a Lydia con su brazo.

Ella entendió el sentido de su movimiento y, un segundo después, también la razón. Sintió la misma vergüenza muda y desesperada que había sentido cuando Grischa la había vendido a Brandeis. Pero ahora no lograba ni siquiera ponerse a gritar. Era como si su corazón ya se hubiera acostumbrado a tolerar las vergüenzas en silencio. Ya no estaba sufriendo una injuria nueva o por primera vez, era el recuerdo repetido de la primera. No fue por desesperación, sino más bien por una necesidad instintiva de defenderse, que rompió en un llanto silencioso. Las lágrimas son las únicas armas de los indefensos.

Pasaron un par de minutos hasta que Paul Bernheim comprendió que había ofendido a Lydia. Como su madre, que era capaz de imaginar que un funcionario estatal y un maestro tenían

un honor distinto entre sí, su hijo Paul no iba a permitir que una actriz se sintiera igual de ofendida que una princesa del Cáucaso o una Enders de Renania. Pero, como el azar no siempre le daba la razón a su madre, su visión sobre los diferentes tipos de honor de las mujeres evidenció que estaba especialmente desorientado, algo que compartía con todos sus colegas seductores. Porque nada es más independiente del estatus, la clase, la familia, la ocupación y la crianza que el concepto de honor para las mujeres. Princesas y prostitutas se sienten ofendidas y halagadas en las mismas ocasiones. En el momento en el que Paul entendió por qué lloraba su acompañante, le dolió, porque en el fondo era un bonachón, y se lamentó por la "oportunidad perdida", como se dice en la jerga de los hombres de clase alta. Se detuvo. Sin mirarlo, con la cara escondida, Lydia salió del auto. Empezó a caminar derecho sin ver por dónde. Él se bajó y la siguió. Dijo algo, pero ella no lo escuchó. La vergüenza la llenaba con un fragor ahogado. Finalmente, él vio que ya no podía hacer nada. Y su preocupación se dirigió al Packard que había dejado estacionado en el medio de la carretera. Dio la vuelta, condujo por un camino paralelo y se quedó con la sensación demoledora de haber sufrido una derrota.

El sentimentalismo es pariente de la ordinariez. Y que Paul Bernheim haya vuelto a su casa pensando en Lydia, todo enamorado y melancólico, es comprensible. Ahora la deseaba más que antes, ahora que la había perdido definitivamente le parecía más valiosa.

Ya en su casa, lo primero que vio al entrar fue la enorme fotografía de su esposa. Irmgard le parecía aburrida, frágil, de

huesos toscos. Él pensaba que a causa del deporte sus músculos eran masculinos, sus hombros estaban separados dos centímetros más de lo normal, sus manos eran fuertes, grandes y secas. Lydia era delicada, adorable, su piel tenía una tersura amarillenta, sus pechos eran dos lunas marrón oscuro. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Lydia llevaba un rato largo esperándolo a Brandeis. Llegó tarde, cerca de la medianoche. Él vio sus ojos rojos, no preguntó nada y se fue de nuevo.

Era una de esas noches en las que tenía pensado dormir en alguna habitación de hotel.

XVIII

Todas las carreteras del mundo se parecen entre sí. Todos los burgueses del mundo entero se parecen entre sí. Los hijos se parecen a sus padres. Quien haya llegado a comprender esto podría entrar en desesperación si piensa que nunca presenciará algún cambio: sí, las modas, los regímenes, el estilo y el gusto pueden cambiar, pero las antiguas y eternas leyes permanecen, esas leyes que hacen que los ricos se construyan casas y los pobres, chozas; que los ricos usen ropa y los pobres, harapos; y también esas leyes según las cuales los ricos y los pobres aman, nacen, se enferman y mueren, piden y esperan, se desesperan y se marchitan.

Pasamos a conocer la casa del ahora ascendido Paul Bernheim, y no está de más recordar la de su padre. El viejo Bernheim había hecho sacar los árboles y el muro, y el joven hizo

construir un muro y plantar árboles adultos y antiguos en el suelo virgen de su terreno. En su jardín no había enanos. De todas formas, Grützer & Co. había dejado de fabricarlos. Ahora hacía delgadas, blancas y huecas figuras femeninas de porcelana de difícil carácter. Sus extremidades eran como agujas de pino. Sus pechos eran pequeñas pirámides; sus pancitas, paralelogramos; sus codos, astas de lanza, y sus rodillas dobladas en tres eran como esos modelos que se usan en medicina para ilustrar las consecuencias del raquitismo.

En el recibidor de Bernheim, había media docena de esas figuras. Formaban parte de los regalos que había recibido del señor Carl Enders y daban cuenta de su gusto moderno, o mejor dicho: del esfuerzo que hacía por demostrar que tenía un gusto moderno. Sin duda, hubiera preferido a los enanos de arcilla del jardín de la antigua casa de los Bernheim. Pero también hubiera estado preparado para despreciarlos compasivamente. Cuando Carl Enders podía comprar un cuadro, se fijaba que fuera opuesto a su criterio y a sus sentidos. Así se aseguraba de estar comprando una obra de arte moderna y valiosa. Practicó mucho, al punto tal que cuando veía algún objeto que le despertaba desagrado empezaba automáticamente a apreciarlo, y desconfiaba, indignado, de lo que le gustaba. Podía aplicar este método porque se había hecho la fama de tener un “gusto infalible”, y así continuaba oponiéndose a su propio gusto auténtico. Paul le debía a él la ubicación de la casa, la decoración y las piezas de arte. La casa parecía un barco sin su estructura interna. Solo las ventanas, que llegaban hasta el piso como si se pudieran usar como puertas, le recordaban al observador que se

trataba de una vivienda. Por lo demás, estaba pintada de blanco y flotaba, estática. Si se miraba desde afuera el voladizo semicircular, en cuyo interior se podía desayunar en verano, parecía tener camarotes de lujo. Sobre el voladizo, el techo parecía un puente de mando espacioso. En el primer piso, las paredes eran más bajas y las ventanas, más agradables. Bordes de madera del techo, anchos y planos, se cernían sobre ellas. Arriba solo estaba el desván, redondo, bajito y amurallado, con ventanas bajas y anchas, que no tenían otro objetivo que portar banderas cuando se daba la ocasión. El parque era grande. Los pocos árboles que habían sido desplazados estaban cerca de la casa, como temerosos de la amplitud del jardín. La casa de los Bernheim parecía contener más "luz, aire y sol" que el resto del mundo —para el señor Enders, esos tres elementos eran tan sagrados como la arquitectura moderna—, y a veces, mientras afuera el cielo estaba nublado y el aire contenía una espesa neblina, en las habitaciones parecía brillar un sol privado. Lo que más le gustaba a Paul era permanecer delante de la chimenea. Ese lugar, que alguna vez había sido un área principal natural de todas las viviendas, cuevas y chozas, era ahora un símbolo de las casas de los ricos y un depósito de todo el sentimentalismo acumulado durante el día. La chimenea de Paul Bernheim estaba revestida de una pirámide de piedra, en cuyo ancho borde había un vaso de agua, una cajita de cigarrillos, fósforos de coloridas cabezas y un florero azul con geranios. Una reja de latón reluciente rodeaba el fuego, y un tablero de ajedrez con piezas blancas y negras, construido en medio del pasillo de madera, iba desde la chimenea hasta llegar casi al centro de la habitación.

Había una silla reclinable de colores resplandecientes en el lado derecho y una sillita tapizada sin respaldo en el izquierdo. Una estructura de acero, que podía portar tanto una cámara fotográfica como sombreros, paraguas y ropa, se fundía mágicamente con una pantalla verde, en cuyo interior densamente forrado brillaba una bombilla eléctrica. Paul abrió la puerta del comedor. Le encantaba apartar la mirada del fuego y dirigirla hacia la luz tenue del comedor, donde sillas blancas y amplias, con mullidos asientos de paja tejida, se ubicaban alrededor de una mesa redonda y marrón, en cuyo centro había un cuenco blanco lleno de flores amarillas. En el marco de níquel se veía un gong que algún desprevenido podía confundir con un espejo de afeitar. Una mirada oportuna al badajo con el grueso botón de goma gris evitaba la confusión. Paul Bernheim miró bien cada una de las sillas antes de sentarse, temiendo que el lustre no se hubiera secado aún. Olía a barniz, aceite y aguarrás, un olor que Irmgard mandaba siempre a repeler con fragancia de pinos, no sin antes envolver los cuadros para protegerlos del aerosol. Solamente en el cuarto de Irmgard olía a crema de manos, lápiz labial y rizador. Frente a la gran cama cubierta con telones estaba colgado el exclusivo cuadro del exclusivo pintor Hartmann, que el señor Enders había comprado por cincuenta mil marcos. El señor Enders, que pagaba de mala gana a pintores, sastres y peluqueros, porque consideraba que eran servicios públicos como el empedrado o las luces de la calle para los que uno pagaba impuestos, le había extendido provisoriamente al pintor Hartmann un cheque de diez mil marcos, con la vaga esperanza de que el tiempo hiciera bajar el valor del dinero

adeudado restante. Creía que nada podía resistir al tiempo. El tiempo devoraba personas, objetos y deudas. Al pintor Hartmann lo comprometía especialmente. Porque cuanto más viejo se ponía, se volvía una presa fácil para las mujeres que lo llevaban al borde de la tumba para abandonarlo allí. Desde que el señor Enders le debía cuarenta mil marcos, vaticinaba que el pintor se iba a suicidar en algún momento. La perspectiva de suicidio hacía que el cuadro fuera más valioso. Irmgard podía observarlo bien desde la cama. Durante el día colgaba oportunamente frente a las ventanas. Para la noche, el señor Enders había hecho instalar un dispositivo: un marco luminoso angosto de vidrio opaco que se prendía con una tecla que colgaba por encima de la cama. Así, Irmgard podía llevar el cuadro al sueño, un sueño preconcebido.

Paul Bernheim se sentó delante de la chimenea. Pero hoy el fuego no lo tranquilizaba. Se encontraba solo en su crujiente y pintada casa nueva, en donde no estaba cómodo, porque sentía el predominio del señor Enders y de la industria química. ¿Dónde podía sentirse a gusto? En el negocio lo amenazaba Brandeis y en su casa, Enders. ¡Ay! Se había imaginado que iba a ser más fácil. Había pensado que luego de cinco meses se convertiría en un distinguido miembro de la gran industria. Pero el industrial Enders era más cuidadoso y malicioso que el financiero Brandeis. Paul estaba seguro de que, por ahora, él era un instrumento de reserva entre ambos. Nadie le decía nada. Le dejaban un martillo en el cajón con el que de vez en cuando tenía que clavar unos clavos. La situación amarga con Lydia no era lo único por lo que estaba enojado. Él, director en el negocio de Brandeis, se había

enterado de que Brandeis había empezado, en secreto, a comprar acciones de la Sociedad Anónima de Transletania. Y también había escuchado que había creado en Albania una empresa de explotación forestal bajo su égida. ¿Qué buscaba Brandeis en Albania? Decían que se había asociado con el Gobierno italiano para construir las vías del tren allí y se negaba a traer el material desde Roma. Pero el Gobierno italiano iba a intervenir en la concesión solo bajo esa condición. De a poco, Paul fue entendiendo el sentido de los viajes que hacía Brandeis cada dos meses. Viajaba siempre a los Balcanes, pero el correo le llegaba a Viena. Se volvió más peligroso, pensó Bernheim. Cuando empezó con sus compras discretas nadie lo conocía. La gente lo dejaba hacer. Y de forma lasciva dijo a media voz apuntando hacia el exquisito fuego de la chimenea: "Pero no va a salirse con la suya, no lo van a dejar". En ese momento sonó el teléfono. Era Irmgard, como todas las noches.

—¿Cómo estás?

—¡Cómo estás!

—¿Todo bien?

—¡Todo bien!

—Decime algo cariñoso.

—Irmita —inventó, con mucho esfuerzo. No le salía ser tierno por teléfono. Irmgard se lo pedía seguido, pero de la misma manera en la que le gustaba preguntar por carteros, choferes y la ropa para lavar.

—¿Sabías qué?

—¡Contame!

—¡El tío me va a comprar un caballo!

—¡Qué bueno! —gritó Paul con una euforia que sintió como una arcada.

—Quiere hablar con vos.

El señor Enders empezó a hablar. Su voz se oía desde muy lejos, porque nunca hablaba al aparato, sino al aire. Cuando salía de la casa, algún empleado podría usarlo y dejar bacterias. Todos los meses cambiaba los aparatos de toda la casa.

—Querido joven —dijo la voz a lo lejos—, ¿has oído algo sobre Brandeis?

—¿Qué cosa?

—La Sociedad Anónima de Cisletania y Transletania. Es nuestro ámbito. Seda artificial hacia los Estados sucesores.

—¡Es posible! —dijo Paul.

—¡Averiguá! ¡Irmgard llega pasado mañana! ¡Pupila! —A Enders le encantaba agregar esa palabra en las conversaciones telefónicas con gente de confianza, como una especie de código telefónico.

Paul volvió a la chimenea. Sabía exactamente lo que el señor Enders le estaba diciendo ahora a Irmgard: "¡No te enojes, pero tu marido es un tonto de aquellos!". Estas palabras eran más claras que las que recién había escuchado por teléfono. ¿Tendría que visitar a Brandeis ahora? ¿Para qué? ¿Qué podría averiguar? ¿Y si Lydia le había contado? ¡Qué vergüenza! ¡La reputación de un caballero!

Esa palabra desencadenó nuevas asociaciones. Recuerdos de los sueños que tenía antes de casarse. Independencia, química, dominio del mercado, de las bolsas, negocios con Estados Unidos, viajes en avión, dos días en Londres, París, luego Nueva

York, una red de poder que abarcara todo el mundo, acciones en todos los periódicos alemanes. En casa, visitas, tenis, cabalgatas, boxeo. No esta gente aburrida que venía ahora. No esas horas de gimnasia por la mañana, que Irmgard amaba hacer, siguiendo las indicaciones de la radio. No, no se había vuelto poderoso. Ya no había respeto. Antes, su vida de soltero había sido distinguida y libre. En relación, Theodor había crecido más rápido.

Paul se acercó al mueble del gramófono —otro regalo del señor Enders— y puso el disco de los Cinco Hermanos King de Wilmington. El canto de las voces suaves y graves profundizó la tristeza de Bernheim hasta convertirse en consuelo. Se sentó al lado del aparato para poder girar una y otra vez la manivela. No soportaba más el silencio de la casa. Los negros tenían que cantar. Cantaban sobre el abandono de una raza entera y envolvían en su horrible y doloroso pasado a este hombre extraño y perdido. Con una mirada de agradecimiento y devoción, Paul observó el gramófono. Era el único regalo de los Enders que amaba. Qué bueno, el gramófono. Veinte años atrás había que sentarse al piano. Ahora, con solo dar vuelta una manivela bastaba. Los remedios de consuelo también habían progresado, y la técnica no había desterrado del todo el sentimentalismo.

Hizo que le trajeran los diarios y los abrió en la sección de noticias generales, con algo de cargo de conciencia. Él se decía a sí mismo que era una deshonra para un hombre de negocios no mirar primero la sección de la Bolsa; pero fue más fuerte que él, se sintió compelido a buscar entrevistas de arte, ponencias de teatro, tragedias familiares. El día venía cargado de mala suerte, así que encontró un artículo de su hermano Theodor sobre una

exposición de encuadernaciones, pero también sobre Alemania, Europa, el peligro amarillo, India. Theodor no se perdía ninguna oportunidad. Siempre daba su opinión, y tenía al alcance una cantidad de formulaciones sin sentido pero contundentes. Las había escuchado y había ensamblado sus partes acústicas, las había despedazado, trasladado y alimentado con tendencias provenientes de ideologías nacionales, del marxismo y de Stirner. Paul hizo un esfuerzo por levantarse, volver a la chimenea y tirar el diario. Era una de esas personas sensibles que creen estar eliminando algo del mundo si lo sacan de su vista.

Los negros seguían cantando. El fuego de la chimenea se iba apagando lentamente. Paul Bernheim no encendió ninguna luz. Se durmió en la silla reclinable colorida cuyas flores grandes y amarillas rompían de forma virulenta la oscuridad.

XIX

Theodor se puso el esmoquin. En el espejo, su rostro brillaba con palidez festiva. Con una tijera chiquita, intentó atrapar unos pelitos dispersos que le salían de las orejas. Cuando se trataba de su aspecto, hacía uso de toda la dulzura y paciencia del mundo. Miró una vez más sus largas manos, de las que estaba orgulloso y de cuya forma infería su naturaleza aristocrática. Se deslizó en el saco, levantó las solapas y subió las luces. Prueba de iluminación. Buscaba el reflejo de su perfil girando la puerta del armario con espejo de manera tal que apuntara en un ángulo torcido hacia el espejo grande de la pared. Se sacó los anteojos y por un momento no pensó en nada, como si sus pensamientos se

murieran por falta de alimento visual. A través de la puerta cerrada de la habitación de al lado, se escuchaba el tecleo de una máquina de escribir. El ritmo apresurado de las teclas era para él una música encantadora. “Ahora va por la tercera página, esa en donde hablo de la impotencia de las noches en las grandes ciudades alemanas. Impotencia de las noches suena bien, es impecable, magnífico”. La secretaria tenía luego que encargarse de unas cartas. “La correspondencia”, decía Theodor. Si el correo le traía muchas cartas, sentía que se acercaba más al centro del mundo. Cuando le llegaba una respuesta sobre alguno de sus artículos, se la pasaba inmediatamente a la redacción para que se enteraran de la eficiencia de sus colegas. Además, se la mostraba a sus amigos, en especial a quienes podría causarles enojo. Él contestaba todo. Solicitaba invitaciones a fiestas, exhibiciones, conferencias, imitaciones de salones de directores de bancos, de un general, de un ministro. Al día siguiente, les contaba a todos las discusiones que había tenido. Pretendía mostrarles a los “tipos” una nueva clase de “alemanes jóvenes”: objetivos, y aun así patriotas; criados en la aristocracia, y aun así revolucionarios; pensadores diplomáticos, y no obstante conversadores sinceros. Temblaba sin parar por miedo a decir demasiado. Con ciertos “tipos” no quería quedar mal, aunque no le cayeran bien. Entre ellos, se encontraban sus propios editores, editores de revistas, un redactor que había tenido que ocuparse de los artículos de Theodor. Cuando una vez ese redactor escribió un artículo, recibió instantáneamente una llamada de Theodor:

—¡Lo felicito! ¡Excelente!

Después, les dijo a sus amigos:

—¿Leyeron el artículo? Escribe muy bien el tipo, pero es ingenuo, es ingenuo. ¡No está mirando al mundo!

El tecleo había desaparecido. La secretaria llamó a la puerta. Aunque Theodor no consideraba adecuado establecer una relación personal con su secretaria y solo la veía como una "empleada", alisó con dos dedos su pelo con raya al medio antes de gritarle: "¡Pase!". Estaba sentado a la mesa para leer el manuscrito. La secretaria, parada al lado. Llegó a la parte de la impotencia de las noches, giró su cabeza hacia ella y dijo:

—¡Bien! ¿No? —Y en seguida se enojó. No lograba encontrar el punto exacto entre querer escuchar unas palabras de reconocimiento y la necesidad de mantener al personal a una distancia respetuosa. A veces se olvidaba de leerle a la secretaria un artículo de actualidad y ella ya no tenía tiempo de pasarlo en la máquina de escribir. La pobre chica, que escribía cartas comerciales todos los días de ocho a cuatro, sentía que su actividad en lo de Theodor era un baño diario de agudeza e ingenio. Ella lo admiraba. Leía los libros que él recibía para las entrevistas según las anotaciones de sus ponencias. Si Theodor veía su admiración, achicaba un centímetro la distancia respetuosa preguntándole: "¿Está cansada? ¡No hay problema! ¡Hoy trabajemos menos!". Guardaba el manuscrito en un sobre y escribía "urgente", aunque no fuera urgente. Le encantaba darles un empujón a las cosas lentas para apurarlas. Lo que no era urgente no era importante. Velocidad, velocidad. Por desprecio al correr de las horas, había adelantado las agujas de su reloj de bolsillo. Lo miró. Y aunque todavía le quedaba una hora, dijo:

—Bueno, ya no tengo más tiempo. ¡Se puede ir!

La secretaria se fue. Él se sentó, giró la manivela del gramófono y se entregó al canto del disco de los Hermanos King de Wilmington. La música de los negros lo puso de buen humor. Hoy tenía un evento, y pensó en mostrárselo a los “tipos”. Hoy iba a lo de su hermano Paul.

En la casa de Paul Bernheim, esperaban a un invitado de Francia. Era uno de esos escritores que, después de la guerra, habían empezado a construir relaciones entre los pueblos, a producir palomas de la paz literarias. El ministro de Guerra usaba los impuestos de los honorarios que ellos le pagaban a la patria para una guerra futura. Por su parte, el ministro de Educación los llenaba de recomendaciones para la Embajada alemana en París. Organizaciones por la cultura, la paz y el entendimiento invitaban a autores de libros traducidos a brindar conferencias. Los escritores iban, daban una conferencia, los invitaban a casas, les daban trufas y ellos estudiaban con benevolencia los usos y costumbres de los enemigos del pasado. Hacían anotaciones para futuras series de artículos sobre poetas alemanes, directores generales alemanes, revolucionarios alemanes. Acompañados por profesores de filología románica como ángeles de la guarda, iban a las casas de ricos y adinerados, de eruditos y pensadores europeos, de industriales que producían gases tóxicos en las fábricas y dejaban a Keyserling entrar a su morada.

El invitado no aparecía aún. El profesor Hamerling había llegado temprano y creía escuchar los reproches mudos que Paul Bernheim iba preparando internamente. Las preguntas de la señora Irmgard ya las sentía como quejas: “¿Él se sabe ubicar en

Berlín, señor profesor? ¿Le dio bien la dirección, señor profesor? ¿No se habrá equivocado de invitación, señor profesor?". Los invitados iban llegando de a uno. La iluminación de las habitaciones parecía fortalecerse con la luz pacífica que todos portaban como faroles. Asentían con las cabezas, pasaban por alto los nombres de los que se presentaban y los miraban directo a la cara, no con los ojos, sino con todos los dientes. Se sentían animados en la casa de Paul Bernheim, que era una de las más modernas de la ciudad. "*Alles comme il faut*", decía la gente, que usaba expresiones técnicas en francés en eventos sociales como el latín se usa en una consulta médica. Esta gente *comme il faut* que Paul Bernheim había invitado venía de distintos ámbitos. Llegó con su esposa el señor Von Marlow, de aires nobles, un hombre que se había pasado de los nacionalistas alemanes al Partido Popular desde que vivía en Berlín y había alquilado todas sus propiedades silesianas. El asfalto de la ciudad parecía que lo volvía cada vez más liberal. El ideal de distinción, que antes consistía en ser lo más nacional posible, exigía ahora un pensamiento más europeo. De manera indirecta —solo sus parientes cercanos estaban al tanto—, el señor Von Marlow enviaba todos los años a Doorn, para el cumpleaños del Káiser, sus deseos más humildes. No eran manifestaciones de una ideología, sino más bien una costumbre que formaba parte de un rito, un asunto privado religioso, como los judíos en Berlín que, desprendidos de sus creencias, siguen celebrando sus días más sagrados con vergüenza y a escondidas, mientras que festejan la Navidad públicamente y a la vista de todos sus vecinos.

Llegó también el editor de un diario democrático, que siete años atrás había empezado siendo más radical y ahora luchaba por llegar al centro —como el señor Von Marlow, pero partiendo del extremo opuesto— desde que, gracias a una importante dote, había podido comprar una propiedad pequeña en el Margraviato de Brandeburgo y el contacto con dicha tierra lo llevaba a tener opiniones cada vez más conservadoras. Aunque su mujer, que se hacía traer vestidos de París cada tres meses y daba recomendaciones para desfiles de moda en el Molineux, evidenciaba el ambiente culto y comercial del que provenía. Pero la perdonaban y se esperaba que se convirtiera en una propietaria feudal hecha y derecha, considerando sus horas de cabalgata regulares en el Tiergarten. Llevaba puesto un vestido verde oscuro y maquillaje marrón, porque su piel era aceitunada. La señora Irmgard tenía casi el mismo modelo de vestido pero en azul, una situación similar la había llevado a viajar a París en la misma época. El próximo vestido me lo hago traer de Viena, pensó la mujer del editor. Miró a la señora Irmgard y adivinó, espantada, que ella había pensado exactamente lo mismo. Ella sí que tiene brazos muy gordos, pensó la mujer del editor. Ella sí que tiene brazos muy flacos, pensó al mismo tiempo la señora Irmgard. Llegó también el conocido publicista Freytag con su mujer, cuyos vestidos eran de peor calidad que los artículos de su marido. Las miradas de las ricas damas se encontraron armónicamente por un segundo y condenaron a la señora Freytag. En realidad, su vestido era de una de esas liquidaciones totales que hacen las grandes casas de ropa al final de la temporada y donde se pueden comprar los vestidos de gala usados un par de

veces por modelos. Los rasgos de la señora Freytag eran duros, las arrugas alrededor de los ojos delataban que nunca había recibido masajes, era joven, tenía apenas treinta y seis años. Pero los primeros años de matrimonio, en los que su marido era todavía un "periodista menor", ahora parecían querer dibujar el recuerdo en su rostro. Antes, esos años eran inofensivos. Pero el rastro de la preocupación llegaba lentamente, más tarde, como cuando una debilidad aparece mucho tiempo después de una disipada emoción. La señora Freytag estiraba su mano con inseguridad. Dejaba su codo en la cintura y su mano parecía tener vergüenza; evocaba la imagen de otra mano estirada en la cocina, una que recién se había secado con un delantal azul. Llegó también un comandante del Ministerio de Defensa Imperial vestido de civil que parecía estar sostenido por un corsé, con el rostro duro de pájaro y ojos inmóviles que remitían a botones negros y chiquitos. Desde la izquierda hacia la derecha, la gente se iba encontrando en el medio, formaban grupos por compromiso. Algunas personas se desprendían de los grupos y de pronto quedaban perdidas como en el desierto y sentían la necesidad de apoyarse en algún lado. Tímidamente, sus brazos comprobaban la solidez de los muebles. Una enorme y triste ausencia de vida, iluminada con luces de fiesta, flotaba en las habitaciones. La señora Irmgard recibía un invitado tras otro, *comme il faut* y como está escrito. Se ponía contenta cuando alguno debía disculparse por la ausencia de su mujer a último momento, porque así cambiaban un poco el tema de conversación. "Oh, es una lástima que su esposa…". Ese comienzo no requería ninguna reflexión y siempre quedaba bien.

El pacifista francés finalmente llegó, un poco encandilado por la trágica fiesta y sin poder acostumbrarse aún a los hábitos extraños de un pueblo extraño. No le habría parecido todo tan extraño si no hubiera venido con el firme objetivo de escribir al respecto. Ese objetivo le exigía encontrar algo interesante, incluso ahí donde solo había cosas comunes y corrientes. Como miembro de una nación que encuentra todo lo que necesita en su propia tierra y, por ende, no la abandona, al señor Antoine Charronoux le encantaba encontrar cosas extraordinarias en otros países. Su viaje tenía un propósito literario y tenía que producir material, quisiera o no. Pasaba apresurado de una impresión a otra y las clasificaba igual de apurado. Su decisión de escribir sobre un país extranjero generó por sí misma, y también en nombre de futuros lectores, un velo romántico alrededor de las personas y las cosas que se topaban con él, y fijó en el pecho de cada una la marca de una categoría representativa determinada. El señor Charronoux estaba feliz porque el señor profesor Hamerling se llamara a sí mismo como un amigo de Francia. Para el señor Charronoux, todos los amigos de Francia se veían igual que el profesor Hamerling, que ahora estaba disertando sobre Francia para los caballeros Von Marlow y Freytag.

—Ellos —se refería a los franceses— son de mente sensata, pequeña y práctica, no como nosotros, los germánicos, con el alma envuelta en eterna niebla. Sobre todo me gusta el buen estilo de vida que llevan, alegre, y cómo comen, toman y aman. París está en el centro de la razón y del disfrute. Nosotros seremos por siempre los hijos del norte, nuestra patria es la sombra apacible del crepúsculo.

—Ellos nos necesitan a nosotros, no al revés —dijo Theodor, que recién había entrado. Su impulso natural por participar de discusiones serias y problemáticas lo llevó a sumarse automáticamente y de inmediato al grupo que rodeaba a Hamerling. Todos lo miraron. Sentía placer por su propia y enérgica juventud frente al respetable Hamerling. Creía escuchar al público alrededor respirar profundo y con admiración—. París —siguió— ya no es el centro, hace tiempo que no lo es. Berlín lo será, ya lo es.

—No estábamos hablando de eso —dijo Hamerling, grave y enojado—. En París, la despreocupación del francés se siente como en su casa. En Berlín se trabaja, en Alemania se trabaja.

El señor Charronoux, entretanto, se había acercado al grupo. Había escuchado las últimas palabras y decidió repetirlas. Retenía esa clase de mensajes compresibles y enfáticos, él, que hacía días se había convertido en los ojos y oídos de sus futuros lectores sin saberlo. "La despreocupación se siente como en su casa en París; el trabajo, en Alemania". Qué solución más feliz. ¡Cancelen todas las guerras del futuro!

Se sentó en una mesa cerca de la señora Irmgard. *Alles comme il faut*. Ella tenía pensado mostrarle la casa y los cuadros. Dudó si era adecuado llevarlo al dormitorio y pasar por delante de la enorme pintura de Hartmann. Tímidamente, empezó a hablarle sobre el cuadro.

—Por desgracia, está en mi dormitorio —dijo.

El señor Charranoux la miró de reojo, con una mirada nueva que se posó de repente sobre sus ojos, como cuando uno se pone lentes. Se imaginó enseguida ese dormitorio, con todos sus

detalles, y quizás fuera interesante saber cómo dormía la gente de esta clase social. Un señor de la Embajada francesa le había dicho que no había otro lugar en el mundo con tantos dormitorios separados como en Alemania. ¿Debería empezar un capítulo sobre erotismo?

Entre sus invitados, Paul Bernheim se sentía el más extranjero de todos. Observó a cada una de las mujeres. ¿Por qué no estaba Lydia? Él no la amaba. Se lo confirmó a sí mismo. No, no la amaba. Pensó en el verbo “desear”. Esa era la palabra correcta. La deseaba. Con ella había aprendido que él no era para nada irresistible. Era torpe, tosco. Un reclamo infantil le dictaba tirarse al piso y patalear, como cuando era chico y gritaba: “Pero yo quiero, pero yo quiero”. Quiero a Lydia, quiero a Lydia, se dijo diez veces, sin poder parar el curso mecánico y poderoso de esa corta frase. Cada repetición le dolía. Podía seguir el camino que tomaba cada una de las palabras. Parecían saltarle al corazón, seguir por la circulación de la sangre, bajarse en el cerebro, quedarse allí un momento para luego volver al corazón. ¡Yo-quiero-tener-a-Lydia! ¡Qué tortura!

Esperó a que terminaran de comer, como si luego fuera a suceder algo decisivo. Algo imposible. Tenía que despedazar y repartir el tiempo interminable que le quedaba por delante, toda una vida marcada por un deseo no cumplido, y al final esperar de cada pedacito una decisión. La desesperación que quedaba repartida era más fácil de soportar que si fuera una sola, gigante, entera. Y era mejor obtener muchas decepciones al final de cada parte que una única.

Se levantó. En un segundo tomó la determinación de salir. La mansión de Brandeis se encontraba doblando la segunda esquina a la izquierda. Fue como si se hubiera enterado ahora de su ubicación geográfica y como si la milagrosa cercanía de Lydia apareciera como última esperanza. No era posible estar tan cerca y no terminar juntos. Caminó hacia la calle. Dobló en la segunda esquina a la izquierda.

Delante de la mansión de Brandeis, brillaban dos luces de un auto. La puerta del jardín y la de la casa estaban abiertas. Dos hombres en uniforme, que parecían ser el chofer y el encargado, llevaban dos valijas grandes hacia el coche.

Paul estaba parado en las sombras. Escuchaba voces. Empezó a acalorarse. Sus manos se debilitaron. Buscó con la espalda uno de los barrotes de la reja. Escuchó la voz de Lydia como un canto lejano. Pero no podía entender lo que decía.

Unos segundos más tarde, Lydia salió de la casa. Se encendió el motor. El ruido lo tranquilizó. ¡Mientras siga sonando el motor, tengo tiempo!, pensó. El ruido apaciguaba la claridad insoportable de los reflectores. Paul midió la corta distancia hacia el coche. Necesitaba un segundo, solo un segundo, para agarrar el picaporte de la puerta del auto. Otro Paul Bernheim, uno más activo, abandonó la parálisis, saltó hacia el auto, se subió, y arrancó. Acababa de suceder y, sin embargo, ya había ocurrido hacía muchos, muchos años. De pronto, todo había terminado. Muy atrás de Paul Bernheim quedaban las aventuras, la ambición, el esplendor social, el poder, el amor, el mundo. Era como si ahora hiciera, pensara y sintiera todo de nuevo y para el espectáculo. Alguien le había ordenado jugar este

papel, porque ya conocía el contenido y confiaba en él. De repente, el ruido del motor cesó y al mismo tiempo el reflector giró, inundando al hombre que estaba allí parado. Paul Bernheim hundió la cabeza. Fue todo cuestión de segundos. En silencio, el auto se alejó.

Paul se apartó de la reja que había estado sosteniendo hasta ese momento. Quería irse. Le parecía que habían pasado veinte años. La puerta de la mansión seguía abierta. Una luz reconfortante y dorada llegaba sutilmente desde el pasillo.

Los ojos de Brandeis se posaron sobre la sombra en la reja.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Yo —respondió Paul.

Brandeis se acercó dando esos pasos livianos y silenciosos. Era impensado que salieran de su pesado y enorme cuerpo. Como si anduviera con pies ajenos.

—¿Quería venir a vernos?

—No —dijo Paul—, quería verla a ella.

—Lydia Markowna se fue para siempre. Volvió a la compañía de teatro. Ahora están en Ginebra. ¡Puede ir!

—¡No! —dijo Paul. Y pensó: Mi padre iría, mi padre iría.

—Podemos despedirnos enseguida —dijo Brandeis—. Lo acompaño hasta su casa. Eso basta. Mañana viajo. Y ya no vuelvo. No tengo la capacidad de quedarme mucho tiempo en un territorio.

Me veo en la obligación de disculparme con usted. Pensé un par de veces en competir con ese elemento al que usted se acercó cuando se casó. Yo quería conservarlo a usted. Jamás tuve excesivo respeto por ellos, o por las personas en general. Mi

opinión aquí no cuenta, pero de todas maneras le hubiera escrito. Ahora que lo sorprendo aquí, se lo digo. Las circunstancias son un poco novelescas para mi gusto.

—No estoy ofendido —dijo Paul—. Recién, hace cinco minutos, me hubiera sentido profundamente insultado. Pero durante este tiempo me volví más viejo. ¡Mire, señor Brandeis, mire mi pelo! ¿No es blanco ya? Hace tres minutos que tengo la sensación de que dejé mi casa siendo joven y llegué acá como un viejo. Me parece que me volví lo suficientemente sabio como para poder confesarle que siempre lo admiré. Lo admiré y le temí. Sin embargo, no soy lo suficientemente sabio como para no preguntarle: ¿Por qué me menospreció?

—No lo sé —respondió Brandeis—. Usted era un debilucho. Por ejemplo, nunca hubiera sido capaz de abandonarlo todo un día o una hora antes de obtener el poder definitivo, el poder real, como yo estoy haciendo ahora. Conquistar algo no requiere ninguna fortaleza. Todo está corrompido y se entrega sin más. Pero abandonar, abandonar, de eso se trata. Y, sin embargo, no siento estar haciendo algo extraordinario. Me lleva lejos de aquí, como alguna vez me trajo hasta aquí. Me lleva y yo me dejo llevar. Que le vaya bien, señor Bernheim. Inténtelo, y quizás lo logre.

Estaban frente a la nueva casa de Bernheim. Todas las ventanas iluminadas. Paul creyó escuchar las voces de sus invitados. Buscó en su bolsillo la llave. Y mientras la sacaba dijo, indiferente, como refiriéndose a la puerta:

—Dígame, señor Brandeis, ¿usted echó a Lydia?

—No, ella se fue sola. Yo no echo a nadie. Se fue, y quizás yo también me vaya. No sé qué me retiene, no sé qué me impulsa.

Por un segundo, todo fue silencio. Luego, Brandeis dijo en voz alta:

—¡Buenas noches! —Y, sin esperar respuesta, desapareció entre las sombras de los árboles que bordeaban la calle.

XX

Unos días más tarde, Nikolai Brandeis se bajaba del tren en una estación fronteriza, por la que muchas veces había pasado sin ver más que la tristeza desierta e inmensa de las playas de maniobra, el aspecto provisorio y de escenario de las barracas de madera bronceadas y la armonía de los distintos guardias uniformados de ambos países. Se quedó en la ciudad pequeña a la que había llegado caminando por media hora desde la estación, como si recién esa estadía y la realización final de un capricho que muchas veces sentía pasajero fueran la prueba de su recuperada libertad. Los silenciosos habitantes se daban vuelta para mirarlo. Su rostro parecía hecho de la misma tela que su abrigo enorme y marrón tostado, y aunque su sombrero, su traje y sus zapatos eran de corte europeo, parecían esas prendas de vestir que llevan los hijos de un pueblo extraño hacia una tierra desconocida, lejana e inalcanzable. Brandeis atravesó lentamente los callejones pequeños y angostos, que se volvían más pequeños y más angostos con su presencia. Detrás y delante de él flotaba la inmensidad.

Aún no sabía hacia dónde se dirigía. La tierra le parecía igual en todos lados. En todas las ciudades de todos los países, paría con bondad paciente y dolorosa a débiles Pauls Bernheims, que se volverían presos de sus tontos deseos; a Theodores tristemente confusos, que vivían en las sombras eternas y densas del patetismo público; a los dirigentes, a los que el poder debilitaba y se ahogaban en el gas venenoso que ellos mismos fabricaban; a la gente común que venía de Budapest y se sentaba detrás de la mampara; a las niñas que querían ser amadas y perdían su inocente corazón.

Sin mí, pensó Brandeis, el mundo seguirá su eterno, monótono curso. Paul Bernheim entrará finalmente en la química. El señor Enders salvará a la patria en la próxima guerra. Theodor escribirá el editorial del diario cuyas acciones me pertenecen. Yo voy a viajar. ¿Adónde? Los puertos de todo el mundo me esperan.

Alrededor de las seis de la tarde se subió nuevamente al tren. A esa hora empezaban a castañetear las agujas de tejer de la señora Bernheim y la máquina de escribir de la casa de su hijo Theodor. La señora Irmgard salía del médico y se preparaba para contarle a su marido el tradicional y dulce secreto: llevaba un heredero en su vientre. El señor Sandor Tekely iba al restaurante húngaro de la calle Augsburg. Los choferes de los autos de Brandeis se sacaban sus uniformes para ponerse ropa de civil barata. Los empleados llamaban a sus hijas y sacaban entradas de teatro de sus billeteras, entradas a precio reducido. Comenzaba la redacción nocturna. Los redactores se ponían los trajes de lustrina y afilaban sus lápices rojos. Y empezaban a llegar a las

cabinas telefónicas forradas en cuero las noticias de Bucarest y Budapest, de Ámsterdam y Róterdam, de Londres y de Bombay, de El Cairo y de Nueva York. El mundo seguía su viejo y aburrido curso.

Esa fue la última vez que se lo vio a Brandeis. Desde aquel día, nadie supo nada más de él. Se subió al tren, un nuevo Nikolai Brandeis había nacido.

Y aquí comienza un nuevo capítulo.

Índice

Nuestro catálogo

Nos gustaría que conocieras el resto de nuestros libros, los recorridos de lecturas posibles y las ideas que nos interesaron.

NO FICCIÓN

Doce pruebas de la inexistencia de Dios Sébastien Faure
El Falansterio Charles Fourier
El marxismo y la filosofía del lenguaje Valentín N. Volóshinov
Las maniobras del Vaticano Antonio Gramsci
Apocalipsis Karl Kraus
Teoría de la novela György Lukács
La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica Walter Benjamin
Lo cómico, la risa, la crítica. La parodia como ejercicio crítico en la revista Barcelona Hernán López Winne
Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades María Alicia Gutiérrez (comp.)
Diario de Moscú Walter Benjamin
La risa Henri Bergson
Feminismos y poscolonialidad Karina Bidaseca y Vanesa Vazquez Laba (comps.)
El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo Christian Ferrer
Lectura y crítica Raymond Williams
Postales femeninas desde el fin del mundo Karina Bidaseca y Marta Sierra

El resto indivisible Slavoj Žižek
Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social Simone Weil
Qué cómico resultaba cuando era un muñeco Guillermo Piro
La Argentina estrábica Gustavo Varela
Camafeos. Sobre algunas figuras excéntricas, desconcertantes o inadaptadas Christian Ferrer
Ensayos sobre los griegos Friedrich Nietzsche
Legados, genealogías y memorias poscoloniales Karina Bidaseca
Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos José Garriga Zucal (comp.)
Un género culpable Eduardo Grüner
La descomposición del marxismo Georges Sorel
Escritos sobre educación y política José Carlos Mariátegui
Artículos sobre Irlanda Jenny Marx
El manifiesto de los plebeyos y otros escritos Gracchus Babeuf
Ensayo sobre el origen de las lenguas Jean-Jacques Rousseau
Cadáveres frescos Horacio Quiroga
Tres Guineas Virginia Woolf
El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre Friedrich Engels
Las artes decorativas Oscar Wilde
La ficción calculada 2 Luis Gusmán
Correspondencia Auerbach-Benjamin Erich Auerbach & Walter Benjamin
El surrealismo de hoy Tristan Tzara
Arte, literatura, revolución Mao Tse-Tung
Ensayos quemados en Chile Ariel Dorfman

Los estudios culturales Fredric Jameson
Ojos brujos. Fábulas de amor en la cultura de masas
Martín Kohan
La construcción de lo político en Julio Cortázar Carolina Orloff
Marcel antes de Proust Marcel Proust
La permanencia en lo negativo Slavoj Žižek
Barthes: un sujeto incierto Luis Gusmán
La insurrección en Dublín James Stephens
Una vida sin principios Henry David Thoreau
Familias póstumas Marcos Zangrandi
El fin de las pequeñas historias Eduardo Grüner
La política del modernismo Raymond Williams
Los pobres son la fuerza Ricardo Flores Magón
Feminismos y poscolonialidad 2 Karina Bidaseca (comp.)
Estrés y libertad Peter Sloterdijk
Caminantes. Flâneurs, paseantes, walkmans, vagabundos, peregrinos Edgardo Scott
Un mensaje sin código Roland Barthes
Contra la tentación populista Slavoj Žižek
Summa technologiae Stanisław Lem
La lengua en disputa Beatriz Sarlo y Santiago Kalinowski
Maestros de la escritura Liliana Villanueva
Tecnología, guerra y fascismo Herbert Marcuse
1917 Martín Kohan
El 30 de febrero y otras curiosidades sobre la medición del tiempo
Olivier Marchon
Angustia Renata Salecl

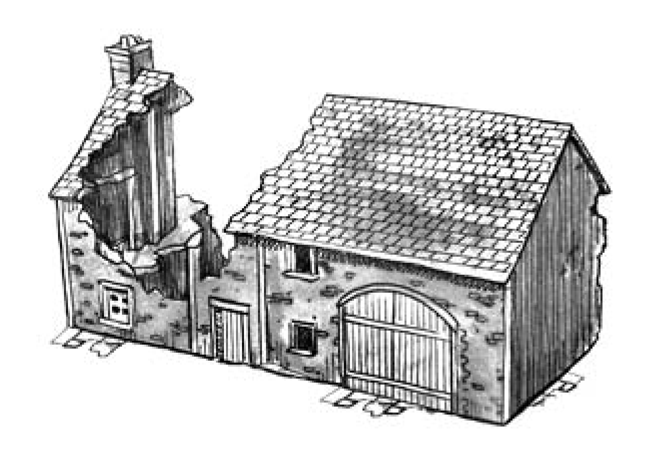
Esas imbéciles moscas Luis Gusmán
Literatura de izquierda Damián Tabarovsky
Thoreau, el salvaje Michel Onfray
La filosofía de las barbas Thomas S. Gowing
Generar a Dios Massimo Cacciari
Lem. Una vida fuera de este mundo Wojciech Orliński
Atlas de micronaciones Graziano Graziani
Fobocracia Peter Sloterdijk
Me acuerdo Martín Kohan
El meridiano de París Lluís Calvo
El placer de la transgresión Renata Salecl
Rarezas geográficas Olivier Marchon
Silencio John Biguenet
La noche y la luz de la Luna Henry David Thoreau
Incandescente Anna Levin
Mamá desobediente. Una mirada feminista de la maternidad Esther Vivas
Chocolate sin grasa Slavoj Žižek
Las epidemias políticas Peter Sloterdijk
Ciudad feminista. La lucha por el espacio en un mundo diseñado por hombres Leslie Kern
Biblioteca bizarra Eduardo Halfon
¡Goza tu síntoma! Slavoj Žižek
Utopías biopolíticas. Actualidad del pensamiento de Michel Foucault Gabriela D'Odorico (coord.)
Hachís Walter Benjamin
Apuntes sobre la supresión general de los partidos políticos Simone Weil

Tenés derecho a permanecer gorda Virgie Tovar
Signos de civilización. Cómo la puntuación cambió la historia Bård Borch Michalsen
Contacto. Un collage de los gestos perdidos Edgardo Scott

FICCIÓN

Andar ligero Emilce Strucchi
Flatland Edwin Abbott Abbott
Cuentos completos Virginia Woolf
Giacomo Joyce James Joyce
Ictiandro, el hombre anfibio Alexander Beliaev
La suma de los ceros Eduardo Rabasa
Atrapamoscas Robert Musil
Una partida de ajedrez Stefan Zweig
Vidas imaginarias Marcel Schwob
El innombrable Samuel Beckett
Molloy Samuel Beckett
Malone muere Samuel Beckett
Flaperas y filósofos Francis Scott Fitzgerald
Fall river John Cheever
Cinta negra Eduardo Rabasa
Sartre. Existencia y libertades Mathilde Ramadier
Mi abandono Peter Rock
Zazie en el metro Raymond Queneau
Dublineses James Joyce
Carta de una desconocida Stefan Zweig
Los ojos del hermano eterno Stefan Zweig
El candelabro enterrado Stefan Zweig

Mendel, el de los libros Stefan Zweig
Veinticuatro horas en la vida de una mujer
Stefan Zweig
Klickitat Peter Rock



Queremos hacer libros cada vez mejores, para eso necesitamos saber qué pensás.

Envianos un mail y contanos tu parecer

info@edicionesgodot.com.ar

O respondé una breve encuesta:

bitly.com/edgodot

Si el libro te gustó mucho, te agradecemos que lo recomiendes.

Libro compuesto en tipografías Spectral (Production Type) y EB Garamond (Georg Duffner) distribuidas bajo licencia OFL. Roboto Condensed, Copyright 2017, Christian Robertson, distribuida bajo licencia Apache v2.0.

